

GÁLATAS 4

VERSÍCULO 1 y 2. Además digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque es señor de todo. Mas está bajo tutores y mayordomos hasta el tiempo señalado por el padre.

Ya pueden ver el gran afecto con el cual Pablo procura llamar a los gálatas para que volvieran, y con cuán fuertes argumentos él debate el tema, valiéndose de la experiencia, del ejemplo de Abraham, del testimonio de las Escrituras, y de ocasiones similares, de tal modo que parece que a veces renueva todo el tema desde el principio. Pues anteriormente parecía que había concluido su disputa tocante a la justificación, concluyendo que el hombre es justificado ante Dios por la fe sola. Pero ya que trae a la memoria este ejemplo civil del pequeño heredero, es porque quiere confirmar su tema. De tal modo se las ingenia, que hasta se apuesta, con cierta sutileza santa, para tomar a los gálatas desprevenidos, pues a los ignorantes se les persuade más prestamente con ejemplos y cosas similares, que con argumentos profundos y agudos. Prefieren fijarse en la imagen de un cuadro bien pintado que en un libro bien escrito. Por tanto, ahora Pablo, después de poner el ejemplo del testamento de un hombre, la persona del ayo, también acude a este ejemplo del heredero (conocido y familiar a todo hombre), a fin de moverlos y persuadirlos. Y es cierto que es de mucho provecho estar bien equipado con ejemplos y parecidos, lo que no sólo Pablo, sino también los profetas, y Cristo mismo usaron con frecuencia.

Pueden ver, dijo él, que las leyes civiles ordenan, que un heredero, aunque ya sea dueño y señor de todos los bienes de su padre, no difiere en nada de un criado. Es cierto que él tiene una segura esperanza en la herencia: pero antes de llegar a su edad de mayoría, sus tutores le tienen sumiso, como un ayo a su pupilo. No le entregan el manejo de sus propios bienes, sino que lo obligan al servicio, de tal modo que lo guardan y mantienen con sus propias cosas como si fuera un siervo. Por tanto, siempre y cuando perdure esta servidumbre, es decir, siempre que esté bajo ayos y rectores, en todo es igual a un siervo. Y esta sujeción y servidumbre es de mucho provecho para él, pues de otra manera, debido a la necesidad, pronto derrocharía todos sus bienes. Este cautiverio no perdura para siempre, sino por cierto tiempo limitado y designado por el padre, y entonces llega a su fin.

VERSÍCULO 3. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo.

De igual manera, cuando éramos pequeñuelos, éramos herederos. Teníamos la promesa de la herencia por venir, la cual se nos daría mediante la Simiente de Abraham, es decir, por Cristo, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra. Pero debido a que todavía no había llegado la plenitud del tiempo, vino Moisés, nuestro tutor, gobernador, y ayo, y nos tenía sujetos a cautiverio, maniatados, de tal modo que no podíamos presidir, ni poseer nuestra herencia. No obstante, mientras tanto, así como se nutre y mantiene viva la esperanza de libertad en el heredero, así también Moisés nos nutrió con la esperanza de la promesa que sería revelada en el tiempo designado; a saber, cuando

viniera Cristo, quien mediante su venida pondría fin al tiempo de la ley, y comenzaría el tiempo de la gracia.

De tal modo que el tiempo de la ley finalizó de dos maneras: Primero (como he dicho), cuando Cristo vino en carne, en el momento designado por el Padre. “Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gálatas 4:4,5). “Entró una sola vez en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:12). Además, el mismo Cristo, quien vino una vez en el tiempo señalado, también en espíritu viene a nosotros cada día y cada hora. Ciertamente, una vez con su propia sangre, Él a todos redimió y santificó; pero debido a que todavía no somos perfectamente puros (pues las reliquias del pecado se aferran a nuestra carne y luchan contra el espíritu),¹ Él diariamente viene a nosotros espiritualmente, cumpliendo, continuamente más y más, con el tiempo señalado por el Padre, abrogando y aboliendo la ley.

Es así como también Él vino a los padres del Antiguo Testamento, antes que apareciera en la carne. Ellos tenían a Cristo en espíritu. Ellos creían en Cristo, quien había de ser manifiesto, así como nosotros creemos en Cristo quien ya se ha manifestado; y fueron salvos por Él, así como nosotros, de acuerdo a lo dicho: “Jesucristo es uno, ayer, y hoy, y será el mismo para siempre.” Ayer, antes del tiempo en que viniera en la carne; hoy, cuando Él ya se manifestó en el tiempo señalado; ahora y para siempre Él es uno y el mismo Cristo. Pues es sólo y únicamente por Él, por quien todos los fieles que han sido, son, y serán, son librados de la ley, justificados, y salvos.

“De igual manera, nosotros también,” dijo él, “estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo”; es decir, la ley tenía dominio sobre nosotros y nos guardaba en rigurosa esclavitud, como esclavos y cautivos. Pues primero, frenaba a los carnales y rebeldes para que no se precipitaran hacia todo tipo de maldad. Pues la ley amenaza castigo a los transgresores; y si no la temieran, no hay fechoría alguna que dejarían de cometer. La ley reina y gobierna sobre todos los que frena de esta manera. Además, nos acusaba, aterraba, mataba, y condenaba espiritualmente ante Dios. Ese era el dominio principal que la ley ejercía sobre nosotros. Por tanto, así como un heredero está sujeto a sus tutores, es golpeado y obligado a cumplir diligentemente sus mandatos, así también las conciencias de los hombres antes que viniera Cristo, están oprimidas con el exigente servilismo a la ley. Es decir, la ley los acusa, aterra, y condena. Pero este dominio, o más bien esta tiranía de la ley no perdura, sino que debe seguir solamente hasta el tiempo de la gracia. Por lo que la función de la ley es la de reprochar y hacer abundar los pecados, y no la de traer la justicia; es matar, y no dar vida. Pues “la ley es un ayo para llevarnos a Cristo” (Gálatas 3:20). Por tanto, así como los tutores manejan al heredero durante su niñez, gobernándolo con severidad y aspereza, ordenándole como si fuera un criado, de tal modo que se ve obligado a estar sujeto a ellos, así también la ley nos acusa, nos humilla, y nos lleva cautivos, de tal modo que seamos siervos del pecado, la muerte y la ira de Dios, todo lo que es el más mísero cautiverio. Pero así como el poder de los tutores sujetando y esclavizando al pequeño heredero no es para siempre, sino que llega a su fin

¹ Hebreos 10:14; Gálatas 5:17.

al tiempo señalado por el padre, ya no necesita el gobierno de sus tutores, ni tampoco queda sumiso a ellos, sino que con libertad goza de su herencia, así también la ley tiene dominio sobre nosotros y nos vemos obligados a ser siervos y esclavos de su dominio, mas no para siempre; pues sigue esta frase: “Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo.” Pues Cristo, el que había sido prometido, vino y nos redimió de nuestra opresión bajo la tiranía de la ley.

Por el contrario, la venida de Cristo de nada aprovecha a los hipócritas descuidados, los impíos que condenan a Dios, ni a los desesperados que piensan que no les queda más que sentir los terrores de la ley. Su venida sólo aprovecha a los que están atormentados y aterrorizados por un tiempo. Es decir, para que los tales, que no pierden las esperanzas a pesar de esos grandes terrores internos que revuelve la ley, sino que con confianza segura vienen a Cristo, al trono de la gracia, quien los ha redimido de la maldición de la ley, habiéndose hecho por ellos maldición, obtengan misericordia y encuentren la gracia (Hebreos 4:16; Gálatas 3:13).

Por tanto, hay cierto fervor en esta frase, “estábamos en esclavitud.” Es como si dijera: nuestra conciencia estaba sujeta a la ley, la que nos tenía sujetos como esclavos y cautivos, como un tirano sujeta a sus prisioneros, nos azotaba, y con todo su poder ejercía su tiranía sobre nosotros. Es decir nos hacía sentir un terror y pesadumbre de espíritu, nos hacía temblar sintiendo que estábamos al borde de la desesperación, amenazándonos con la muerte eterna y la condenación. Esta servidumbre espiritual² es muy dolorosa y amarga, pero (como he dicho) no perdura, sino que es tan sólo para el tiempo de nuestra niñez, es decir, estando Cristo ausente. Mientras Él esté ausente, somos siervos, encerrados bajo la ley, destituidos de la gracia, la fe, y todos los dones del Espíritu Santo.

VERSÍCULO 3. *Bajo los elementos o rudimentos del mundo.*

Algunos han pensado que aquí Pablo habla de esos elementos materiales, fuego, aire, agua, y tierra. Pero Pablo tiene una manera de hablar muy particular. Aquí él habla ni más ni menos de la ley de Dios, a la cual él llama los elementos o rudimentos del mundo, de tal modo que sus palabras parecen ser muy heréticas. Así también en otros lugares él tiende a disminuir y rebajar la autoridad de la ley en gran manera, cuando dice que la letra mata, que es el ministerio de la muerte y condenación, y el poder del pecado. Y estos nombres tan odiosos que claramente muestran el poder y el uso de la ley, él los escoge a propósito para amonestarnos. De esta manera, en los terrores del pecado, la ira, y el juicio de Dios, no confiemos en nuestra propia justicia, o en la justicia de la ley, viendo que la ley, en su uso principal, no puede hacer nada más que acusar nuestras conciencias, hacer abundar el pecado, amenazar de muerte y condena eterna. Por lo que este aminorar y rebajar la ley debe relacionarse al conflicto de la conciencia, y no a la vida civil, ni para dar confianza a las mentes descuidadas.

Por tanto, él llama a la ley “los elementos del mundo.” Es decir, las leyes y tradiciones externas escritas en cierto libro. Pues aunque la ley civilmente frena al hombre del mal y

² *Theologica servitus.*

lo obliga a hacer el bien, aun así, siendo guardado de esta manera, no lo libra del pecado, ni lo justifica, ni le prepara el camino hacia el cielo, sino que lo deja en el mundo. Yo no obtengo la justicia y la vida eterna porque no mato, no cometo adulterio, no robo, etc. Estas virtudes externas y vivir honradamente no son el reino de Cristo, ni la justicia celestial, sino la justicia de la carne y del mundo; la cual también la tenían los gentiles, y no sólo los apiladores de méritos como eran los fariseos en el tiempo de Cristo, y en nuestro tiempo los frailes y los monjes, etc. Algunos sí observan esta justicia a fin de evitar los castigos de la ley. Otros, para que puedan ser alabados por los hombres y los tengan por justos, constantes y pacientes. Por tanto, más bien a eso lo debieran llamar llamar hipocresía pintada a colores, en vez de justicia.

Además, la ley, cuando desempeña su oficio y uso principal no puede hacer nada más que acusar, aterrar, condenar, y matar. Pero donde hay tal terror, tales sentimientos de pecado, de la muerte, de la ira y del juicio de Dios, no hay justicia, ni cosa alguna divina o celestial, sino que todas estas cosas son meras cosas del mundo; pues el mundo (siendo el reino del diablo) no es nada más que un charco de pecado, muerte, infierno, y de todos los males que sienten los temerosos, afligidos, y cargados de corazón; pero los confiados y condenadores descuidados no los sienten. Por tanto, la ley, aun en su mejor uso y más perfecto, no hace nada más que señalar el pecado y hacerlo abundar, y golpearnos con el terror de la muerte; y todas estas cosas son cosas del mundo. Por tanto Pablo muy precisamente llama a la ley los elementos o rudimentos del mundo.

Y aunque Pablo llama a toda la ley los rudimentos del mundo (así parece según lo que ya he dicho), no obstante él habla así principalmente en desprecio de las leyes ceremoniales; éstas aunque aprovechan de poco, aun así (dice él) sólo consisten en cosas externas, como carnes, bebidas, vestimenta, lugares, tiempos, el templo, las fiestas, lavamientos, sacrificios, etc., los cuales son tan sólo del mundo, y asuntos ordenados por Dios solamente para usarlos en esta vida presente, mas no para justificar o salvar ante Dios. Por tanto, por medio de esta frase “los rudimentos del mundo,” él rechaza y condena la justicia de la ley, la cual consiste en estas ceremonias externas, aunque fueron ordenadas por mandato de Dios que se observaran por un tiempo, y le da un nombre insignificante llamándola los “rudimentos del mundo.” Así también las leyes del emperador son rudimentos del mundo, pues tratan de asuntos de este mundo; es decir, de cosas concernientes a esta vida presente, como bienes, posesiones, herencias, asesinatos, adulterios, robos, etc., de lo que habla la segunda tabla de los diez mandamientos. Con respecto a las leyes de los cánones y decretos Papales, que prohíben el matrimonio y las carnes, Pablo en otro lugar las llama doctrinas de diablos; las cuales también son rudimentos del mundo, pues son las que más impíamente sujetan las conciencias de los hombres a la observancia de cosas externas, contrarias a la palabra de Dios y de la fe.

Por tanto la ley de Moisés no atañe a nada más sino a cosas mundanales. Es decir, que sólo muestra en lo civil como en lo espiritual, que existen males en el mundo. No obstante, si se utiliza en su verdadero sentido, impulsa a la conciencia por medio de terrores a buscar y tener sed de la promesa de Dios, y a mirar a Cristo. Pero para que lo puedas hacer, necesitas la ayuda del Espíritu Santo quien podría decir en tu corazón: “No es la voluntad de Dios que después que la ley haya obrado en ti su función debas seguir

aún aterrado y muerto; sino que, cuando por la ley llegas al conocimiento de tu miseria y condenación, no debes perder las esperanzas, sino poner tu fe en Cristo, quien es “el fin de la ley, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:4). En ese momento, ya no hay cosa alguna terrenal sino que aquí todo asunto terrenal y toda ley alcanza a su fin, y las cosas celestiales comienzan a aparecer. Pues en tanto estemos bajo los rudimentos del mundo, es decir bajo la ley, la cual no sólo es incapaz de dar justicia y paz a la conciencia, sino que revela y acrecienta los pecados y engendra ira, somos enteramente siervos y sujetos a la ley, aunque tengamos la promesa de la bendición por venir. Cierto que la ley dijo, “Amarás al Señor tu Dios,” pero la ley no puede darme tal amor ni tampoco me aferra a Cristo.

Digo esto no para que se desprecie la ley, ni tampoco es esa la intención de Pablo, sino que se debe tener en gran estima. Pero ya que Pablo aquí trata el tema de la justificación, fue necesario que hablara de la ley como cosa despreciable y odiosa, pues la justificación es otro tema muy diferente al de la ley. Cuando estamos en este tema hay que seguir hablando de la ley con el mayor desprecio e insignificancia. Por tanto, cuando la conciencia se encuentre en conflicto, entonces debe fijarse nada más que en Cristo y sólo Cristo. Entonces debe quitarse la ley enteramente de la vista, y abrazar a nada más que la promesa tocante a Cristo. Decirlo es cosa fácil. Sin embargo, en el momento de la tentación, cuando la conciencia lucha ante la presencia de Dios,³ lograrlo en verdad es de lo más difícil. A saber, que cuando la conciencia te acusa, te aterra, te revela tu pecado, te amenaza con la ira de Dios y la muerte eterna, es entonces (digo yo) que debes tener la fortaleza de la fe,⁴ como si jamás hubiera existido ley o pecado alguno, sino sólo Cristo, sólo la gracia sola, y sólo la redención. O que también puedas decir, Oh ley, no te voy a prestar atención, pues tienes lengua tartamuda y lenta. Además, ha llegado el cumplimiento del tiempo, y por tanto ya soy libre, y ya no voy a tolerar tu tiranía ni un momento más. Aquí pueden ver cuán difícil es separar a la ley de la gracia. Otra vez, cuán divino y celestial tema es esperar en la esperanza contra toda esperanza, y cuán verdadera es esta declaración de Pablo, que “somos justificados sólo por la fe.”

Así que, en el tema de la justificación, aprende a hablar de la ley lo más despreciablemente que puedas, siguiendo el ejemplo del apóstol que llama a la ley “los rudimentos del mundo, tradiciones perniciosas, la potencia del pecado, el ministerio de la muerte”, etc. Porque si permites que la ley rija dominio en tu conciencia cuando te encuentres en la presencia de Dios luchando contra el pecado y la muerte, entonces la ley no es nada más que un hueco sin fondo de todo mal, herejías, y blasfemias; pues no hace nada más que acrecentar el pecado, acusar y aterrorizar la conciencia, amenazar a muerte, exponerte ante un Dios iracundo que rechaza y condena a pecadores. Por tanto, aquí, si has de ser sabio, destierra lejos de ti a este Moisés tartamudo y entrecortado, junto con su ley, y que de ningún modo te dejes conmover por sus terrores y amenazas. Aquí que lo tengas por todo un sospechoso, como hereje, como excomulgado y condenado, peor que el Papa y el diablo mismo, y que por tanto no lo has de oír ni escuchar de manera alguna.

³ *cum Deo agit.*

⁴ *sic affectus sis.*

Sin embargo, fuera del tema de la justificación, debemos pensar con Pablo reverentemente de la ley, encomendarla altamente, llamarla santa, justa, buena, espiritual y divina (Romanos 7:12). Fuera de la conciencia la debiéramos endiosar, pero en cuanto a la conciencia es el mismo diablo. Pues en la más pequeña tentación es incapaz de levantar y consolar la conciencia. Al contrario, aterra, oprime con pesadumbre, y arrebatada de la conciencia la seguridad de la justicia, la vida, y toda la grandeza del favor [de Dios]. Por lo que Pablo poco después la llama “los débiles y pobres rudimentos” (Gálatas 4:9). Por lo tanto no permitamos en ningún caso que la ley gobierne en nuestra conciencia, especialmente viendo que Cristo pagó tan gran precio para librar a nuestra conciencia de la tiranía de la ley. “Pues fue hecho por nosotros maldición para librarnos de la maldición de la ley.” Entonces que los piadosos aprendan que la ley y Cristo son dos cosas contrarias, pues la una no puede tolerar la presencia de la otra. Pues cuando Cristo está presente, no hay caso alguno en que la ley pueda regir, pero debe abandonar la conciencia, salir de la cama (pues es tan angosta que no hay lugar para las dos como dice en Isaías 28:20), y dejar el lugar a Cristo sólo. Que Él sólo reine en justicia, paz, gozo, y vida, que la conciencia pueda dormir y reposar gozosamente en Cristo, sin ningún sentimiento de la ley, del pecado, y de la muerte.

Aquí Pablo usa figurativamente la frase “elementos del mundo”, por lo que (como he dicho) él abate y aminora la gloria y autoridad de la ley, a fin de conmover nuestros pensamientos (2 Corintios 3). Pues todo el que lea a Pablo atentamente, cuando caiga en cuenta que él llama a la ley el ministerio de muerte, la letra que mata, etc., enseguida piensa así dentro de sí: “¿Por qué le da nombres tan odiosos a la ley, que a la razón le parece que blasfema, siendo que es una doctrina manifestada desde el cielo? A lo que Pablo contesta, que la ley es ambas cosas, justa y buena, y que también es el ministerio del pecado y de la muerte, pero en aspectos diferentes. Antes de Cristo, es santa. Después de Cristo, es muerte. Por tanto, venido Cristo, no hay razón alguna para entendernos con la ley, a menos que sea en este aspecto: que tiene poder y dominio sobre la carne, para frenarla, para someterla. Aquí hay un conflicto entre la ley y la carne (a la cual el yugo de la ley es duro y gravoso) siempre y cuando tengamos vida.

De todos los apóstoles sólo Pablo llama a la ley “los rudimentos del mundo, los elementos débiles y pobres, la potencia del pecado, la letra que mata”, etc. (2 Corintios 3:6). Los otros apóstoles no hablaron así de la ley. Entonces, todo aquel que quisiera ser un erudito conforme a la escuela de Cristo,⁵ que recalque diligentemente esta manera de hablar que utiliza el apóstol. Cristo lo llama vasija escogida, y por tanto le dio un exquisito vocabulario, un vocablo particular entre todos los apóstoles para que él, siendo vasija escogida, pudiera fielmente establecer los fundamentos del artículo de la justificación, y lo pudiera exponer claramente (Hechos 9:15).

VERSÍCULO 4. Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley.

⁵ *studiosus Christianae Theologiae.*

Es decir, una vez que el tiempo de la ley llegó a su fin, y que Cristo fue manifestado, y que Él nos hubiera librado de la ley, y que la promesa fuese publicada entre todas las naciones.

Observen aquí atentamente como Pablo define a Cristo. Cristo (dijo él) es el Hijo de Dios y de una mujer, por nosotros pecadores nacido bajo la ley, para redimirnos a nosotros que estábamos bajo la ley. Con estas palabras él abarca tanto a la persona de Cristo como a su oficio. Su persona consiste en su naturaleza divina y humana pues lo demuestra claramente cuando dijo “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer.” Cristo, por tanto, es Dios de Dios, y hombre de hombres. Su oficio resalta con estas palabras: “Nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, etc.”

Y aquí parecería que Pablo como por reproche, llama a la Virgen María tan sólo una mujer; lo que no lo tomaron a bien algunos de los eruditos antiguos, quienes hubieran preferido que la llamara una virgen, en vez de mujer. Pero Pablo en esta epístola se encauza a favor del asunto de mayor importancia: a saber, del Evangelio, de la fe, de la justicia cristiana. Así también, respecto a quién es la persona de Cristo, cuál es su función, lo que él asumió sobre sí e hizo por causa nuestra, y cuáles beneficios Él nos ha dado a nosotros míseros pecadores. Por tanto la excelencia de tan alto y maravilloso asunto fue la razón por la que no tomó en cuenta su virginidad. Para él bastó exponer y predicar la inestimable misericordia de Dios, que su Hijo naciera de ese género. Por tanto no hace mención de la dignidad de ese género, sino sólo del género. Y en lo que hace mención del género, quiere decir que Cristo se hizo verdadero hombre de hombres, nacido de mujer. Como si dijera, no nació de hombre y mujer, sino sólo de mujer. Por tanto, nombra sólo a la mujer, diciendo, “nacido de mujer”, como si hubiera dicho, hecho de una virgen. Juan el evangelista, cuando expone acerca del Verbo, dice que “en el principio, fue hecho carne” (Juan 1:1), sin mencionar ni una sola palabra de su madre.

Además, este texto también testifica de Cristo, pues venido el cumplimiento del tiempo de la ley, Cristo la hace abolir, de tal manera libera a los que por la misma estaban oprimidos, pero no hace mención alguna de una nueva ley que viniera después, o de alguna ley a la par con la antigua ley de Moisés. Por lo que los monjes y los eruditos Papales no yerran menos y blasfeman a Cristo, pues se imaginan que Él ha dado una nueva ley en concordancia con la ley de Moisés, y la de los turcos, que se jactan de su Mahoma, como un nuevo legislador después de Cristo, y mejor que Cristo. Entonces [según ellos] Cristo no vino a abolir la ley, sino para hacer una nueva. Pero Cristo (tal como Pablo dice aquí) fue enviado del Padre al mundo para redimir a los que estaban esclavizados bajo la ley. Estas palabras dibujan a Cristo precisa y verdaderamente, pues no le atribuyen la función de hacer una nueva ley, sino la de redimir a los que estaban bajo la ley. Y Cristo mismo dijo, “Yo no juzgo a nadie.” Y en otro texto, “no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo” (Juan 8:15; 12:47). Es como si dijera: “Yo no vine a traer ninguna ley, ni a juzgar a los hombres de acuerdo a ella, como Moisés y otros legisladores, pues yo tengo una función mayor y mejor. La ley les mataba, pero yo a la vez juzgo, condeno y mato la ley, de tal modo que los libero de su tiranía”.

Nosotros, los viejos que hemos amamantado esta perniciosa doctrina de los Papistas, hemos concebido una opinión bien contraria a la que Pablo enseña aquí. Pues aunque con nuestra boca confesamos que Cristo nos redimió de la tiranía de la ley, aun así es cierto que en nuestros corazones pensábamos que Él era un legislador, un tirano, y un juez, más temible que el mismo Moisés. Esta perversa opinión no la podemos, hasta el día de hoy, rechazar por completo a pesar de tan grande luz de la verdad, debido a que, las cosas que forzosamente aprendimos en nuestra juventud, quedaron arraigadas en nuestros corazones. Sin embargo, ustedes que todavía son jóvenes y no han sido infectados con esta perniciosa opinión, pueden aprender a Cristo con más pureza y con menos dificultad que nosotros los viejos podemos sacar de nuestras mentes a estas blasfemas imaginaciones que hemos concebidos de Él, a pesar que todavía no han escapado por completo de los engaños del diablo. Pues aunque todavía no han sido infectados con esta maldita opinión, de que Cristo es un legislador, todavía tienen la raíz que la hizo crecer; es decir, tienen a la carne, la razón, y la corrupción de la naturaleza, la cual no puede juzgar de ninguna otra manera sino que Cristo es un legislador. Por tanto deben poner todo el esfuerzo, todo su poder para poder aprender a Cristo y conocerlo, aferrándose a Él tal cual Pablo lo presenta en este texto. Pero si además de esta corrupción natural, vinieran también los maestros corruptos y malignos (de los cuales el mundo está repleto), aumentarían esta corrupción de la naturaleza, y el mal será redoblado; es decir, la impía enseñanza aumentará y confirmará el pernicioso error de la razón enceguecida, la cual naturalmente juzga a Cristo como un legislador, e imprime ese error poderosamente en nuestras mentes, que jamás se puede abolir sin gran lucha y dificultad.

Por tanto, es de mucho provecho para nosotros que siempre tengamos en vista esta declaración dulce y consoladora, y otras iguales, que presentan a Cristo en vivo y en verdad, que a lo largo de toda nuestra vida, y ante todo peligro, al confesar nuestra fe ante tiranos, y en la hora de nuestra muerte, podamos decir osada y confiadamente: Oh ley, no tienes poder alguno sobre mí,⁶ y por tanto en vano me acusas y condenas. Pues yo creo en Jesucristo el Hijo de Dios a quien el Padre envió al mundo para redimir a míseros pecadores oprimidos por la tiranía de la ley. Él dio su vida, y derramó su sangre por mí. Por tanto, al sentir tus terrores y amenazas, Oh ley, sumerjo mi conciencia en las heridas, la sangre, la muerte, la resurrección y la victoria de mi Salvador, Cristo. Fuera de Él, nada veré, nada escucharé. Esta fe es nuestra victoria, por la que vencemos los terrores de la ley, del pecado, de la muerte, y de todo mal, y aun así, ante grandes conflictos. Y es aquí en donde los verdaderos piadosos,⁷ diariamente se ejercitan ante graves tentaciones, en verdadera lucha y sudor. Pues con frecuencia son asediados con el pensamiento que Cristo los acusa y pleita contra ellos, que Él pedirá que rindan cuentas por su vida pasada, y que Él los condenará. Ellos no pueden darse la confianza que Él ha sido enviado por su Padre para redimirnos de la tiranía y opresión de la ley. Y ¿de dónde viene esto? Los santos⁸ todavía no han desechado la carne que se rebela contra el espíritu. Por tanto los terrores de la ley, el temor de la muerte, y tristes y pesados panoramas recurren con frecuencia, y ponen obstáculo a nuestra fe, de tal modo que no puede aferrarse al

⁶ *ius.*

⁷ *vere pii.*

⁸ *sancti.*

beneficio de Cristo (quien nos ha redimido de la esclavitud de la ley) con toda la confianza que fuera posible.

Sin embargo, ¿cómo, o de qué manera fue que Cristo nos redimió? Fue así como logró nuestra redención: “nacido bajo la ley.” Cuando vino Cristo, a todos nos halló cautivos bajo gobernadores y tutores, es decir, encerrados y atrapados en la prisión bajo la ley. Entonces, ¿qué fue lo que Él hizo? Aunque era el Señor de la ley, y por tanto la ley no tenía autoridad ni poder⁹ sobre Él (pues Él es el Hijo de Dios), de su propia voluntad Él se hace sumiso a la ley. Entonces llega la ley y ejerce sobre Él toda la tiranía¹⁰ que ejercía sobre nosotros. Es la misma que a nosotros también nos acusa y aterra. Nos hace sujetos al pecado, la muerte, la ira de Dios, y con su dictamen nos condena.¹¹ Y al hacerlo, está en todo su derecho: “pues todos somos pecadores, y por naturaleza somos hijos de ira” (Efesios 2:3). Por el contrario, Cristo no hizo pecado, ni tampoco fue hallado engaño en su boca (1 Pedro 2:22). Por tanto, no estaba sujeto a la ley. No obstante la ley no fue menos cruel contra este cordero inocente, justo y bendito, que lo fue contra nosotros malditos y condenados pecadores, sino que fue más exigente. Pues lo acusó de blasfemo y sedicioso. Lo hizo culpable ante Dios por los pecados de todo el mundo. Tanto lo aterró y oprimió con pesadumbre y angustia de espíritu, que llegó a sudar sangre; y por breve tiempo la ley lo condenó a muerte, y muerte de cruz (Mateo 26:65; Lucas 23:5; 22:44).

Este fue verdaderamente un asombroso combate en donde la ley, siendo una criatura, arremetió con todo su poder contra su Creador; y contra todo derecho y equidad ejerció toda la tiranía que tenía sobre nosotros hijos de ira y la impuso sobre el Hijo de Dios. Por tanto, ya que la ley tan horriblemente y con tanta maldición pecó contra su Dios, entonces ha sido acusada y traída ante el tribunal para rendir cuentas. Allí dijo Cristo: Oh ley, poderosa reina y cruel soberana de toda la humanidad, ¿Qué es lo que he hecho para que así me acuses, me aterres, y condenes, viendo que soy inocente? Aquí la ley, que antes había condenado y aniquilado a todos los hombres, queda indefensa y desprotegida, pues queda condenada y vencida, pues pierde todo su derecho, no sólo sobre Cristo (a quien cruelmente ultrajó y mató), sino también sobre todos los que han creído en Él, pues a ellos dijo Cristo, “Venid a mí todos los que estéis trabajados bajo el yugo de la ley” (Mateo 11:28). Yo podría haber vencido a la ley con sólo mi poder absoluto, sin mi propia sabiduría, pues yo soy el Señor de la ley, y por tanto no tiene poder sobre mí. Pero me he hecho sujeto a la ley por causa de los que estaban bajo la ley, tomando su carne sobre mí. Es decir, de mi propio inestimable amor¹² me humillé y me entregué a la misma prisión, tiranía, y esclavitud de la ley bajo la cual ustedes sirvieron como cautivos y esclavos. Yo permití que la ley tuviera dominio sobre mí. Siendo yo su amo permití que me aterrara, que me subyugara y cautivara al pecado, a la muerte, y a la ira de Dios, cosa que no debiera haber sido así. Por tanto yo he vencido el doble a la ley, por derecho y autoridad. Primero, como Hijo de Dios y Señor de la ley. Segundo, en la persona de

⁹ *ius.*

¹⁰ *tyrannidem.*

¹¹ *iure.*

¹² *per superabundantiam.*

ustedes, que es como si ustedes mismos hubieran vencido a la ley, pues mi victoria es la victoria de todos ustedes.

En todo lugar Pablo habla así de este maravilloso combate entre Cristo y la ley. A fin de hacer el tema más deleitoso y real, tiende a representar a la ley mediante cierta figura de la retórica llamada *prosopopeya*, como si fuera cierto personaje poderoso que había condenado y matado a Cristo, a quien Cristo, al vencer la muerte, venció, y condenó “matando en sí mismo las enemistades” (Efesios 2:16). También, “Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad” (Salmo 68:18). También usa la misma figura en sus epístolas a los Romanos, Corintios, y Colosenses: “condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). Por tanto, mediante esta victoria Cristo desterró la ley fuera de nuestra conciencia, de tal modo que ahora ya no puede perturbarnos a la vista de Dios, acosarnos con la desesperanza, o condenarnos. Ciertamente que no cesa de poner en manifiesto nuestro pecado, de acusar y aterrarnos. Pero la conciencia, aferrándose de esta palabra del apóstol, “Cristo nos ha redimido de la ley,” es levantada por la mano de la fe, y recibe gran consuelo. Además, triunfa sobre la ley con cierto orgullo santo diciendo, No me importan tus terrores y amenazas, pues tú has crucificado al Hijo de Dios, y esto lo hiciste de la manera más injusta. Por tanto, el pecado que has cometido contra Él no te puede ser perdonado. Has perdido tu derecho y soberanía, y ahora más que nunca no sólo has sido vencida, condenada, y muerta por Cristo, sino también ante mí pues he creído en Él, y Él también me ha dado su victoria. De tal modo que para nosotros la ley ha muerto para siempre, para que permanezcamos en Él.¹³ Por tanto, gracias a Dios, quien nos ha dado la victoria, por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15:57).

Estas cosas también confirman esta doctrina, que somos justificados por la fe sola. Porque cuando este combate se lidió entre Cristo y la ley, no intervinieron ninguna de nuestras obras o méritos, sino fue Cristo sólo, que se vistió de nuestra persona, se hizo sujeto a la ley, y en perfecta inocencia sufrió toda tiranía. Por tanto la ley, como malhechor y maldito asesino del Hijo de Dios, pierde todo su derecho, y merece tal condenación, que dondequiera esté Cristo, o se diga su nombre tan sólo una vez, se ve obligada a esconderse y huir, asimismo como el diablo (como se imaginan los Papistas), huye de la cruz. Por tanto, si creemos, somos librados de la ley por medio de Cristo, quien triunfó sobre ella por sí sólo (Colosenses 2:15). Por tanto este glorioso triunfo, que nos compró Cristo, no se obtiene mediante obra alguna, sino sólo por la fe. Por tanto, sólo la fe justifica.

Entonces, estas palabras que Cristo fue “nacido bajo la ley” así como son breves y emocionantes, también manifiestan cierto fervor, por lo que merecen ser sopesadas con diligencia y consideración. Pues declaran que el Hijo de Dios habiendo nacido bajo la ley, no sólo cumplió con un par de obras de la ley, no sólo fue circuncidado, o presentado en el templo, o que subió a Jerusalén cuando llegó el cumplimiento del tiempo, o que sólo vivió bajo el gobierno civil de la ley, sino que sufrió la entera tiranía de la ley. Pues la ley, utilizando su fuerza principal, y toda su potencia, se lanzó contra Cristo, y lo asedió tan ferozmente, que Él sintió una angustia y terror tal cual jamás sentirá ser alguno sobre

¹³ *i.e., provisto que.*

la faz de la tierra. Esto más que lo atestigua su sangriento sudor, el consuelo que le brindó el ángel, aquella poderosa oración que Él levantó desde el huerto, y brevemente, ese gemido quejumbroso desde la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Sufrió todo esto para redimir a los que estaban bajo la ley. Es decir, en pesadumbre de espíritu, en angustia y terror, al borde de la desesperación, por todos los que están oprimidos con su pesada carga de sus pecados, como ciertamente estamos todos oprimidos. Pues tocante a la carne pecamos diariamente contra todos los mandamientos de Dios. Pero Pablo nos da buen consuelo cuando dice, “Dios envió a su Hijo” etc.

Así que Cristo, un ser divino y humano, engendrado de Dios sin principio, y nacido de virgen al cumplimiento del tiempo,¹⁴ no vino para crear una ley, sino para sentir y sufrir los terrores de la ley hasta su máximo límite, y para vencerla, a fin de que pudiera abolirla por completo. No fue hecho un maestro de la ley, sino un discípulo obediente a la ley, para que, por esta su obediencia, Él pudiera redimir a los que estaban bajo la ley. Esto va en contra de la doctrina de los Papistas, pues ellos han hecho de Cristo un legislador, y mucho más severo y estricto que Moisés. Pablo aquí enseña todo lo contrario. A saber, que Dios humilló a su Hijo bajo la ley, es decir, lo obligó a llevar el juicio y la maldición de la ley, el pecado, la muerte, etc. Pues Moisés, el ministro de la ley, del pecado, de la ira, y de la muerte, arrestó, ató, condenó, y mató a Cristo, y Cristo lo sufrió todo.

Pues bien, por cuanto Cristo, en el Evangelio, dispone mandamientos, y enseña la ley, o más bien la explica, esto no pertenece a la doctrina de la justificación, sino a las buenas obras. Además no es la función propia de Cristo (por la que principalmente Él vino al mundo) enseñar la ley, sino una función incidental o resultante, así como también fue la de sanar a los enfermos, levantar a los muertos, etc. Estas ciertamente son obras excelentes y divinas, pero no son las obras propias y principales de Cristo. Pues los profetas también enseñaron la ley, y obraron milagros. Pero Cristo es Dios y hombre, quien luchando contra la ley, sufrió bajo la mayor crueldad y tiranía de la ley. Y por lo que Él sufrió y soportó a la ley,¹⁵ la venció en sí mismo. Y después, habiendo sido levantado de la muerte, la condenó y abolió enteramente, la cual era nuestro mortal enemigo, de tal modo que ya no puede condenar ni matar a los fieles. Por tanto, el verdadero y propio oficio de Cristo es el de luchar con la ley, con el pecado y la muerte del mundo entero, y luchar de tal modo que Él debe sufrir y superar todas estas cosas. Y sufriendolas en sí mismo, vencerlas y abolirlas, y por este medio librar a los fieles de la ley y de todo mal. Por tanto, enseñar la ley y obrar milagros son beneficios particulares de Cristo, pero no el motivo principal por el que Él vino al mundo. Pues los profetas, y especialmente los apóstoles, hicieron mayores milagros que Cristo (Juan 14:12).

Viendo entonces que Cristo ha vencido la ley en su propia persona, sigue por obligación que Él tenga la naturaleza divina.¹⁶ Pues no hay nadie más, sea hombre o ángel, que esté sobre la ley, sino Dios sólo. Pero Cristo está sobre la ley, pues Él la ha vencido; por tanto

¹⁴ *natus ex Deo ab aeterno, ex Virgine in tempore.*

¹⁵ *quod fecit et sustinuit legem.*

¹⁶ *necessario sequitur eum esse natura Deum [HC].*

Él es el Hijo de Dios, y tiene la naturaleza divina.¹⁷ Si te aferras a Cristo, tal cual como aquí Pablo lo ha dibujado, no podrás errar o caer en confusión. Además, fácilmente podrás juzgar sobre todo tipo de vidas, de las religiones y ceremonias del mundo entero. Sin embargo, si este cuadro verdadero de Cristo se desfigura u oscurece de alguna manera, entonces sigue una confusión en todas las cosas. Pues el hombre natural¹⁸ no puede juzgar tocante a la ley de Dios. Aquí fracasa la astucia de los filósofos, de los canónigos, y de todos los hombres. Pues la ley tiene poder y dominio sobre todo hombre. Por tanto la ley juzga al hombre, y no el hombre a la ley. Sólo el cristiano tiene un juicio cierto y verdadero tocante a la ley. Y, ¿de qué manera? Que la ley no justifica. Entonces, ¿por qué razón se hizo la ley, si no justifica? La justicia ante Dios, que sólo se recibe por la fe sola, no es la última razón por la que los cristianos obedecen la ley, sino por la paz en el mundo, gratitud hacia Dios, y un buen ejemplo por el que otros puedan ser provocados a creer el Evangelio. El Papa tanto ha confundido y mezclado la ley ceremonial, la ley moral, y la fe, todas entre sí, que al final ha preferido la ley ceremonial en vez de la ley moral, y la ley moral en vez de la fe.

VERSÍCULO 5. *A fin de que recibiésemos la adopción de hijos.*

Pablo expone y amplía grandemente este texto de Génesis 22: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” Un poco antes había llamado a esta bendición de la simiente de Abraham, justicia, vida, la promesa del espíritu, libertad de la ley, el testamento, etc. Aquí la llama adopción y herencia de vida eterna. La palabra bendición abarca todas estas cosas. Pues cuando la maldición (la cual es el pecado, la muerte, etc.) queda abolida, entonces su lugar es suplantado por la bendición, es decir, justicia, vida, y toda buena cosa.

Sin embargo, ¿por medio de qué mérito hemos recibido esta bendición, es decir, esta adopción y herencia de la vida eterna? Por ninguno en absoluto. Pues, ¿qué pueden merecer los que están encerrados bajo pecado, sujetos a la maldición de la ley, y merecedores de la muerte eterna? Hemos recibido esta bendición libremente, y sin merecerlo en absoluto, mas no así sin mérito alguno. ¿Qué mérito es ese? No el nuestro, sino el mérito de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nació bajo la ley, no por sí mismo sino por nosotros (como dijo Pablo antes que “por nosotros se hizo maldición”), y nos redimió a los que estábamos bajo la ley. Por tanto hemos recibido esta adopción sólo por la redención de Jesucristo el Hijo de Dios, quien es nuestro mérito sobreabundante y eterno, sin importar si es de congruencia o de virtud, o si viene antes o después de la gracia. Y con esta libre adopción, también hemos recibido el Espíritu Santo, a quien Dios ha enviado a nuestros corazones que exclama “Abba, Padre”, tal como sigue a continuación.

VERSÍCULO 6. *Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones.*

¹⁷ *ac natura Deus* [HC].

¹⁸ *animalis homo*.

El Espíritu Santo se ha enviado de dos maneras. En la Iglesia primitiva Él fue enviado con una apariencia manifiesta y visible. Así fue como vino sobre Cristo, en el Jordán, con la apariencia de paloma (Mateo 3:16), y con la semejanza de fuego sobre los apóstoles y otros creyentes (Hechos 2:3). Este fue el primer envío del Espíritu Santo, y así fue necesario, pues convenía que fuese establecido por muchos milagros, por causa de los incrédulos, tal cual Pablo testifica. “Las lenguas son por señal”, dijo él, “no a los creyentes, sino a los incrédulos” (1 Corintios 14:22). Pero después que la Iglesia fue reunida, y fue confirmada con esos milagros, ya no fue necesario que prosiguiera este envío visible del Espíritu Santo.

En segundo lugar, el Espíritu Santo se envía mediante la palabra a los corazones de los creyentes, tal cual dice aquí, “Dios envió el Espíritu de su Hijo”, etc. Este envío ya no es con manifestación visible alguna. Sino que cuando escuchamos la palabra externa, recibimos un fervor y una luz interna, por la cual somos conmovidos y llegamos a ser nuevas criaturas. Por el cual también recibimos un nuevo juicio, un nuevo sentimiento, y nuevas emociones. Este cambio, y este nuevo juicio, no es la obra de la razón, o del poder del hombre, sino que es el don y la operación del Espíritu Santo, el cual viene con la predicación de la palabra, la cual purifica nuestros corazones por la fe, y nos despierta un nuevo ánimo espiritual. Por tanto, hay una gran diferencia entre nosotros y aquellos que con violencia y sutileza persiguen la doctrina del Evangelio. Pues nosotros, por la gracia de Dios, podemos juzgar por medio de la palabra, la voluntad de Dios hacia nosotros, toda ley y doctrina, nuestra propia vida, y la vida de otros. Por el contrario, los Papistas y sectarios no pueden dar juicio acertado sobre cosa alguna. Pues corrompen, persiguen, y blasfeman la palabra. Pues bien, sin la palabra, el hombre no puede dar juicio certero sobre cosa alguna.

Y aunque ante el mundo no pareciera que hemos sido renovados en espíritu y tenemos el Espíritu Santo, no obstante nuestro juicio, nuestra manera de hablar, y nuestra confesión de sobra evidencian que tenemos al Espíritu Santo con sus dones en nosotros. Pues antes, en nada podíamos juzgar correctamente. No hablábamos como ahora hablamos. No confesábamos que todas nuestras obras eran pecado y merecían condenación, que Cristo era nuestro único mérito, tanto antes como después de la gracia, como ahora lo hacemos, en el verdadero conocimiento y luz del Evangelio. Por tanto, no nos dejemos perturbar por esto, que el mundo (cuyas obras testificamos que son malas) nos juzgue que somos los herejes más perniciosos y sediciosos, destructores de la religión, y perturbadores de la paz común, poseídos por el diablo que habla en nosotros, y que gobierna todo lo que hacemos. Contra este juicio perverso y maligno del mundo, que baste este testimonio de nuestra conciencia, por el cual con toda confianza sabemos cuál es el don de Dios, que no sólo creemos en Jesucristo, sino que también lo predicamos y confesamos ante el mundo. Así como creemos con nuestro corazón, así también lo confesamos con nuestra boca, de acuerdo a lo dicho por el salmista, “Creí; por tanto hablé” (Salmo 116:10).

Además nos ejercitamos en el temor de Dios, y evitamos el pecado todo lo que podamos. Si pecamos, no pecamos a propósito, sino por ignorancia, y lo lamentamos. Tal vez tenemos deslices, pues el diablo nos acecha, día y noche. También los rastros del pecado se aferran sin tregua a nuestra carne. Por tanto, tocante a la carne, somos pecadores, sí,

hasta después de haber recibido el Espíritu Santo. Y no hay gran diferencia entre el cristiano y un hombre civil honrado.¹⁹ Pues las obras externas del cristiano en sus apariencias son básicas y sencillas. Cumple su deber de acuerdo a su vocación, guía a su familia, labra la tierra, da consejos, socorre y auxilia a su vecino. El hombre carnal no estima demasiado estas obras, sino que piensa que son ordinarias a todos los hombres, y tal cual las hacen los paganos. Pues el mundo no comprende las cosas que competen al espíritu de Dios, y por tanto juzga perversamente las obras de los piadosos. Pero tienen en gran estima a la monstruosa superstición de los hipócritas, y de sus obras de la fuerza de la voluntad. Las cuentan por obras de santidad, y no escatiman en darles apoyo. En cambio, las obras de los fieles (aunque en las apariencias parecieran viles y sin valor alguno, no obstante, ciertamente son buenas obras, y aceptas de Dios, porque son hechas en la fe, de corazón alegre, y con obediencia de gratitud ante Dios), estas obras, digo yo, no sólo las desprecian como buenas obras, sino que las rechazan y condenan como las más impías y abominables. Por tanto el mundo no cree en lo mínimo que tenemos el Espíritu Santo. No obstante cuando llega la tribulación o la cruz, y el momento de confesar nuestra fe (la cual es la obra propia y principal de los creyentes), cuando es menester abandonar mujer, hijos, bienes, y hasta la vida, o si no lo hiciéramos negaríamos a Cristo, entonces se manifiesta la confesión de nuestra fe, confesando a Cristo y a su palabra, por el poder del Espíritu Santo.

Por tanto no debemos dudar si el Espíritu Santo mora en nosotros o no; sino estar plenamente confiados que “somos templo del Espíritu Santo,” tal como dijo Pablo (1 Corintios 3:16). Pues cualquier hombre que en sí mismo siente amor hacia la palabra de Dios, y de buena voluntad escucha, habla, escribe, y piensa de Cristo, debe saber que esta no es la obra de su voluntad o razón, sino del don del Espíritu Santo, pues es imposible que se hagan estas cosas sin el Espíritu Santo. Por el contrario, donde quiera se encuentre el odio y el desprecio por la palabra, allí reina el diablo, el dios de este mundo, cegando “la mente de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso Evangelio de Cristo” (2 Corintios 4:4). Esto es lo que vemos hoy en la mayoría de la gente común, que no tiene amor alguno por la palabra, sino que la condenan, como si no tuviera nada que ver con ellos. Pero todos los que sienten amor o deseo por la palabra, deben reconocer con gratitud, que este afecto es derramado en ellos por el Espíritu Santo. Pues este afecto y deseo no lo traemos dentro de nosotros, ni tampoco hay reglas que enseñen como lo podemos recibir; sino que este cambio es sencilla y enteramente la obra de la diestra del Altísimo. Por tanto, cuando de buena voluntad y con alegría escuchamos la predicación de la palabra con respecto a Cristo el Hijo de Dios, que por nosotros se hizo hombre, y se hizo sujeto a la ley, a fin de librarnos de la maldición de la ley, el infierno, la muerte, y la condenación, entonces confiamos acertadamente que Dios, por medio de esta predicación, envía al Espíritu Santo a nuestros corazones. Por tanto incumbe sobre todo que los piadosos sepan que tienen el Espíritu Santo.

Digo esto para rebatir esa perniciosa doctrina de los Papistas, que enseñan que nadie puede saber con toda certitud (aunque en esta vida sea lo más piadoso e intachable) si tiene el favor de Dios o no. Y este juicio que se recibe comúnmente, fue un principio

¹⁹ *hominem civiliter bonum.*

especial y artículo de fe en todo el Papado, por el cual desfiguraron totalmente la doctrina de la fe, atormentaron las conciencias de los hombres, despojaron a las iglesias de Cristo, oscurecieron y negaron todos los beneficios del Espíritu Santo, abolieron toda la adoración de Dios, impusieron la idolatría, el desprecio por Dios, y la blasfemia contra Dios en los corazones de los hombres. *Pues el que dude de la voluntad de Dios para con él, y no tiene seguridad alguna que está bajo la gracia, no puede creer que tiene la remisión de pecados, que Dios lo ampara, y que puede ser salvo.*

Bien lo dijo Agustín y con piedad, que “todo hombre ciertamente puede ver su propia fe, si es que tiene fe.” Ellos niegan esto. Dicen ellos: “Ni lo quiera Dios que yo me diera la confianza que estoy bajo la gracia, que soy santo, y que tengo el Espíritu Santo, si incluso viviera piadosamente, e hiciera cualquier cantidad de buenas obras.” Ustedes que son jóvenes, y todavía no han sido infectados con esta perniciosa opinión (sobre la cual se fundamenta todo el reino del Papado), mírenla bien, y huyan de ella como si fuera la plaga más horrible. Nosotros los viejos que fuimos criados en este error desde nuestra juventud, y nos hemos amamantado allí, lo tenemos profundamente arraigado en nuestros corazones. Por tanto nos toma igual trabajo el desaprenderlo y olvidarlo que aprender y aferrar la verdadera fe. Pero debemos estar plenamente confiados y sin dudar en modo alguno que estamos bajo la gracia, que por causa de Cristo, Dios se complace con nosotros, y que tenemos el Espíritu Santo, “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él” (Romanos 8:9). *Además, todo lo que procede del que duda, sean sus pensamientos, palabras, o hechos, es pecado; pues todo lo que no es de fe, es pecado.*

Por tanto, si eres un ministro de la palabra de Dios, o un magistrado municipal, con toda seguridad debes pensar confiadamente que Dios se complace en tu labor. Pero jamás podrás pensarlo, a menos que tengas el Espíritu Santo. Sin embargo, tú dirás, yo no dudo que Dios se complace en mi oficio, ya que es ordenado por Dios, pero dudo de mi propia persona, si Dios se complace conmigo o no. Aquí debes usar como recurso la palabra de Dios,²⁰ la cual enseña y nos asegura, que no sólo el oficio de la persona, sino que la persona misma es de agrado ante Dios. Pues tal persona ha sido bautizada, cree en Cristo, sus pecados han sido purgados en su sangre, y vive en la comunión y en la congregación de su Iglesia.²¹ Además, no sólo ama la pura doctrina de la palabra, sino que también se contenta con regocijo cuando ve que avanza, y aumenta el número de los fieles. Al contrario, el tal detesta al Papa y a todos los sectarios, con su impía doctrina, de acuerdo a ese dicho del salmista, “Los pensamientos vanos aborrezco; mas amo tu ley” (Salmo 119:113).

Por tanto debemos estar plenamente confiados que no sólo nuestro oficio, sino también nuestra persona es de agrado a Dios. Sí, todo lo que diga, hace, o piense en particular,²² igualmente es de agrado a Dios, no por causa nuestra, sino por el favor de Cristo, quien por nosotros nació bajo la ley. Bien, nosotros estamos seguros que Cristo agrada a Dios,

²⁰ *consulenda est Theologia.*

²¹ *in societate Ecclesiae.*

²² *privatim.*

que Él es santo, etc. Por lo mismo, que Cristo agrada a Dios, si nosotros estamos en Él,²³ nosotros también somos de agrado a Dios, y somos santos. Y aunque el pecado todavía permanece en nuestra carne, y nosotros también diariamente caemos y ofendemos, no obstante, la gracia sobrea abunda y es más fuerte que el pecado. La misericordia y la verdad del Señor reina sobre nosotros para siempre. Por lo que el pecado no nos puede angustiar, y hacernos dudar de la gracia de Dios que está en nosotros. Pues Cristo, ese todopoderoso gigante, además de haber abolido la ley, ha condenado al pecado, vencido a la muerte, y a todo mal. Siempre que Él esté a la diestra de Dios, haciendo intercesión por nosotros, no podemos dudar de la gracia y el favor de Dios hacia nosotros.

Además, Dios también ha enviado al espíritu de su Hijo a nuestros corazones, como Pablo lo dice aquí. Del mismo modo que Cristo en su propio espíritu está confiado con toda certitud que Él agrada a Dios, etc., así también nosotros, teniendo el mismo espíritu de Cristo, debemos estar confiados por su favor, del cual ya se ha dado plena confianza. Esto lo he dicho con respecto al testimonio interno, por el cual el corazón del cristiano debe sentirse plenamente convencido que está bajo la gracia, y que tiene el Espíritu Santo. Bien, las señas externas (como he dicho antes) son: alegría al escuchar de Cristo, predicar y enseñar a Cristo, darle gracias a Él, alabarlo, confesarlo, sí, hasta con pérdida de bienes y de la vida. Además, cumplir con nuestro deber tal como corresponde a nuestra vocación según nuestra capacidad, cumplirlo (digo) con fe, gozo, etc. Ni tampoco deleitarse en los menesteres de otra persona, ni inmiscuirnos en ellos, sino atender a nuestros propios asuntos, ayudar a nuestro hermano necesitado, consolar a los quebrantados de corazón, etc. Mediante estas señas, como por ciertos efectos y consecuencias, tenemos plena confianza y confirmación que tenemos el favor de Dios.²⁴ Los impíos también se imaginan que tienen las mismas señas, pero están lejos de la verdad. Aquí podemos percibir claramente que el Papa con su doctrina no hace nada más sino perturbar y atormentar las conciencias de los hombres, y al final, lanzarlos a la desesperación. Por tanto, como dice el salmista, “en su boca no hay verdad o rectitud” (Salmo 5:9), y en otro lugar, “debajo de su lengua hay vejación y maldad” (Salmo 10:7).

Aquí podemos ver que todavía hay gran debilidad en la fe de los piadosos. Pues si estuviéramos plenamente convencidos que estamos bajo la gracia, que nuestros pecados han sido perdonados, que tenemos el espíritu de Cristo, que somos los hijos de Dios, entonces sin duda alguna, estaríamos dichosos y agradecidos a Dios por este don de infinita estima. Pero debido a que sentimos emociones contrarias, es decir, temor, duda, angustia y pesadumbre, y otras semejantes, no podemos darnos plena confianza. Sí, aún nuestra conciencia juzga que es una gran presunción y orgullo desafiarse esta gloria. Por tanto, si hemos de entender este asunto debidamente, como debiéramos, debemos practicarlo, pues sin la experiencia y la práctica jamás podrá aprenderse.

Por lo cual cada uno debiera practicarlo, para que su conciencia esté plenamente confiada de que está bajo la gracia,²⁵ y que su persona y sus obras en verdad son de agrado a Dios.

²³ *in eo haeremus.*

²⁴ *in gratia.*

²⁵ *quod certo statuat se esse in gratia.*

Y si llegare a sentir cualquier incertidumbre o duda, entonces que luche a fin de lograr más fortaleza y confianza en la fe, de tal modo que pueda decir, “Yo sé que soy acepto, y que tengo el Espíritu Santo, no porque yo lo merezco, o por mis obras, o mis méritos, sino por causa de Cristo, quien por su inestimable amor por nosotros, se hizo esclavo y sujeto a la ley, y quitó los pecados del mundo entero. En Él creo yo. Si yo soy pecador, y cometo errores, Él es justo y no puede errar. Además, soy feliz de escuchar, leer, cantar, y escribir de Él, y no deseo nada más que su Evangelio pueda darse a conocer al mundo entero, y que muchos se conviertan a Él.”

Estas cosas dan claro testimonio que el Espíritu Santo está presente con nosotros y dentro de nosotros. Pues tales cosas no se logran en el corazón humano debido a la fuerza del hombre, ni se obtienen por el ingenio ni la industria humana, sino que se obtienen por Cristo sólo, quien primeramente nos justifica²⁶ por el conocimiento de sí mismo en su santo Evangelio, y después crea un nuevo corazón en nosotros, nos trae nuevas emociones, y nos da la confianza por la que somos persuadidos que agradamos al Padre por causa de Él. Además, Él nos da un verdadero juicio, por el cual probamos e intentamos cosas que antes desconocíamos, o despreciábamos por completo. Por tanto ahora nos incumbe luchar contra esta incertidumbre, para vencerla cada día más y más, y alcanzar una plena persuasión y certitud del favor de Dios hacia nosotros; desarraigando de nuestros corazones esta maldita opinión, que el hombre debe dudar de la gracia y el favor de Dios, duda que ha infectado al mundo entero. *Pues si no estamos seguros que estamos en la gracia, y que por causa de Cristo agradamos al Padre, entonces negamos que Cristo nos ha redimido, y negamos por completo todos sus beneficios. Ustedes que son jóvenes, fácilmente se pueden aferrar a la doctrina del Evangelio y rehuir esa pestilente opinión con la cual todavía no han sido infectados.*

VERSÍCULO 6. *El cual clama: Abba, Padre.*

Pablo pudiera haber dicho, “Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, invocando:²⁷ Abba, Padre.” Pero no lo dijo así, sino que “clamando:²⁸ Abba, Padre”, para que pueda mostrar y describir al cristiano en la tentación, que todavía es débil, y cree con flaqueza. En el capítulo ocho a los Romanos, el llama a este clamor, “gemidos indecibles.” Igualmente dice: “Y asimismo también el Espíritu ayuda en nuestra flaqueza; porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar” (Romanos 8:26).

Y este es un consuelo muy particular cuando dice que “el espíritu de Cristo ha sido enviado a nuestros corazones clamando Abba, Padre;” y también que no solo “nos ayuda en nuestra flaqueza”, sino que también “intercede por nosotros con gemidos indecibles.” Todo el que creyere esto confiadamente no será vencido con prueba alguna, no importa cuan dura sea la aflicción. Pero hay muchas cosas que impiden esta fe en nosotros. Primero, nuestro corazón nace en pecado. Además, este mal está injerto en nosotros por

²⁶ *iustificat nos.*

²⁷ *invocatem.*

²⁸ *clamantem.*

naturaleza de tal manera, que dudamos de la buena voluntad de Dios²⁹ hacia nosotros, y que no podemos creer con certeza que agradamos a Dios, etc. Por encima de todo esto, el diablo nuestro adversario anda rugiendo horriblemente a nuestro alrededor diciendo: “Tú eres un pecador, por tanto Dios está airado contigo, y te destruirá para siempre.” Contra todos estos horribles e intolerables rugidos, no tenemos nada más que aferrarnos y apoyarnos en la palabra sola, la cual presenta a Cristo ante nosotros como vencedor sobre el pecado y la muerte, y sobre todo mal. Sin embargo, en el aferrarse firmemente a la palabra en tal tentación y terrores de la conciencia, radica toda la dificultad. Pues entonces no hay sentido alguno que pueda percibir a Cristo. No lo podemos ver. El corazón no siente su presencia ni su auxilio en la tentación, sino que parece que Él está furioso con nosotros, y que Él nos ha abandonado. Además, cuando el hombre está bajo la tentación y se siente afligido, siente el poder del pecado, y la flaqueza de la carne, duda, siente los dardos ardientes del diablo, los terrores de la muerte, y la ira y el juicio de Dios. Todas estas cosas claman horriblemente contra nosotros, de tal modo que no podemos ver nada más sino la desesperanza y la muerte eterna. Pero aún así, en medio de estos terrores de la ley, los truenos del pecado, los asaltos de la muerte, y los rugidos del diablo, el Espíritu Santo (dice Pablo) clama en nuestros corazones, “¡Abba, Padre!” Y este clamor supera los horribles clamores de la ley, el pecado, la muerte, el diablo, etc., penetra las nubes de los cielos, y asciende hasta el oído de Dios.

Por tanto con estas palabras Pablo quiere decir que todavía hay flaquezas en los piadosos. Así también habla en el capítulo ocho a los Romanos cuando dice, “el espíritu nos ayuda en nuestra flaqueza.” Por cuanto así como el sentido y el sentimiento de lo negativo nos asedia con fuerza, es decir, por cuanto sentimos el desagrado de Dios más que su favor y buena voluntad hacia nosotros, asimismo se envía el Espíritu Santo a nuestros corazones, que no sólo gime e intercede por nosotros, sino que clama poderosamente, “¡Abba, Padre!” El Espíritu mismo ruega por nosotros de acuerdo a la voluntad de Dios, con lágrimas y gemidos que no se pueden expresar. ¿Y cómo es eso? Cuando estamos en medio de los terrores y el conflicto de la conciencia, nos aferramos a Cristo, y creemos que Él es nuestro Salvador. Pero es entonces cuando la ley y el pecado nos aterran y atormentan más que nunca. Además, el diablo nos asedia con toda su maquinaria y dardos ardientes, y se propone con todo su poder quitarnos a Cristo y todo nuestro consuelo. Aquí sentimos que ya estamos casi perdidos y al punto de desesperar; pues entonces somos esa caña cascada y ese pabilo humeante que menciona Isaías (Isaías 42:3). No obstante y mientras tanto, el Espíritu Santo nos auxilia en nuestra flaqueza, e intercede por nosotros con gemidos indecibles (Romanos 8:26), y certifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Así es como nuestra mente se sobrepone a los terrores: mirando a su Salvador y excelso Pontífice, Jesucristo.³⁰ Así es como vence la flaqueza de la carne; concibe su consuelo, y dice, “Abba, Padre.” Este gemido que apenas podemos percibir Pablo llama un clamor y gemido indecible, que llena cielo y tierra. Además, lo llama el clamor y gemido del espíritu, pues el Espíritu Santo suscita lo mismo en nuestros corazones cuando flaqueamos con debilidad y nos sentimos oprimidos con la tentación y el terror.

²⁹ *de divino favore.*

³⁰ *Pontificem.*

Entonces, aunque la ley, el pecado, y el diablo clamen contra nosotros como nunca, con grandes y terribles rugidos que parecieran llenar cielo y tierra, y sobrepasan en gran manera el gemido de nuestro propio corazón, aun así jamás podrán lastimarnos. Pues cuanto más ferozmente nos asedian, acusan y atormentan con sus clamores, tanto más nuestro gemir; y al gemir nos aferramos a Cristo, y clamamos a Él con la boca y el corazón, nos prendemos a Él, y creemos que Él fue nacido bajo la ley, para que nos pueda librar de la maldición de la ley, y destruir tanto al pecado como a la muerte. Y por tanto, cuando por la fe nos hemos aferrado a Cristo, por la fe clamamos mediante Él, “Abba, Padre” (Gálatas 4:6). Y este nuestro clamor más que sobrepasa el rugido de la ley, del pecado, del diablo, etc.

Sin embargo, estos gemidos son tan atenuados por nuestros terrores y esta nuestra flaqueza, que apenas los percibimos como gemidos. Pues nuestra fe, que en la tentación así gime hacia Cristo, es muy débil, si es que tomamos en cuenta nuestros propios sentimientos; por tanto no podemos escuchar el clamor. “Pero Él,” dice Pablo, “que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu” (Romanos 8:27). A este escudriñador de los corazones, este débil y lastimero gemido (tal cual nos parece), es un fuerte clamor, y un quejido indecible; al compararlo con los grandes y terribles rugidos de la ley, del pecado, de la muerte, del diablo, y del infierno, estos últimos parecieran que fueran como nada y se dejan de escuchar. Por cuanto no es sin razón alguna que Pablo llama este lamento del corazón de los piadosos afligidos, un clamor y lamento del espíritu, que no se puede expresar, pues llena todo el cielo, de tal modo que los ángeles piensan que no hay nada más que se pueda escuchar.

No obstante, en nosotros hay un sentimiento totalmente diferente. Pues nos parece que este nuestro lastimero gemido ni atraviesa las nubes, y de ninguna manera se pudiera escuchar en el cielo de Dios ni por sus ángeles. Pensamos lo peor y especialmente durante el tiempo de la tentación, que el diablo ruge terriblemente contra nosotros, que tiembla cielo y tierra, que caerán sobre nosotros, que toda criatura amenaza con destruirnos, que el infierno se ha abierto y que está listo a devorarnos. Este sentimiento está en nuestro corazón; estas voces horribles es el espectáculo que vemos y escuchamos. Y esto es lo que Pablo dice en 2 Corintios 12:9, que el “poder de Cristo se perfecciona en nuestra debilidad.” Es entonces cuando Cristo se manifiesta en toda su potencia; es entonces cuando verdaderamente reina y triunfa en nosotros, cuando estamos tan débiles que apenas se nos escapa un gemido lastimero. Pero Pablo dijo que este gemido a oídos de Dios, es el más fuerte clamor, que llena cielo y tierra.

Cristo también, en Lucas dieciocho, en la parábola del juez injusto, llama a este gemido del corazón fiel, un clamor, sí, un tal clamor que no cesa ni día ni noche de clamar ante Dios, donde Él dice: “¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará mucho en responderles? Os digo que pronto les hará justicia.” Nosotros el día de hoy al encontrarnos en tan gran persecución y contradicción del Papa, de tiranos y sectarios, que luchan contra nosotros tanto de la derecha como de la izquierda, no nos queda más que exclamar con tales gemidos. Y éstas fueron nuestras armas de fuego y artillería, con las que por tanto años hemos dispersado las estrategias y

proyectos de nuestros adversarios, por los cuales también hemos comenzado a derrocar el reino del anticristo. Éstos también provocarán que Cristo apresure el día de su gloriosa venida, y ponga a sus enemigos bajo sus pies. Así sea.

En el capítulo catorce de Éxodo, el Señor habla a Moisés en el Mar Rojo, diciendo, “¿Por qué clamas a mí?” Pero Moisés no había clamado, sino que temblaba y casi perdía las esperanzas, pues estaba ante un gran aprieto. Pues parecía que la infidelidad reinaba en él, y no la fe. Pues cuando vio al pueblo de Israel rodeado y encerrado por las huestes de los egipcios y por el mar, no había escapatoria alguna. Aquí Moisés no se atrevió a abrir su boca. Entonces ¿cómo fue que clamó? Por tanto no debemos juzgar de acuerdo a los sentimientos de nuestro propio corazón, sino de acuerdo a la palabra de Dios, la cual nos enseña que el Espíritu Santo es dado a los afligidos, atemorizados, y listos a desesperar, para levantarlos y consolarlos, para que no sean vencidos en sus tentaciones y aflicciones, sino que puedan salir invictos, pero pasando por grandes temores y aflicciones.

Los Papistas en sus ilusiones han soñado que “los santos hombres tenían el Espíritu Santo de tal modo que jamás tuvieron o sintieron tentación alguna.” Ellos hablaban del Espíritu Santo sólo teóricamente y por tal conocimiento raso. Pero Pablo dice que “el poder de Cristo se perfecciona en nuestra debilidad.” También que el Espíritu nos ayuda en nuestra flaqueza e intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar. Por tanto cuando tenemos la mayor necesidad del auxilio y consuelo del Espíritu Santo, es entonces cuando Él está más listo a socorrernos, cuando estamos en nuestra mayor debilidad y al borde de la desesperación. Si alguno sufre aflicción con corazón constante y gozoso, entonces es cuando el Espíritu Santo ha hecho obrado su obra en él. Y ciertamente que ha ejercido su oficio propio y particular en los que han sufrido grandes terrores y aflicciones, y se han acercado, como dice el salmista, a las puertas de la muerte. Asimismo dice Moisés, que en las aguas vio la muerte, y también cuando se vio rodeado por todos lados. Por tanto se sentía en angustia extrema y desesperación. Sin duda en su corazón habrá sentido ese poderoso clamor del diablo contra él diciendo: Todo este pueblo perecerá porque no tiene escapatoria; y de esta gran calamidad se hallará que sólo tú eres el autor, porque ¿acaso no has sido tú que los sacaste de Egipto? Pero, especialmente, Por sobre todo, el pueblo clamó contra él diciendo, “¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Que mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir en el desierto” (Éxodo 14:11,12). El Espíritu Santo aquí no estaba en Moisés sólo teóricamente o por conocimiento, sino eficazmente y en verdad,³¹ pues intercedió por él con gemidos indecibles, de tal modo que gimió al Señor diciendo, “Oh Señor, a tu mandato he conducido a este pueblo, por tanto, ayúdanos.” Este gemido o lamento a Dios, la Escritura lo llama un clamor.

He avanzado este tema ampliamente, para poder demostrar claramente cuál es el oficio del Espíritu Santo, y cuándo particularmente ejerce su cargo. Por tanto en la tentación, no debemos juzgar de manera alguna de acuerdo a nuestro propio sentimiento o emociones,

³¹ *non speculative, sed re vera.*

ni por el clamor de la ley, del pecado, del diablo, etc. Pues si entonces nos dejamos guiar por nuestros propios sentimientos, y le damos la razón a todos esos gritos, pensaremos que estamos fuera del alcance de toda ayuda y socorro del Espíritu Santo, y desamparados totalmente de la presencia de Dios. No, más bien recordemos lo que Pablo dijo, “El Espíritu nos ayuda en nuestra flaqueza,” etc. También clama, “Abba, Padre”; es decir, expresa cierto gemido lastimero y lamento del corazón (pues así nos parece), pero el cual, no obstante, ante Dios es un fuerte clamor y un gemido que no se puede expresar. Por tanto, en medio de tu tentación y flaqueza, aférrate sólo a Cristo, y gime ante Él, pues Él da el Espíritu Santo, que clama, “Abba, Padre.” Y este gemido lastimero es un fortísimo clamor a oído de Dios, que llena cielo y tierra de tal manera que Dios no escucha nada más; y además ensordece todo clamor de todas las otras voces.

Debes también recalcar lo que dijo Pablo, que el Espíritu intercede por nosotros en la tentación; no con muchas palabras, o largas oraciones, sino sólo con un gemido, que aún así no se puede expresar. Él no clama con lágrimas diciendo, “Ten piedad de mí, Oh Dios” (Salmo 51:1), sino que sólo deja escapar un débil y tenue gemido, como “Ah, Padre.” Esta tan sólo es una pequeña palabra, pero no obstante abarca todas las cosas. La boca no habla, sino que el sentimiento del corazón habla de este modo: "Aunque esté oprimido con la angustia y el terror de un extremo a otro, y pareciera que he sido abandonado y desterrado de tu presencia, aun así soy tu hijo, y tú eres mi Padre, por el favor de Cristo. Soy amado por causa del Amado." Por lo que esta pequeña palabra “Padre”, concebida eficazmente³² en el corazón, sobrepasa toda la elocuencia de Demóstenes, Cícero, y los más elocuentes oradores que jamás hayan existido sobre la faz de la tierra. Este asunto no se expresa con palabras, sino con gemidos; y gemidos que no se pueden expresar con palabras o elocuencia, pues no hay lengua que las pueda expresar.

He usado muchas palabras para decir que un cristiano debe darse la firme confianza que tiene el favor de Dios,³³ y que tiene el clamor del Espíritu Santo en su corazón. Lo he hecho así para que aprendamos a rechazar y abandonar por entero esa opinión diabólica de todo el reino del Papa, que enseñó que el hombre debe tener inseguridad, y de tener dudas de la gracia y del favor de Dios hacia él. Si esta opinión logra entrada, entonces Cristo de nada aprovecha; pues el que duda del favor de Dios hacia él, también dudará de las promesas de Dios, y así por consiguiente de la voluntad de Dios, y de los beneficios de Cristo. A saber, que Él nació, sufrió, murió, y resucitó por nosotros, etc. Pero no puede haber mayor blasfemia contra Dios que negar sus promesas, negar a Dios mismo, negar a Cristo, etc. Por tanto, no sólo fue una extrema locura, sino una horrible impiedad que los monjes tan fervorosamente sedujeron a la juventud, tanto hombres como mujeres, a sus monasterios, y a sus santas órdenes³⁴ (como ellos las llaman), como si fueran a lograr un segurísimo estado de salvación. Sin embargo, una vez que lo habían hecho, les amonestaban a que dudaran de la gracia y el favor de Dios hacia ellos.

³² *formaliter dicta.*

³³ *gratia.*

³⁴ *ad religions et ordines sanctos.*

Además, el Papa llamó a los humanos del mundo entero a obedecer a la santa Iglesia romana, como si fuera un estado de santidad, en el cual ellos sin duda alguna pudieran alcanzar la salvación; y aún así, una vez que los tenía sumisos a obedecer sus leyes, les ordena dudar de su salvación. Es así como el reino del anticristo se jacta y presume, al principio de la santidad de sus órdenes, de sus leyes, y con toda confianza promete vida eterna a los que las observan y las guardan. Pero después, cuando estos pobres hombres llegan a afligir sus cuerpos por mucho tiempo con vigiliias, ayunos, y tales ejercicios, de acuerdo a las tradiciones y ordenanzas de los hombres, y todo lo que consiguen con eso es la incertidumbre de si Dios quedó agrado con su obediencia o no. Es así como Satanás de la manera más horrible se metía en la muerte y la destrucción de las almas mediante el Papa; y por lo tanto el Papado es un matadero de conciencias, y el mismo reino del diablo.

Bien, a fin de establecer y confirmar este pernicioso y maldito error, ellos alegan el proverbio de Salomón: “Los justos y los sabios, y sus obras, están en la mano de Dios; y que no saben los hombres ni el amor ni el odio; todo está delante de ellos” (Eclesiastés 9:1). Algunos comprenden que esto habla del odio que vendrá; y otros del odio presente; pero ninguno comprende a Salomón que en este texto ni en lo más mínimo quiere decir lo que ellos se imaginan. Además, toda la Escritura nos enseña, particularmente y sobre todas las cosas, que no debemos dudar, sino darnos la confianza y creer sin duda alguna que Dios es misericordioso, amoroso,³⁵ y paciente. Que Él ni es un fingidor ni engañador; sino que Él es fiel y verdadero, y guarda su promesa. Sí, y ya ha cumplido lo prometido al entregarnos a su Hijo único para que muriera por nuestros pecados, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Aquí no podemos dudar que Dios se complace con nosotros, que con toda certeza Él nos ama,³⁶ que ya ha sido quitado el odio y la ira de Dios, viendo que permitió que su Hijo muriera por nosotros míseros pecadores. Aunque todo este tema se expone y repite a menudo por todo el Evangelio, de nada les vale. Solo este proverbio de Salomón, comprendido perversamente, ha prevalecido más (especialmente entre los que toman votos y los más estrictos hipócritas de la religión), que todas las promesas y consuelos de toda la Escritura, sí, aún más que los [dichos] de Cristo mismo. Abusaron las Escrituras para su propia destrucción, y fueron más que justamente castigados por despreciar las Escrituras, y rechazar el Evangelio.

Es menester que sepamos estas cosas. Primero porque los Papistas se jactan de su santidad, como si nunca hubieran cometido mal alguno. Por tanto, deben ser convencidos de sus propias abominaciones, con las que han llenado al mundo entero, tal cual los acusan sus propios libros, de los cuales su número es infinito. Segundo, para que nosotros estemos plenamente confirmados que tenemos la pura doctrina del Evangelio. De esta certitud el Papa no se puede gloriarse, pues en su reino, así fuera que todo lo demás fuera sano y puro, esta monstruosa doctrina de dudar³⁷ de la gracia de Dios y de su favor, sobrepasa cualquier otra monstruosidad. Y aunque es patente que los enemigos del

³⁵ *benignum.*

³⁶ *quin Deus sit placates et ex animo nobis faveat.*

³⁷ *istud monstrum incertitudinis.*

Evangelio de Cristo enseñan cosas inciertas ya que ordenan que las conciencias de los hombres deben convivir con la duda, no obstante, nos condenan y nos matan como herejes, porque disentimos de ellos, y enseñamos las cosas que tienen plena certitud. Y esto lo hacen con tal furia diabólica y crueldad, como si de veras estuvieran convencidos de su doctrina.

Por tanto demos gracias a Dios que ahora hemos sido librados de esta monstruosa doctrina de la duda. Ahora podemos estar seguros que el Espíritu Santo clama, y suscita en nuestros corazones gemidos indecibles. Esta es nuestra ancla, nuestro fundamento. El Evangelio nos ordena que nos fijemos no en nuestras buenas obras, nuestra propia perfección, sino en Dios quien promete, y en Cristo el mediador. Por el contrario, el Papa nos ordena a fijarnos, no en Dios el que promete, ni en Cristo nuestro excelso Obispo,³⁸ sino en nuestras obras y méritos. Esto produce duda y desesperación como consecuencia. Pero lo primero, causa confianza en el favor de Dios y gozo en el espíritu. Pues nos aferramos a Dios, quien no puede mentir. Pues Él dice, He aquí yo entrego a mi Hijo a la muerte, para que por su sangre te pueda redimir de tus pecados, y de la muerte eterna. En este caso no puedo dudar, a menos que niegue a Dios totalmente. Y esta es la razón que da certeza a nuestra doctrina,³⁹ porque nos saca de nosotros mismos, para que no nos fiemos de nuestra propia fuerza, nuestra conciencia, nuestros sentimientos, nuestra propia persona, y nuestras propias obras; sino en lo que está fuera de nosotros, es decir, en la promesa y la verdad de Dios, quien no nos puede engañar. Esto lo desconoce el Papa, y por tanto impíamente se imagina que el hombre no puede saber, no importa lo justo y bueno [que sea], si merece amor u odio. Sin embargo, si fuera justo y sabio, sabría con toda certeza que es amado por Dios, o de otro modo ni sería justo ni sabio.

Además, esta declaración de Salomón no dice nada del odio o favor de Dios hacia los hombres, sino que es una declaración moral,⁴⁰ censurando la ingratitud de los hombres. Pues tal es la perversidad y la ingratitud del mundo, que cuanto más merece el hombre, tanto menos se le reconoce, y a veces el que debiera ser su mejor amigo, se torna en su peor enemigo. Al contrario, el que menos merece, suele ser el más valorado. Esto le ocurrió a David, un hombre santo, y un buen rey, que fue desterrado de su propio reino. Asimismo, a los profetas, a Cristo, y a los apóstoles que les quitaron la vida. En conclusión, la historia de todas las naciones atestigua de muchos hombres, que en su propia tierra, aun cuando merecían lo mejor, fueron desterrados por sus propios ciudadanos, viviendo en gran miseria, y algunos pasando muchas vergüenzas murieron en el calabozo. Por lo que Salomón en este texto habla no de la conciencia y su relación con Dios, ni del favor o del juicio, del amor o del odio de Dios; sino de los juicios y los afectos entre los hombres mismos. Es como si dijera: “hay muchos hombres justos y sabios, que Dios usa para obrar mucho bien, y para la paz y quietud entre los hombres. Pero ellos están tan lejos de reconocerlo, que con frecuencia les pagan de la manera más crasa y descortés por sus obras buenas y merecedoras del bien”. Por tanto, aunque el

³⁸ *Pontificem.*

³⁹ *Theologia.*

⁴⁰ *politica.*

hombre haga las cosas bien, y más que bien, aun así no sabe si por su diligencia o fidelidad será objeto del odio o el favor de los hombres.

Así también nosotros hoy, cuando pensábamos que íbamos a hallar favor entre nuestros propios compatriotas, pues les predicamos el Evangelio de la paz, la vida, y la eterna salvación, en vez de favor, hemos hallado odio amargo y cruel. Ciertamente que al principio muchos se deleitaron grandemente con nuestra doctrina, y la recibieron gozosamente. Pensamos que habrían sido nuestros amigos y hermanos, si, por consentimiento mutuo junto a nosotros, hubieran sembrado y predicado a otros esta doctrina. Pero ahora nos damos cuenta que son falsos hermanos y son nuestros enemigos mortales, que siembran y esparcen por doquier falsa doctrina; y lo que nosotros enseñamos bien y piadosamente, ellos lo pervierten impiamente y lo derriban, suscitando controversias que ofenden las iglesias. Por tanto todo aquel que cumple su deber piadosa y fielmente, no importa su vocación, y aunque haga todo el bien sin recibir nada a cambio sino desconsideración y odio de los hombres, que no se perturbe ni atormente, sino que diga con Cristo, “Me odiaron sin causa.” También, “con palabras de odio me rodearon; Y pelearon contra mí sin causa. En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba” (Salmo 109:3,4).

Por tanto el Papa con su doctrina diabólica, con la que manda a los hombres a dudar del favor de Dios hacia ellos, le quitó a la Iglesia de Dios todas sus promesas, sepultó todos los beneficios de Cristo, y abrogó el Evangelio entero. A esto obligadamente siguen los desaciertos, pues los hombres no se apoyan en las promesas de Dios, sino en sus propias obras y méritos. Por tanto, al no poder confiar en la buena voluntad de Dios hacia ellos, necesariamente dudarán, y por último perderán las esperanzas. Nadie puede entender cuál es la voluntad de Dios, ni lo que le agrada, sino por su palabra. Esta palabra nos asegura que Dios ha lanzado lejos todo el odio y desagrado que tenía concebido contra nosotros, cuando Él dio a su Hijo único por nuestros pecados, etc. *También los Sacramentos, el poder de las llaves, etc., nos lo confirman. Pues si Dios no nos amara, no los hubiera puesto en nuestras manos. Estamos abrumados con tales infinitos testimonios de su favor hacia nosotros.* Por tanto, abandonemos totalmente estas dudas diabólicas, con las que todo el Papado está envenenado, y tengamos la plena confianza que Dios es misericordioso hacia nosotros, y que tenemos el Espíritu Santo, el cual intercede por nosotros con esos llantos y gemidos que no se pueden expresar.

Bien, el verdadero lloro y gemido es cuando un hombre en la tentación clama a Dios, no como un tirano, no como un juez, ni como un verdugo, sino como a un padre, aunque este gemido sea tan leve y secreto, que apenas se pueda percibir. Pues en la grave tentación, y en el momento de la prueba, cuando la conciencia lucha con el juicio de Dios, tiende a llamar a Dios, no como padre, sino como un juez injusto, iracundo, y cruel tirano. Y este quejido que Satanás suscita en el corazón, sobrepasa el clamor del espíritu, y se siente fuertemente. Pues entonces parece que Dios nos ha abandonado y nos arrojará al infierno. Los fieles a veces se quejan así, en los Salmos: “Cortado soy de delante de tus ojos” (Salmo 31:22). También “Soy como vasija rota”, etc. Este no es el gemido que clama, “Abba, Padre”, sino el rugido de la ira de Dios, que clama despavoridamente, "Oh juez cruel, Oh verdugo," etc. Aquí es el momento cuando debes desviar tus ojos de la ley, de

las obras, y de los sentimientos de tu propia conciencia, y aferrarte mediante la fe a la promesa. Es decir, a la palabra de gracia y vida, la cual levanta nuevamente a la conciencia, de tal modo que ahora comienza a gemir y decir, "Aunque la ley me acuse, el pecado y la muerte me aterren como nunca, aún así, Oh mi Dios, tu me prometiste gracia, justicia y vida eterna por medio de Jesucristo." Y es así que la promesa trae un suspiro y un gemir que clama, "Abba, Padre."

Aquí yo no rechazo lo que algunos afirman, a saber que Pablo a propósito usa dos palabras, de la cual una es del hebreo y la otra del griego, puesto que la Iglesia estaba constituida tanto de judíos como de griegos. Estos dos pueblos emplearon diferentes idiomas al llamar a Dios, Padre. No obstante el gemido de ambos es uno mismo, viendo que ambos claman, "Padre."

VERSÍCULO 7. *Así que ya no eres siervo, sino hijo.*

Esto es el remate y la conclusión de lo que él había dicho. Como si dijera: "Ya que esto es cierto, que tenemos el espíritu por causa del Evangelio, por el cual clamamos, "Abba, Padre," y por cuanto este decreto se ha pronunciado desde el cielo, ya no hay más esclavitud, sino tan sólo la libertad y la adopción". Y, ¿quién nos logró esta libertad? Por cierto que fue ese gemir. Y, ¿de qué modo? El Padre me lo ofrece, por su promesa, su gracia y su favor paternal.⁴¹ Lo único que queda, es que yo reciba esta gracia. Y esto lo hago cuando nuevamente y con corazón de niño doy mi consentimiento a este nombre, Padre. Aquí entonces, se encuentra el padre con el hijo, y la boda se lleva a cabo sin pompa y circunstancia. Es decir, nada interviene entre ellos, no se requiere ni ley ni obra. Pues, ¿qué debe hacer el hombre en los terrores y horrible oscuridad de la tentación? Aquí no queda nada más sino la promesa del Padre, y que por medio de Cristo, me llama su hijo, quien nació bajo la ley, etc.; y que yo reciba la promesa y responda con este gemido, diciendo, "Padre." Aquí pues no hay exigencias, no hay requisito alguno, sino sólo ese gemido infantil que se aferra a una segura esperanza y confianza en la tribulación, que dice, "Tú prometes, y me llamas tu hijo, por el favor de Cristo; y yo nuevamente recibo Tu promesa, y te llamo 'Padre.'" Esto es ciertamente, ser sus hijos, sencillamente, sin obra alguna. Pero estas cosas, sin la experiencia ni la práctica, no se pueden entender.

En este texto Pablo toma esta palabra "siervo", así también como lo hizo antes en el capítulo tres, cuando dijo, "No hay esclavo⁴² ni libre." Aquí lo llama un siervo de la ley, sujeto a la ley, como lo había dicho poco antes: "Estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo." Por cuanto el ser un siervo, de acuerdo a Pablo en este lugar, es ser culpable y cautivo bajo la ley, bajo la ira de Dios y la muerte, y mirar a Dios, no como un padre misericordioso, sino como un verdugo, un enemigo, y un tirano. Esto ciertamente es estar con ataduras y en el cautiverio babilónico, y allí recibir crueles tormentos desde adentro. Pues la ley no libra del pecado y de la muerte, sino que revela y hace abundar el pecado, y engendra ira. Esta esclavitud (dice Pablo en Romanos 3:20;

⁴¹ *paternitatem.*

⁴² *servus.*

4:15) ya terminó, ya no nos oprime, ni carga su peso sobre nosotros, etc., etc. Pablo dice: “Ya no serás un siervo.” Pero la declaración es más generalizada si decimos: En Cristo ya no habrá más esclavitud, sino tan sólo libertad y adopción. Pues cuando viene la fe, termina la esclavitud, como había dicho antes en el capítulo tres.

Bien, si nosotros por el espíritu de Cristo que clama en nuestros corazones “Abba, Padre,” ya no somos siervos sino hijos, entonces sigue que no sólo somos liberados del Papa y todas las abominaciones de las tradiciones de los hombres, sino también de todo el dominio y el poder de la ley de Dios. Por lo que de ninguna manera debiéramos tolerar que la ley reine en nuestra conciencia, y mucho menos el Papa, con todas sus vanas amenazas y terrores. Ciertamente que él ruga poderosamente como un león (Apocalipsis 10:3), y amenaza a todos los que no obedecen sus leyes con la ira y la indignación del Dios Todopoderoso y de sus benditos apóstoles, etc. Pero aquí Pablo nos presta armas y nos consuela contra estos rugidos cuando él dijo: “Ya no eres siervo, sino hijo.” Aférrate de este consuelo por la fe, diciendo, "Oh ley, tu tiranía no puede tener lugar alguno en el trono donde Cristo está sentado como mi Señor. Allí no te puedo escuchar (y mucho menos a ti, oh anticristo), pues soy libre y soy hijo, y como tal, no debo estar sujeto a yugo alguno, o servil ante ley alguna." Por tanto que Moisés con todas sus leyes (y con más razón las del Papa) se retiren y no suban a la recámara nupcial para acostarse, es decir, para reinar en la conciencia, pues Cristo la ha librado de la ley, a fin que no esté sujeta a yugo alguno. Que los siervos se queden abajo con la mula en el valle. Que nadie más sino Isaac ascienda al monte con su padre Abraham (Génesis 22:5). Es decir que la ley tenga dominio sobre el cuerpo, y sobre el hombre viejo; que éste quede bajo la ley y sufra la carga que se le imponga; que se ponga a trabajar y afanarse con la ley; que la ley le marque sus límites y le recete lo que tiene que hacer, lo que debe sufrir, y cómo debe vivir y comportarse entre los hombres. Pero que no manche la cama en donde Cristo sólo debe reposar y dormir. Es decir, que [la ley] no perturbe la conciencia. Pues esta debe vivir sola con Cristo su esposo en el reino de la libertad y la adopción.

Si entonces (dijo él) por el espíritu de Cristo claman, “Abba, Padre,” entonces ciertamente que ya no son siervos, sino seres libres e hijos. Por tanto ya están sin la ley, sin pecado, sin la muerte; es decir, ya están a salvo, y ya han quedado más que librados de todo mal. Por lo que la adopción trae consigo el reino eterno, y toda herencia celestial. Pues bien, el corazón humano no puede concebir cuán inestimable es la gloria de este don, mucho menos expresarlo. Mientras tanto la podemos ver pero oscuramente, como si estuviera lejos. Tenemos este pequeño lamento endeble de la fe que sólo reposa al escuchar el sonido de la voz de Cristo dando su promesa. *Con respecto a lo que sentimos y a nuestras emociones, es de lo más pequeño, pero en sí mismo, es muy grande e infinito; de tal modo que un cristiano tiene en él algo que es infinito, aunque a su propia vista y sentimientos es algo muy pequeño y limitado.* Por tanto no debemos medir la fe por medio de la razón, o mediante nuestros propios sentimientos,⁴³ sino por la promesa de Dios. Ahora, ya que Él es infinito, por tanto su promesa también es infinita, aunque pareciera estar sitiada por estos estrechos, digo estas angustias, *aunque dirigida por la brújula de la palabra (por así decirlo).* Por lo que ya no hay nada que ahora me acuse,

⁴³ humana ratione et sensu.

me aterre, o me oprima la conciencia. Pues ya no hay más servilismo, sino adopción, la cual no sólo nos trae libertad de la ley, del pecado, y de la muerte, sino también la herencia de la vida eterna, tal cual se expresa a continuación.

VERSÍCULO 7. *Y si hijo, también heredero de Dios por Cristo.*

Porque el que es hijo, también debe ser heredero, pues por su nacimiento merece⁴⁴ ser heredero. Pues no hay ni obra ni mérito por el cual pudiera obtener la herencia, sino que ya es suya sólo por el mero hecho de su nacimiento. De tal modo que por razón de la herencia, él es tan sólo un ente pasivo y no un agente activo.⁴⁵ Es decir, no por engendrar, laborar, ni custodiar. Sino sólo por haber nacido, esto es lo que lo capacita como heredero, *pues en nada se esforzó para ser concebido, sino que sólo fue un agente pasivo.* Es así como obtenemos los dones eternos, a saber, el perdón de los pecados, la justicia, la gloria de la resurrección, y la vida eterna, no como agentes activos sino como entes pasivos. Es decir, no por el hacer, sino por el recibir. Aquí no hay nada que se interponga, sino la fe sola se aferra a la promesa ofrecida. Así como un hijo según las leyes civiles es un heredero sólo por virtud de su nacimiento, así, aquí, es la fe sola la que nos hace hijos de Dios, nacidos de la palabra, la cual es la matriz de Dios, en la cual somos concebidos, llevados, nacidos, nutridos, etc. Entonces es por este nacimiento que somos hechos nuevas criaturas, formados por la fe en la palabra; somos hechos hijos cristianos y herederos de Dios mediante Jesucristo. Ahora, ya que somos herederos, somos librados de la muerte, el pecado, y el diablo, y tenemos la justicia y la vida eterna.

Sin embargo, esto por demás sobrepasa toda capacidad humana, que él nos llame herederos, no de algún príncipe acaudalado o poderoso, ni del emperador, ni del mundo, sino de Dios, el Todopoderoso creador de todas las cosas. Esta nuestra herencia pues, (como dice Pablo en otro lugar) es inestimable. Pues cuando el hombre llega a comprender la gran excelencia de este tema, entonces llega a ser hijo y heredero de Dios, y todo el que con fe constante lo creyera, estimaría todo el poder y todas las riquezas del mundo como asqueroso estiércol, en comparación con su herencia eterna. Aborrecería todo lo encumbrado y glorioso del mundo. Sí, cuanta más grandiosa la pompa y la gloria del mundo, tanto más la odiaría. En conclusión, todo lo que el mundo estima como lo más alto, y magnífica, sería, a sus ojos, lo más vil y abominable. Pues ¿qué es todo el mundo, con todo su poder, sus riquezas, y gloria, si lo comparamos con el ser hijo y heredero de Dios? Además, con todo el corazón desearía con Pablo (Filipenses 1:23) quedar libre y estar con Cristo; y nada más sería tan bienvenido como morir pronto, lo que él abrazaría como la más gozosa paz, sabiendo que sería el fin de todas sus miserias, y que por ese medio alcanzaría su herencia, etc. Sí, el hombre que pudiera creer esto a su plena culminación, no quedaría con vida por mucho tiempo, sino que sería absorto por un incontenible y extremo gozo.

Pero la ley de los miembros, luchando contra la ley de la mente, impide la fe en nosotros, y no permite alcanzar su perfección. Por tanto necesitamos el auxilio y el consuelo del

⁴⁴ *meretu.*

⁴⁵ *mere passive, non active contingit ei haereditas.*

Espíritu Santo, que en nuestras pruebas y aflicciones pueda hacer intercesión por nosotros con gemidos indecibles, como he dicho anteriormente. El pecado permanece en la carne, que a veces oprime la conciencia, e impide la fe, de tal modo que no podemos con gozo perfecto mirar y desear aquellas eternas riquezas que Dios nos ha dado por medio de Cristo. Pablo mismo, sintiendo esta batalla de la carne contra el espíritu, exclama: “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Él acusa a su cuerpo, al cual, no obstante, tiene la obligación de amar, y le da un nombre odioso, su Muerte. Como si dijera: Mi cuerpo me aflige más, y me perturba más que la muerte misma. Pues le impedía este gozo del espíritu. No siempre tenía este dulce gozo al pensar en la herencia celestial por venir, sino que a menudo sentía mucha pesadez de espíritu, gran angustia, y terrores.

Aquí podemos ver claramente cuán difícil es la fe para nosotros. Esto no lo percibimos fácil y rápidamente como se imaginan ciertas mentes hinchadas y flojas, que quisieran tragarse de una vez todo lo que hay en las Sagradas Escrituras. La gran flaqueza que hay en los santos, y la lucha de la carne contra el espíritu, tanto más testifican cuanto más débil es la fe en ellos. Pues una fe perfecta trae prontamente un desprecio y desidia de esta vida actual. Si pudiéramos darnos plena confianza, y constantemente pudiéramos creer que Dios es nuestro Padre, y nosotros sus hijos y herederos, entonces totalmente condenaríamos a este mundo, con toda su gloria, justicia, sabiduría, y poder, con todos los cetros reales y coronas, y con todas las riquezas y placeres que contiene. No debiéramos estar tan afanados por esta vida; no debiéramos estar tan adictos al mundo y a las cosas del mundo,⁴⁶ confiándonos a ellas cuando las tenemos, y lamentándonos y desesperando cuando las perdemos. Sino que debemos hacer todas las cosas con gran amor, humildad, y paciencia. Sin embargo, hacemos lo contrario: pues la carne todavía tiene fuerza, pero la fe es flaca, y el espíritu es débil. Por tanto Pablo lo dijo muy bien, que nosotros aquí tenemos en esta vida, tan sólo las primicias del espíritu, y que en el mundo venidero, se nos dará todo lo restante.

VERSÍCULO 7. *Por Cristo.*

Pablo siempre tiene a Cristo en su boca, no lo puede olvidar. Pues él bien previó lo que más se desconocería en el mundo (hasta en los mismos que profesan ser cristianos), sería a Cristo y su Evangelio. Por tanto habla de Él, y lo presenta de continuo ante nuestros ojos. Y siempre que habla de la gracia, la justicia, y la promesa, la adopción, y la herencia, tiende a añadir, “en Cristo,” o “por Cristo,” veladamente desmereciendo a la ley. Es como si dijera, Estas cosas no son nuestras ni por la ley ni por las obras de la ley; y mucho menos por nuestra propia fuerza, ni por las tradiciones de los hombres; sino por Cristo sólo.

VERSÍCULOS 8, 9. *Mas entonces, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses. Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?*

⁴⁶ *non sic adhaeremus corde corporalibus rebus*: ni tener el corazón apegado a las cosas materiales [HC].

Aquí Pablo concluye su contienda. De aquí en adelante hasta el fin de la epístola no tiene mucho más que disputar, sino que sólo da ciertos preceptos tocantes al comportamiento. No obstante, primeramente, él reprocha a los gálatas, muy sentido de que esta doctrina divina y celestial la hayan desalojado tan súbita y fácilmente de sus corazones. Como si él dijera, Tienen maestros que los llevarán nuevamente al cautiverio de la ley. Yo no hice esto; sino que por mi doctrina los llamé de la oscuridad, de la ignorancia de Dios, a una maravillosa luz y conocimiento de Él. Yo los saqué del yugo, y los puse en la libertad de hijos de Dios, no predicándoles las palabras de la ley, ni los méritos de los hombres, sino la gracia y la justicia de Dios, y la dádiva de las bendiciones celestiales y eternas a través de Cristo. Ahora, viendo que esto es verdad, ¿por qué abandonan tan pronto la luz, y se vuelven hacia la oscuridad? ¿Por qué permiten que tan fácilmente los conduzcan de la gracia a la ley, de la libertad hacia la esclavitud?

Nuevamente podemos ver aquí (como he dicho antes) que caer de la fe⁴⁷ es algo fácil,⁴⁸ tal cual lo atestigua el ejemplo de los gálatas. Lo mismo declara el ejemplo de los sacramentarios, los anabaptistas, y otros semejantes. Nosotros, por nuestra parte, exponemos esta doctrina de la fe viajando constantemente, predicando, leyendo, y escribiendo. Nosotros pura y claramente distinguimos el Evangelio de la ley, y aún así prevalecemos poco. Esto viene del diablo, quien anda merodeando con todas las sutilezas posibles para seducir a los hombres, y sostenerlos en el error. No puede tolerar que exista el verdadero conocimiento de la gracia, y de la fe en Cristo. Por lo tanto, para que pueda vaciar a Cristo totalmente de la vista y el corazón⁴⁹ pone ante los hombres ciertos espectáculos, con el cual los engaña, para que poco a poco los pueda conducir fuera de la fe y del conocimiento de la gracia, a los temas de la ley. Cuando ya lo ha logrado, entonces ha sacado a Cristo. No es sin causa alguna que entonces Pablo habla tanto y tan a menudo de Cristo, y que se propone con toda pureza exponer la doctrina de la fe con la que sólo y únicamente se atribuye la justicia, quitándosela a la ley, declarando que la ley tiene un efecto totalmente contrario; es decir, engendrar ira, hacer abundar el pecado, etc. Pues gozosamente quisiera persuadirnos que no debiéramos permitir que se nos desaloje a Cristo de nuestro corazón; que la esposa no permita que a su esposo se le arranque de sus brazos, sino que siempre lo abrace, y se aferre a él. Pues estando Él presente, ya no hay peligro. Lo único que hay son gemidos fieles, la buena voluntad paternal,⁵⁰ la adopción, y la herencia.

Sin embargo, ¿por qué dice Pablo que los gálatas volvieron a los débiles y pobres rudimentos o ceremonias? Es decir, a la ley, pues ellos nunca habían tenido la ley, pues eran gentiles (a pesar que también escribió estas cosas a los judíos, como también declararemos después), o ¿por qué no habla de la siguiente manera?: En el pasado, cuando no conocían a Dios, sirvieron a los que por naturaleza no son dioses; pero ahora viendo que conocen a Dios, ¿por qué vuelven a ellos, abandonando al Dios verdadero,

⁴⁷ *facillimum esse lapsum in fide* [texto latín, HC].

⁴⁸ *Lapsus in fide facilis*: Nota de Röer [HC].

⁴⁹ *e conspectus et corde*.

⁵⁰ *paternitas*.

para adorar a los ídolos? ¿Será que Pablo entiende que todo es la misma cosa, caer de la promesa para volver a la ley, de la fe a las obras, y que esto es lo mismo que servir a los dioses que por naturaleza no son dioses? Yo respondo, todo el que cae del artículo de la justificación, desconoce a Dios, y es un idólatra. Por tanto, todo es la misma cosa, volver a la ley, o adorar ídolos; todo es la misma cosa que lo llamen monje, musulmán, judío, o anabaptista. Porque cuando se quita este artículo de en medio, todo lo que queda no es nada más sino error, hipocresía, impiedad, e idolatría, no importa que en las apariencias se finja mantener la misma verdad, el verdadero servicio a Dios, y la verdadera santidad, etc.

La razón es porque Dios no se deja conocer ni tampoco se puede conocer por ningún otro medio que no sea Cristo,⁵¹ de acuerdo a lo dicho por Juan “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Él es la simiente prometida a Abraham, en quien Dios ha establecido todas sus promesas. Por tanto, Cristo es el único medio, y como dirían ustedes, el espejo, por el cual podemos ver a Dios; es decir, por el cual podemos conocer su voluntad. Pues en Cristo vemos que Dios no es un juez exigente y cruel, sino un Padre de suma buena voluntad, amoroso, y misericordioso, quien, para que nos pueda bendecir, es decir librarnos de la ley, el pecado, la muerte, y todo mal, y para dotarnos con la gracia, la justicia, y la vida eterna, “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Romanos 8:32). Este es el verdadero conocimiento de Dios, el convencimiento divino que no nos engaña, sino que nos dibuja un vívido cuadro de Dios.

El que ha caído de este conocimiento, entonces necesariamente es porque ha concebido esta fantasía en su corazón: Serviré a Dios de esta y aquella manera; entraré de monje en cierta orden; voy a cumplir con esta u otra obra; y es así como serviré a Dios, y no tengo duda alguna que Dios aceptará estas obras, y por ellas, me recompensará con la vida eterna. Pues Él es misericordioso y generoso, dando todas las cosas hasta a los que no lo merecen y agradecen; por tanto, mucho más me dará gracia y vida eterna, por mis muchas y grandes buenas obras y méritos alcanzados. Esta es la más alta sabiduría, justicia, y religión que puede idear la razón; la cual es común a todas las naciones, a los Papistas, judíos, mahometanos, herejes, etc.⁵² No pueden ir más allá de donde estaba parado el fariseo que menciona el Evangelio (Lucas 18:11,12). No tienen conocimiento de la justicia cristiana, o de la justicia de la fe, “Porque el hombre natural no percibe los misterios de Dios” (1 Corintios 2:14). También, “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Romanos 3:11). Por tanto, no hay diferencia alguna entre un Papista, un judío, un turco,⁵³ y un hereje. Ciertamente que hay diferencia entre las personas, los lugares, los ritos, las religiones, las obras, y las adoraciones.⁵⁴ No obstante, todo se resume en una y la misma razón, el mismo corazón, la misma opinión, y raciocinios, en todos ellos. Pues el turco piensa lo mismo que el cartujo;⁵⁵ a saber, si hago esta o aquella obra, Dios me

⁵¹ *Deus cognoscitur per Christum*: Nota de Röer, “A Dios se conoce por Cristo” [HC].

⁵² *Papistae, Iudaei, Mahometistae, haeretici, etc.* [HC].

⁵³ *Papistam, Iudaeum, Turcam, haeticum, etc.* [HC].

⁵⁴ *Nulla differentia est inter Turcas, Iudaeos, Papistas, etc.*: Nota de Röer, “No hay diferencia entre turcos, judíos, papistas, etc.” [HC].

⁵⁵ *Turca, quod Carthusianus.* [HC].

será misericordioso; si no la cumplo, me dará su ira. No hay término medio entre las obras humanas, y el conocimiento de Cristo. Si este conocimiento queda opacado o desfigurado, todo es la misma cosa, no importa si eres monje o pagano.⁵⁶

Por lo que es una tremenda locura que los Papistas y los turcos lidien entre sí por la religión y el servicio a Dios,⁵⁷ conteniendo entre ellos que ambos tienen la verdadera religión y manera de adorar a Dios. Y los monjes mismos no llegan a un acuerdo entre ellos; pues unos se consideran más santos que los otros, porque cumplen con ciertas tonterías llamadas ceremonias, y aún así en sus corazones todos son de la misma opinión, pues si has visto a un huevo, has visto a todos. Pues todos tienen la misma fantasía: “Si cumplo con esta obra, Dios me tendrá misericordia; si no la cumplo, me alcanzará su ira”. Y es así como todo hombre que se pone en rebeldía contra el conocimiento de Cristo, caerá obligadamente en la idolatría, y concebirá tales nociones de Dios, que no están de acuerdo con su naturaleza.⁵⁸ Así ocurre con el monje en su monasterio de renombre por cumplir con requisitos, el turco⁵⁹ por obedecer su Corán, todos se dan la misma confianza, que están agradando a Dios, y que por consecuencia recibirán un galardón por todo su esfuerzo.

Tal Dios que perdona los pecados y justifica a pecadores [por sus obras], no se puede encontrar por ningún lado. Por tanto todo lo que tienen es una vana imaginación, un sueño, y un ídolo en su corazón. Pues Dios no ha prometido que salvará y justificará a los hombres por sus religiones, observancias, ceremonias,⁶⁰ y ordenanzas diseñadas por los hombres. ¡Sí! Dios no aborrece más (como se atestigua en toda la Escritura) que a estas obras de la fuerza de la voluntad, tales como servicios, ritos, y ceremonias,⁶¹ por lo cual Él ha derrocado reinados e imperios por entero. Por tanto, todos los que confían en su propia fuerza y justicia, sirven a cierto dios, pero tal dios como se lo han imaginado, y que, por cierto, no es Dios en su propia naturaleza.⁶² Pues el verdadero Dios en su naturaleza⁶³ habla así: No hay justicia, ni sabiduría, ni religión que me agrade, sino la única por la cual el Padre es glorificado por el Hijo. Todo el que se aferre a este Hijo se aferra a mí, y mi promesa a él, es a quien le seré por Dios, y yo le seré por Padre; a tal cual yo acepto, justifico, y salvo. Todos los demás permanecen bajo ira, porque adoran lo que por naturaleza no es Dios.

Todo el que abandona esta doctrina, obligadamente cae en el desconocimiento de Dios. No puede comprender lo que es la verdadera justicia cristiana, la sabiduría, y el servicio de Dios.⁶⁴ El tal es un ídola, viviendo bajo la ley, el pecado, la muerte, y el poder del diablo, y todas las cosas que hace, están bajo maldición y condenación. Por tanto el

⁵⁶ *sive sis monachus, sive ethnicus, etc.* [HC].

⁵⁷ *Papistae & Turcae inter se digladiantur de religione & cultu Dei.* [HC].

⁵⁸ *quia necesse est eum de Deo fingere formam, quae nusquam est.*

⁵⁹ *Turcam.* [HC].

⁶⁰ *cultus.*

⁶¹ *cultus.*

⁶² *qui natura Deus est.*

⁶³ *verus et naturalis.*

⁶⁴ *cultus.*

anabaptista se imagina que agrada a Dios, si se rebautiza, si abandona su hogar, su esposa y sus hijos; si mortifica su carne, y sufre mucha adversidad, y al fin la muerte misma. Sin embargo, no tiene ni una gota del conocimiento de Dios en él. No obstante, echa fuera a Cristo, sueña totalmente con sus propias obras, despojarse de sus bienes, de su aflicción y mortificación, y llegando a este punto en nada es diferente del turco, del judío, o del Papista, en espíritu o en corazón, sino sólo en la apariencia externa,⁶⁵ o sea, las obras y las ceremonias, las cuales él mismo ha escogido. Esta misma confianza la tienen todos los monjes y órdenes de santidad. No obstante, en su vestimenta y otras apariencias, hay alguna diferencia.

Al día de hoy hay muchos como éstos, los que, no obstante, serían contados como los verdaderos maestros y profesores del Evangelio. Además, tocante a las palabras, enseñan que los hombres son librados de sus pecados por la muerte de Cristo. Pero debido a que enseñan la fe de tal modo que atribuyen más al amor que a la fe, deshonran grandemente a Cristo, e impiamente pervierten su palabra. Pues se hacen la ilusión que Dios los estima y acepta por causa de nuestro amor, por el cual llegamos a amar a Dios y nuestro prójimo. Si esto fuera cierto, entonces para nada necesitaríamos a Cristo. Tales hombres no sirven al verdadero Dios, sino a un ídolo de su propio corazón, que ellos mismos han diseñado. Pues el verdadero Dios no nos estima ni acepta por nuestro amor, ni virtudes, o novedad de vida, sino por causa de Cristo, etc.

Sin embargo, ellos protestan con este argumento: No obstante, la Escritura ordena que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, etc. Es cierto. Pero, ¿quién cumple con el mandato? Así que aunque Dios lo ordena, no se sigue que lo cumplamos. Si amáramos a Dios con todo nuestro corazón, etc., entonces sin duda alguna seríamos justificados, y viviríamos por esta obediencia, como está escrito: “El que hiciera estas cosas vivirá por ellas” (Levítico 18:5; Romanos 10:5). Pero el Evangelio dice: Tú no haces estas cosas, por tanto tú no vivirás por ellas. Pues esta declaración, “amarás al Señor tu Dios” requiere una perfecta obediencia, un perfecto temor, confianza, y amor hacia Dios. Los hombres ni hacen ni pueden cumplir estas cosas, en esta naturaleza corrupta. Por tanto esta ley, “Amarás al Señor tu Dios” etc., no justifica, sino que acusa y condena a todo hombre, de acuerdo a lo dicho, “la ley engendra ira” etc. Por el contrario, “Cristo es el fin y el cumplimiento de la ley para justicia, a todo aquel que cree”⁶⁶ (Romanos 4:15; 10:4). De esto hemos hablado ampliamente.

De igual manera el judío que guarda la ley con esta opinión, que por su obediencia agrada a Dios,⁶⁷ no sirve al Dios verdadero, sino que es un idólatra, adorando un sueño, y un ídolo en su propio corazón, ídolo que no se puede encontrar por ningún lado. Pues el Dios de sus padres, a quien dice que adora, prometió a Abraham “una simiente” por la cual serían benditas todas las naciones. Por tanto a Dios se le conoce, y da la bendición, no por la ley, sino por el Evangelio de Cristo. Aunque Pablo dice estas palabras “entonces, no

⁶⁵ *externam larvam.*

⁶⁶ *Christus est consummatio legis ad iusticiam omni credenti [HC].*

⁶⁷ *Non per legem sed Evangelium cognoscitur Deus, & donatur benedictio:* Nota de Röer, “No es por la ley sino por el evangelio que se conoce a Dios y se recibe su bendición.”

conociendo a Dios, servíais” precisa y principalmente a los gálatas, que eran gentiles; no obstante por las mismas palabras también alcanza a los judíos quienes aunque en las apariencias habían rechazado a sus ídolos, en sus corazones los adoraban más que los mismos gentiles tal como dice en Romanos “Tú que abominas a los ídolos, ¿comes sacrilegio?” (Romanos 2:22). Los gentiles no eran el pueblo de Dios, no tenían su palabra, y por tanto su idolatría era más vulgar; pero los judíos idólatras recubrían su idolatría con el nombre y la palabra de Dios (así como todos los legalistas que buscan la justicia por las obras se esmeran en hacerlo), y con este espectáculo externo de santidad, a muchos engañan. Por tanto la idolatría, cuanto más santa y espiritual, tanto más dañina.

Sin embargo, ¿cómo se pueden reconciliar estas dos declaraciones contrarias dichas por el apóstol: “No conocíais a Dios, y adorabais a Dios”? Yo respondo, todos los hombres naturalmente tienen este conocimiento en general, de que hay un Dios, de acuerdo a Romanos 1, “porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto; porque Dios se lo manifestó” (Romanos 1:19). Pues Dios les fue manifiesto en que las cosas invisibles de Dios aparecieron mediante la creación del mundo. Además, las ceremonias y las religiones que había, y que siempre han existido en todas las naciones, testifican a suficiencia que todos los hombres han tenido cierto conocimiento generalizado de Dios. Pero si lo tenían por naturaleza, o por la tradición de sus padres, aquí no disputaré.

Pero aquí algunos nuevamente protestan: Si todos los hombres conocían a Dios, ¿por qué entonces Pablo dice que los gálatas no conocían a Dios antes de la predicación del Evangelio? Yo respondo que hay dos tipos de conocimiento de Dios: uno general, y otro particular.⁶⁸ Todos los hombres tienen el conocimiento general; a saber, que hay un Dios, que creó cielo y tierra, que es justo, y que castiga a los impíos. Sin embargo, lo que Dios piensa de nosotros [cuál es su voluntad hacia nosotros], qué es lo que dará o lo que hará para que seamos librados del pecado y de la muerte, y ser salvos (que por cierto es el verdadero⁶⁹ conocimiento de Dios), esto lo desconocen. De la misma manera que yo puedo conocer de vista a alguien, pero no a fondo, porque no comprendo plenamente⁷⁰ los sentimientos que tiene⁷¹ hacia mí, así es como los hombres naturalmente conocen que hay un Dios. Pero cuál es su voluntad, y cuál no es su voluntad,⁷² lo desconocen. Pues así está escrito, “No hay quien entienda a Dios” (Romanos 3:11). Y en otro lugar, “A Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18). Es decir, nadie ha conocido cual es la voluntad de Dios. Ahora, ¿de qué te vale si sabes que hay un Dios, pero ignoras cuál es su voluntad hacia ti? Aquí algunos piensan una cosa, otros otra. Los judíos se imaginan que la voluntad de Dios es que le adoren de acuerdo al reglamento de Moisés. El turco⁷³ sí guarda su Corán; el monje, si es fiel a su orden y cumple con sus votos. Sin embargo, todos estos están engañados, y se vuelven vanos en sus propios pensamientos, como dice Pablo, no sabiendo lo que agrada o no agrada a Dios (Romanos 1). Por tanto, en vez del Dios

⁶⁸ *generalis et propria.*

⁶⁹ *propia et vera.*

⁷⁰ *vere.*

⁷¹ *quid sit voluntas ipsius.*

⁷² *quid velit, quid non velit.*

⁷³ *Turcae.*

verdadero y natural, adoran los sueños y las imaginaciones de su propio corazón, las cuales por naturaleza son nada.

Esto es lo que Pablo quería decir cuando dijo “Cuando no conocían a Dios”; cuando no conocían la voluntad de Dios, servían a los que por naturaleza no son dioses, es decir, servían a las ilusiones e imaginaciones de su propio corazón, por las que pensaban, sin la palabra, que Dios había de adorarse con esta o aquella obra, con este o aquel rito o ceremonia. Pues sobre este entendido, que tienen todos los hombres por naturaleza, que hay un Dios, es de donde ha surgido toda idolatría, la cual sin el conocimiento de la Deidad,⁷⁴ jamás podría haber surgido. No obstante, ya que los hombres tenían este conocimiento natural de Dios, se concibieron vanas e impías imaginaciones de Dios, sin y contra la palabra. Pero estimaron sus propios pensamientos sosteniéndolos como la misma verdad, y así se imaginaron que Dios era tal cual, aunque en sí mismo no lo es. Así es como el monje se imagina como es el dios que perdona los pecados, que otorga gracia y vida eterna, por guardar sus votos. Este dios no puede ser hallado por lado alguno; por tanto no rinde servicio al verdadero Dios, sino lo que por naturaleza no es dios; a saber la imaginación y el ídolo de su propio corazón. Es decir, su propia y falsa opinión de Dios, la cual se imagina es tal verdad que está fuera de duda. Bien, la misma razón nos obligará a confesar⁷⁵ que lo opinión del hombre no es ningún dios. Por tanto, todo el que se propone adorar a Dios sin su palabra, no rinde servicio al verdadero Dios (como dice Pablo), sino a lo que por naturaleza no es dios.

Por tanto, aunque aquí digas que los “rudimentos” hablan de la ley de Moisés o de las tradiciones de los gentiles (aunque aquí él habla precisa y principalmente de los rudimentos de Moisés), no hay gran diferencia. Pues el que ha caído de la gracia a la ley no cae con menos peligro del que cae de la gracia a la idolatría. Ya que sin Cristo no hay nada más que pura idolatría, y una vana y falsa imaginación de Dios, aunque se llame la ley de Moisés, o las ordenanzas del Papa, o el Corán del turco, etc. Por tanto, dice con cierto asombro,

VERSÍCULO 9. *Mas ahora, conociendo a Dios.*

Como si dijera, Esto es algo asombroso, que ustedes habiendo conocido a Dios por medio de la predicación de la fe, se alzan tan súbitamente en contra del conocimiento de su voluntad (en el cual yo pensaba que estaban tan firmemente establecidos que ni se me ocurrió que serían tan fácilmente derrocados), y ahora, siendo instigados por los falsos apóstoles, nuevamente vuelven a las débiles y pordioseras ceremonias, a las cuales nuevamente rinden tributo. Por medio de mi predicación han escuchado que esta es la voluntad de Dios, de bendecir a todas las naciones; no por medio de la circuncisión, o por medio de la observancia de la ley, sino por Cristo, prometido a Abraham (Gálatas 3:7). Los que creen en Él, serán bendecidos junto con Abraham, el creyente (Gálatas 3:9). Son hijos y herederos de Dios. Es así (digo yo) como han conocido a Dios.

⁷⁴ *sine cognitione divinitatis.*

⁷⁵ *ipsa ratio fateri cogitur.*

VERSÍCULO 9. *Más bien, siendo conocidos por Dios.*

Él corrige la previa oración, “mas ahora habiendo conocido a Dios”; o más bien la cambia de esta manera, “más bien, siendo conocidos por Dios”; pues temía que habían perdido a Dios por completo. Es como si dijera, ¡Ay! ¿Han llegado a tal punto que ahora que han conocido a Dios, se han vuelto de la gracia a la ley? No obstante, Dios les conoce. Y cierto que nuestro conocimiento es más bien pasivo que activo. Es decir, que consiste en esto, que más bien somos conocidos de Dios, en vez de que nosotros conozcamos a Dios. Todo lo que hacemos, decimos, todo nuestro esfuerzo por conocer y entender a Dios, es permitir que Dios obre en nosotros. Él da la palabra, la cual cuando la recibimos por la fe dada desde arriba, nacemos de nuevo, y somos hechos hijos de Dios. Entonces el sentido y significado es este: “Son conocidos por Dios.” A saber, han visitado la palabra, han sido dotados con fe y el Espíritu Santo, por el cual son renovados, etc. Por tanto, aun con estas palabras, “son conocidos por Dios,” le quita toda la justicia a la ley, y niega que alcancemos el conocimiento de Dios mediante la virtud de nuestras propias obras. “Nadie sabe quien es el Padre, sino el Hijo, y a quien el Hijo lo quisiere revelar” (Lucas 10:22). Como también “Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y Él llevará las iniquidades de ellos” (Isaías 53:11). Por tanto nuestro conocimiento de Dios es tan sólo pasivo.⁷⁶

Por tanto él se maravilla grandemente que viendo que ellos habían conocido a Dios verdaderamente mediante el Evangelio, habían vuelto tan rápidamente a los rudimentos débiles y pordioseros, mediante la persuasión de los falsos apóstoles. Yo también me maravillaría si nuestra Iglesia (la cual por la gracia de Dios ha sido pulcramente establecida⁷⁷ en la pura doctrina y en la fe), fuera seducida y pervertida por alguna cabeza afectada y fanática, con tan sólo un par de sermones, de tal modo que ya no me volvieran a aceptar más como su pastor.⁷⁸ Lo cual, no obstante, algún día sucederá, sino mientras vivamos, será cuando la muerte nos aparte. Pues muchos entonces se levantarán como maestros y eruditos, quienes bajo los colores de la verdadera religión, enseñarán una doctrina falsa y perversa, y rápidamente derrocarán todo lo que nos ha tomado tanto tiempo y esfuerzo en construir. No somos mejores que los apóstoles, quienes mientras todavía vivían, vieron como esas iglesias se sublevaron, las mismas que ellos mismos habían sembrado por medio de su ministerio. Por tanto no ha de maravillarnos si hoy día nos viéramos obligados a ver el mismo mal. En esas iglesias donde reinan los sectarios, que una vez que pasemos a la muerte, se posesionarán de esas iglesias que hemos sembrado y levantado mediante nuestro ministerio, y con su veneno las infectarán e incitarán. No obstante, Cristo prevalece y reinará hasta el fin del mundo, y con gran asombro, así como fue durante el Papado.

⁷⁶ *notitia nostra de Deo est mere passiva.* [Aquí hay una incongruencia en la traducción de Watson, pues tradujo “consiste en el sufrimiento, y no en el hacer.” Lutero enfatiza el hecho que en vez de conocer a Dios, nosotros somos conocidos por Dios (el conocimiento de Dios actúa sobre nosotros que permanecemos pasivos ante tal conocimiento), HC].

⁷⁷ *pulcherrime instituta,* [Watson tradujo “piadosamente reformada” HC].

⁷⁸ *Doctorem suum.*

Pablo pareciera hablar con mucho desprecio de la ley, cuando la llama los rudimentos (como también lo había hecho antes, al principio de este capítulo), pero ahora no sólo la llama rudimentos sino débiles y pordioseros rudimentos y ceremonias. ¿Acaso no es blasfemia darle nombres tan odiosos a la ley de Dios? La ley en su debido uso, debe servir a las promesas, y de apoyar a las promesas y a la gracia. Sin embargo, cuando lucha contra éstas, ya no es la santa ley de Dios, sino una doctrina falsa y diabólica, y no hace nada más que lanzar a los hombres a la desesperación, y por tanto debe ser repudiada.

Por tanto cuando él llama a la ley los rudimentos débiles y pordioseros, él habla de la ley con respecto a los hipócritas orgullosos y presumidos, que procuran por ella ser justificados, y no del entendimiento espiritual de la ley, que genera ira (Romanos 4:15). Pues la ley (como he dicho a menudo) cuando se usa debidamente, acusa y condena al hombre. En este respecto no sólo es un rudimento fuerte y enriquecido, sino todo un potentado opulento, sí, más bien una potencia invencible y suntuosa. Y si aquí se compara la conciencia con la ley, entonces es la cosa más frágil, pues el más pequeño pecado la atormenta y aterra que se desespera del todo, a menos que nuevamente pueda ser levantada. Por lo que la ley en su debido uso, es más potente y opulenta que ni cielo y tierra la pueden contener. Pues tan sólo una jota o una tilde es capaz de matar a toda la humanidad, tal cual atestigua la historia de la ley dada por Moisés (Éxodo 19:20). Este es el uso verdadero y divino de la ley, del cual Pablo no habla aquí.

Por tanto Pablo apela aquí a los hipócritas que han caído de la gracia, o a los que todavía no han alcanzado a la gracia. Éstos abusan de la ley, y procuran ser justificados por ella. Se ejercitan y se agotan día y noche en sus obras, tal cual Pablo testifica de los judíos: “Porque yo les doy testimonio”, dijo él, “de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios” (Romanos 10:2,3). Los tales esperan ser fortalecidos y enriquecidos por la ley, de tal modo que puedan contraponer su poder y riqueza, la cual hubieran obtenido por la justicia de la ley, contra la ira y el juicio de Dios, y así apaciguar a Dios, y por ella ser salvos. Al respecto, podríamos afirmar, que la ley es un rudimento débil y pordiosero. Es decir, que ni puede prestar ayuda ni socorro.

Y los que quisieran ampliar este tema, podrían añadir que la ley es un rudimento débil y pordiosero, porque, además, debilita y empobrece a los hombres aún más. Nuevamente, porque de por sí misma no tiene ni poder ni riquezas por las que pueda dar o traer la justicia. Puesto que es no sólo débil y pordiosera, sino que es la misma debilidad y penuria. ¿Cómo pues, podrá enriquecer y fortalecer a los que antes ya eran tanto débiles como pobres? Por tanto, procurar ser justificados por la ley es como si un hombre que ya está débil y tembloroso, procurara algún mal más potente, por el cual pudiera vencer su propia debilidad y pobreza, las cuales de todos modos le acarrearán la destrucción total. Es como si el que ha caído en la plaga buscara unirse a la pestilencia procurando remedio; o si el leproso viniera al auxilio de otro leproso, o un pordiosero a otro, procurando socorrer y enriquecer al otro. *Aquí, como dice el proverbio, uno es el que ordeña al chivo, y otro es el que sostiene el colador.*

Por tanto Pablo demuestra que los que procuran ser justificados por la ley tienen esta peculiaridad, que a diario se vuelven más y más débiles y empobrecidos. Pues ellos mismos ya son débiles y pordioseros. Es decir, por naturaleza son hijos de ira, sujetos a la muerte y a la eterna condenación; aún así se aferran solamente a la debilidad y pobreza, procurando que éstas los fortalezcan y los llenen de riquezas. Por tanto, todo el que ha caído de la promesa a la ley, de la fe a las obras, no hace nada más sino imponerse tal carga, que ya estando débil y tembleque, no la puede llevar encima (Hechos 15:10); y en el intento se vuelve diez veces más débil, de tal modo que al final se lanza a la desesperación a menos que Cristo venga y le dé la libertad.

De esto también testifica el Evangelio cuando habla de la mujer atormentada por doce años con un flujo de sangre, sufriendo muchas cosas en manos de los médicos, gastando en ellos todo lo que tenía, sin poder encontrar remedio; y cuanto más pasaba el tiempo, aun estando bajo el cuidado de ellos, tanto más empeoraba (Marcos 5:25). Por tanto, así es como los muchos que procuran hacer las obras de la ley a fin de por ella ser justificados, no sólo logran hacerse injustos, sino que resultan siendo el doble de injustos de lo que eran antes. Es decir (como he dicho) más débiles y paupérrimos, y más ineptos para hacer cualquier buena obra. Esta verdad la he comprobado tanto en mi persona como en muchos otros. He conocido muchos monjes en el Papado, que con gran fervor han hecho muchas grandes obras para alcanzar la justicia y la salvación. No obstante se volvieron más impacientes, más débiles, más miserables, más infieles, más temerosos, y más listos a desesperar que todos los demás. Los magistrados civiles que siempre estaban ocupados con problemas de gran peso e importancia, no eran tan impacientes, tan temerosos, tan decaídos, tan supersticiosos, y tan infieles, como estos legalistas y rebusca méritos.

Entonces todo el que procura la justicia mediante la ley, *lo único que logra repitiendo sus mismas obras es que adquiere un hábito*⁷⁹ *para volver a comenzarlas desde el principio*, imaginándose que un Dios airado y amenazante⁸⁰ podrá aplacarse con esas obras. Bien, una vez que se ha concebido esta fantasía, se da manos a la obra. Pero jamás podrá encontrar suficientes buenas obras como para acallar su conciencia, que aún las desea. Pues hasta encuentra pecado en esas obras que ya había hecho. Por tanto jamás puede tener confirmación en su conciencia, sino que siempre vivirá con la duda pensando así consigo mismo: No te has sacrificado lo suficiente como debieras; no has rezado bien; has dejado de hacer esto; has cometido este o aquel pecado. Aquí tiembla el corazón y se siente oprimido con innumerables pecados, los cuales siguen en aumento sin fin, de tal modo que más y más se desvía de la justicia, hasta que al fin adquiere la manía⁸¹ de la desesperanza. De aquí es que muchos al borde de la muerte, gritan en su agonía:⁸² ¡Soy todo un miserable! No he cumplido con mi orden. ¿A dónde huiré de la ira de Cristo, ese juez iracundo? ¡Oh, que Dios me hubiera hecho un hato de puercos, o el desgraciado más vil del mundo entero!

⁷⁹ εἶς. (Lat.: habitum).

⁸⁰ tremendum.

⁸¹ acquirat habitum desperationis.

⁸² in agone.

Es así como el monje al fin de sus días, es más débil, más pordiosero, más infiel y temeroso que lo fue al principio, cuando por primera vez entró a su orden. La razón es porque procuraba fortalecerse con la debilidad, y enriquecerse con la pobreza. La ley, o las tradiciones de los hombres, o el reglamento de su orden, debiera haber curado su enfermedad, y enriquecerlo en su pobreza. Pero se ha hecho más débil y pordiosero que los publicanos y ramera. Los publicanos y las ramera no han amontonado una pila de miserables obras maniáticas⁸³ en las que confiar, como los monjes. Sin embargo, ya que sienten como nunca el peso de sus pecados pueden decir con el publicano, “¡Señor, sé propicio a mí, pecador!” (Lucas 18:13). Por el contrario, el monje que ha pasado toda su vida en los rudimentos débiles y paupérrimos, junta todo en esta opinión:⁸⁴ Si guardas los reglamentos de tu orden, serás salvo, etc. Con esta falsa persuasión queda tan encandilado y embrujado, que no puede comprender la gracia, no, ni una vez recordará la gracia. Así que no obstante todas las obras que haga o haya hecho, sean grandes y cuantiosas, pensará que no son suficientes, sino que todavía sigue ojeando más obras. De tal modo que apilando obras procura aplacar la ira de Dios y justificarse a sí mismo, hasta que se ve al borde de la desesperación. Por tanto todo el que cae de la fe para seguir tras la ley, es como el perro de Esopo, que suelta la presa para morder la sombra.

Por tanto es imposible que los que procuran la justicia y la salvación mediante la ley (tal cual es la inclinación humana), jamás encontrarán paz y quietud en su conciencia. Más bien, todo lo que logran es apilar leyes sobre leyes, con las que atormentan tanto a sí mismos como a otros, y afligen las conciencias de los hombres tan miserablemente, que muchos mueren antes de su tiempo debido a la angustia extrema en sus corazones. Pues una ley siempre deriva en diez más, y así siguen en aumento, incontables, y para siempre jamás. *Esto se atestigua en la innumerable Summae (especialmente aquel diablillo que llaman el Angélico), en donde se reúnen y exponen leyes de este tipo.*⁸⁵

En resumen, el que procura ser justificado por la ley, se esfuerza por lo que jamás podrá lograr. Aquí podemos relacionar lo que los Padres dijeron, con respecto a dichos de sabios e ilustres hombres con respecto a obrar en vano, tales como: “Rodando la piedra”; “Sacando agua con un colador”, etc. Y yo pienso que con tales inventos y parábolas los Padres quisieron inculcar en sus discípulos la diferencia entre la ley y el Evangelio. De esta manera podían demostrar que cuando los hombres caen de la gracia, no importa todo lo que se esmeran con su agotante e incesante esfuerzo, toda su obra es en vano. De estos se dice propiamente que andan rodando la piedra. Es decir, que en vano se esfuerzan, como decían los poetas de Sísifo, del hombre que rodaba la piedra hasta la cima de la montaña en el infierno, y tan pronto llegaba a la cumbre, regresaba rodando montaña abajo. También de sacar agua con un colador. Es decir agotarse con esfuerzos inútiles y sin fin, como los poetas relatan de las hijas de Dánao, que en el infierno les tocaba cargar agua en vasijas rotas para llenar un cántaro sin fondo.

⁸³ *infelicem illam operum exiv.*

⁸⁴ *comparavit sibi hunc habitum.*

⁸⁵ Mención de la *Summae*, de Santo Tomás de Aquino, el ‘Doctor Angelical’.

Quisiera que ustedes que estudian materias sacras, almacenaran parábolas como éstas, para que puedan retener de una mejor manera la diferencia entre la ley y el Evangelio. Así se puede ilustrar que el procurar justificarse por la ley es como contar plata de un bolso vacío, comer de un plato sin comida, beber de una taza vacía, procurar fuerza y riqueza en donde todo lo que hay es sólo debilidad y pobreza, ponerle carga al que ya está aplastado por el peso de la que ya lleva encima, pagar cien guineas cuando no tienes ni un centavo, quitarle la camisa al desnudo, oprimir al enfermo y necesitado con más enfermedad y penurias.

Bien, ¿quién hubiera pensado que los gálatas, habiendo aprendido una doctrina tan sana y pura de tan excelente apóstol y maestro, pudieran tan súbitamente dejarse alejar de la misma, y dejarse pervertir del todo por los falsos apóstoles? No es sin razón que lo repito tanto, que caer de la verdad del Evangelio es algo fácil. La razón es porque los hombres no estiman, no, ni los mismos fieles, cuán excelente y precioso tesoro es el verdadero conocimiento de Cristo. Por tanto no se esfuerzan con tanta diligencia y cuidado como debieran para obtenerlo y retenerlo. Además, gran parte de los que escuchan la palabra, no son acosados ni con la cruz ni la aflicción. No luchan contra el pecado, la muerte, y el diablo, sino que viven bajo resguardo, sin conflicto alguno. Los tales, ya que no han sido probados ni acrisolados por la tentación, al no estar armados con la palabra de Dios contra las sutilezas del diablo, jamás pueden sentir el uso y el poder de la palabra. Cierto que mientras se encuentran junto con fieles ministros y predicadores, siguen sus palabras, dicen lo mismo que dicen ellos, persuadidos que comprenden el tema de la justificación a la perfección. Pero cuando se encuentran solos, y llegan los lobos disfrazados de ovejas a sus sitios, les pasa lo que pasó a los gálatas. Es decir, son seducidos tan aprisa, que fácilmente vuelven a los rudimentos débiles y pordioseros.

Aquí Pablo tiene su manera muy particular de expresarse, que no utilizaban los otros apóstoles. Pues no hubo ni uno de ellos fuera de Pablo, que le diera tales nombres a la ley. A saber, que es un rudimento débil y pordiosero, es decir, totalmente inútil para alcanzar la justicia. Y por cierto, yo no le daría tales nombres a la ley, sino que habría pensado que sería una gran blasfemia contra Dios, si es que Pablo no lo hubiera hecho antes. Pero ya he tratado de este tema ampliamente, señalando la ocasión cuando la ley es débil y pordiosera, y cuando la ley es potente y acaudalada, etc. Bien, si la ley de Dios es débil e inútil para la justificación, cuánto más débiles serán las leyes y los decretos del Papa enclenques y sin provecho alguno para la justificación. *No es que rechace y condene todas sus leyes, pues digo que muchas son útiles para la disciplina externa, a fin que todas las cosas se hagan ordenadamente en la Iglesia, para que no surja disensión, riñas, así como las leyes del emperador son buenas para el bienestar de la nación, etc. Pero el Papa no se contenta con este buen reconocimiento de sus leyes, sino que requiere que creamos que por observarlas seremos justificados y salvos. Por tanto, negamos todo eso, y damos sentencia contra tales ordenanzas, leyes, y decretos del Papa, con tal osadía y confianza como lo hizo Pablo contra la ley de Dios. Decimos que tales reglamentos no sólo son débiles y pordioseros, totalmente inútiles para la justicia, sino que son execrables, malditos, diabólicos, y condenables, pues blasfeman a la gracia, derrocan al Evangelio, suplantán a la fe, quitan a Cristo, etc.*

Entonces, por cuanto el Papa requiere que guardemos sus leyes como obligatorias para la salvación, es el mismo anticristo, y el vicario de Satanás. Y todos los que se aferran a él, confirman sus abominaciones y blasfemias, o las guardan con el fin de merecer el perdón de sus pecados, son siervos del anticristo y del diablo. Bien, la doctrina de la Iglesia papista ha sido esa por mucho tiempo, diciendo que estas leyes deben guardarse como necesarias para la salvación. Así es como el Papa se sienta en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios; se opone a Dios, y se exalta a sí mismo contra todo lo que se llama Dios, o es alabado, etc. De tal modo que las conciencias de los hombres temen y reverencian las leyes y ordenanzas del Papa más que la palabra de Dios y sus ordenanzas. Es así que él se hizo Señor del cielo y de la tierra, y del infierno, y luce una triple corona sobre su cabeza. También los cardenales y obispos, sus criaturas, fueron hechos reyes y príncipes del mundo. Por tanto, si no hubiera oprimido las conciencias de los hombres con sus leyes, no podría haber mantenido su horrible poder, dignidad, y riquezas por tanto tiempo, sino que todo su reino se desplomaría en breve.

El texto que Pablo explica aquí es de gran peso e importancia, y por tanto hay que marcarlo cuidadosamente. A saber, que los que caen de la gracia a la ley, pierden por completo el conocimiento de la verdad. No ven sus propios pecados. No conocen ni a Dios, ni al diablo, ni a ellos mismos. Además, no comprenden la fuerza y el uso de la ley, aunque se jactan sin medida que la guardan y la observan. Pues sin el conocimiento de la gracia, es decir, sin el Evangelio de Cristo, es imposible dar esta definición de la ley, que es un rudimento débil y pordiosero, inútil para la justicia. Sino que tienen un concepto todo lo contrario de la ley; a saber, que no sólo es necesaria para la salvación, sino que también fortalece a los débiles, y enriquece a los pobres y pordioseros. Es decir, que todos los que la obedezcan y la guarden, podrán merecer la justicia y la eterna salvación. Si esta opinión permanece, se niega la promesa de Dios, se desaloja a Cristo, y se establece toda mentira, impiedad, e idolatría. Bien, el Papa, con todos sus obispos, sus escuelas y su sinagoga entera, enseñó que sus leyes son necesarias para la salvación. Por tanto, él era un maestro de los elementos débiles y pordioseros, con los que hizo de la Iglesia de Cristo, a lo largo y ancho del mundo entero, la más débil y pordiosera. Es decir, con la impiedad de sus leyes recargó y miserablemente atormentó a la Iglesia, desfigurando a Cristo, y enterrando su Evangelio. *Por tanto si van a observar las leyes del Papa sin tomar en cuenta la conciencia, pues háganlo sin pensar que les va a valer para justicia; pues la justicia se da sólo por medio de Cristo.*

VERSÍCULO 9. *A los cuales os queréis volver a esclavizar.*⁸⁶

Esto añade para declarar que él habla de los hipócritas orgullosos y presumidos, que procuran justificarse por la ley, como he demostrado antes. Pues de otra manera él llama a la ley santa y buena, así como la “ley es buena, si uno la usa legítimamente” (1 Timoteo 1:8). Es decir, en su uso civil,⁸⁷ para frenar a los malhechores, y espiritualmente⁸⁸ para aumentar las transgresiones (Gálatas 3:19). Pero todo el que observa la ley para obtener

⁸⁶ *servire.*

⁸⁷ *politice.*

⁸⁸ *Theologic.*

la justicia ante Dios, cambia la ley de algo bueno, a algo que lo condena y lo perjudica. Él reprocha a los gálatas, porque ellos han querido volver a la esclavitud de la ley, la cual no quita el pecado, sino que lo hace abundar. Pues siempre y cuando un pecador, siendo débil en sí mismo, procura justificarse por la ley, no encuentra en ella nada sino debilidad y pobreza. Y aquí se encuentran dos pordioseros enfermos y débiles, y ninguno de los dos es capaz de ayudar al otro, sino que más bien lo perturba y molesta.

Nosotros, fortalecidos en Cristo, con gusto serviríamos a la ley. No a la que es débil y pordiosera, sino a la poderosa y acaudalada. Es decir, en cuanto a la que tiene poder y dominio sobre el cuerpo; pues entonces servimos a la ley, mas sólo en nuestro cuerpo y miembros exteriores, pero no en nuestra conciencia. Pero el Papa requiere que obedezcamos sus leyes con este concepto, que si hacemos esto o aquello, somos justos. De otro modo, somos condenados. Aquí la ley no es nada más que un elemento débil y pordiosero. Pues mientras esta esclavitud de la conciencia siga bajo la ley, no puede haber nada más sino pura debilidad y pobreza. Por tanto todo el peso del asunto recae sobre esta palabra “esclavitud.”⁸⁹ Lo que quiere decir Pablo es esto: que él no permitirá que la conciencia sirva a la ley como esclava, sino que será libre, y que tendrá dominio sobre la ley. Pues por medio de Cristo la conciencia ha muerto a la ley, y la ley a la conciencia. Esto ya lo expusimos ampliamente en el capítulo dos.

VERSÍCULO 10. *Guardáis los días, los meses, los tiempos, y los años.*

Con estas palabras él demuestra claramente la enseñanza de los falsos apóstoles; a saber, la observancia de días, meses, tiempos y años. *Casi todos los eruditos han interpretado este texto relacionándolo con los días de la astrología de los caldeos, diciendo que los gentiles al concertar sus negocios o por celebrar los asuntos de la vida y sus quehaceres, observaban ciertos días fijos, y meses, etc., y que los gálatas, urgidos por los falsos apóstoles, hicieron lo mismo. Y San Agustín, a quien otros siguieron, explicó estas palabras de Pablo con relación a las costumbres gentiles, aunque después las interpretó como los días, meses, etc., de los judíos.*

Pero aquí Pablo instruye a la conciencia, por tanto él no está hablando de la costumbre gentil de guardar días, etc., lo que se relaciona al cuerpo. Sino que aquí él habla de la ley de Dios, y de la observancia de días, meses, etc., de acuerdo a la ley de Moisés. Es decir, tocante a los días, meses, y tiempos religiosos que los falsos apóstoles observaban como necesarios para la justificación. Los judíos tenían el mandato de santificar el sábado, las lunas nuevas, el primer mes, y el séptimo, las tres fiestas señaladas, que son la pascua, la fiesta de las semanas, de los tabernáculos, y el año del jubileo. Los falsos apóstoles enseñaban que tenían la obligación de guardar estas ceremonias como necesarias para la justicia. Por tanto él dice que ellos, habiendo perdido la gracia y la libertad que tenían en Cristo, habían vuelto al servilismo de los elementos débiles y pordioseros. Pues habían sido persuadidos por los falsos apóstoles, que debían guardar estas leyes, y que al guardarlas, obtendrían la justicia; pero si no las guardaban serían condenados. Por el contrario, Pablo de ninguna manera puede tolerar que las conciencias

⁸⁹ *serviendi.*

de los hombres estén atadas a la ley de Moisés, sino que siempre sean liberadas de la ley. “He aquí, yo Pablo” (dice él poco después en el capítulo cinco) “os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo” (Gálatas 5:2). También “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o respecto a días de fiesta o de luna nueva, o de sábados” (Colosenses 2:16). Así también dijo Cristo, nuestro Salvador, “El reino de Dios no viene por la observancia de la ley” (Lucas 17:20).⁹⁰ Mucho menos entonces se han de cargar y entrapar a las conciencias con las tradiciones de los hombres.

Aquí alguien pudiera decir, Si los gálatas pecaron al observar días y tiempos, ¿por qué no es pecado cuando ustedes hacen lo mismo? Yo respondo: Observamos el día del Señor, el día de su Navidad, la Pascua, y tales, con plena libertad.⁹¹ No cargamos a las conciencias con estas ceremonias, ni las enseñamos como los falsos apóstoles y los Papistas lo hicieron, que son necesarias para la justificación, o que al guardarlos purgamos nuestros pecados. Los guardamos para que todo se pueda hacer ordenadamente y sin tumultos en la Iglesia, y para que la comunión externa (pues en espíritu tenemos otro acuerdo) no se quebrante, como sucedió cuando el pontífice romano Víctor, excomulgó a todas las iglesias de Asia por ninguna otra razón sino que habían celebrado la Pascua en una fecha diferente a la de la Iglesia romana. Irineo reprochó a Víctor por esto, pues por cierto fue reprochable, pues fue locura extrema entregar todas las iglesias del oriente al diablo por una cosa tan insignificante. El verdadero conocimiento de los días y los tiempos se desconocía aun en los hombres más importantes. Jerónimo no lo tenía, ni tampoco lo hubiera tenido Agustín, si los seguidores de Pelagio no lo hubieran acosado y perturbado.

Sin embargo, nosotros observamos tales fiestas para que el ministerio de la palabra sea preservado, para que la gente se reúna en ciertos días y tiempos para escuchar la palabra, para llegar al conocimiento de Dios, para participar en la comunión,⁹² para orar por toda necesidad, y dar gracias a Dios por todos sus beneficios corporales y espirituales. Y creo que fue por esta última sobre todas, creo yo, que los padres instituyeron la observancia del día del Señor, la Pascua, el Pentecostés, etc.

VERSÍCULO 11. *Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros.*

Aquí Pablo deja ver que se siente grandemente perturbado debido a la caída de los gálatas. Los reprocharía con más dureza, pero teme que si los tratara con más aspereza, no los llevaría a cambiar de parecer, sino que los ofendería aún más, y lo desterrarían de sus mentes para siempre. Por tanto al escribirles, cambia y mitiga sus palabras, y como si todo el mal se hubiera redoblado sobre sí, dice: “Me temo de vosotros, que todo el amor que haya dejado con vosotros haya sido en vano.” Es decir, me duele que haya predicado el Evangelio con gran esmero y fidelidad entre ustedes, y no veo fruto alguno. No obstante, aunque les extiende un afecto muy amoroso y paternal, los reprocha algo fuerte,

⁹⁰ Aunque pareciera que la traducción de Lutero no se ajusta al texto bíblico, Lutero bien pudiera haber tenido en mente la fuerza que se utiliza para dedicarse a la observancia de la ley.

⁹¹ *liberrime.*

⁹² *ut communione utatur.*

pero veladamente. Porque cuando dice que había trabajado en vano, es decir, que había predicado el Evangelio entre ellos sin que dieran fruto alguno, él demuestra veladamente o que eran incrédulos obstinados, o que habían caído de la doctrina de la fe. Bien, tanto los incrédulos, como los que se han apartado de la fe, son pecadores, impíos, injustos, y bajo condenación. Por tanto, éstos en vano obedecen la ley: en vano observan días, meses, y años. Y en estas palabras “Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros,” hay una velada excomulgación. Pues por esto el apóstol quiere decir que los gálatas se habían recludo y separado de Cristo, a menos que pronto regresaran a la sana y sincera doctrina. Pues él percibía que nada bueno lograría tratándolos ásperamente. Por tanto, cambia su estilo, y les habla moderadamente, diciendo,

VERSÍCULO 12. *Seáis como yo; porque yo soy como vosotros.*

Este texto no es dialéctico, sino lleno de afecto, y debe ser entendido retóricamente. Hasta aquí Pablo se había ocupado enteramente con la enseñanza. Se conmovió por la enorme e impía rebelión de los gálatas. Se sintió vehemente y furioso con ellos, y los reprendió amargamente. Los llamó necios, embrujados, incrédulos de la verdad, que habían crucificado a Cristo, etc. Bien, al terminar la mayor parte de su epístola, se da cuenta que los había tratado con demasiada dureza. Por tanto, tomando cuidado de no hacer más daño con la severidad, demuestra que sus fuertes reproches proceden de un afecto paternal y un verdadero corazón apostólico. De tal modo que modifica el asunto con palabras suaves y tiernas por si hubiera ofendido a alguno (como ciertamente algunos se habían ofendido), mediante estas suaves y amorosas palabras, pudiera ganarlos otra vez.

Y aquí, con su propio ejemplo amonesta a todos los pastores y ministros,⁹³ que deben tener un afecto maternal y paternal, no como si se dirigiesen hacia lobos rapaces, sino hacia el delicado rebaño de ovejas, míseramente seducido, y descarriado, llevando con paciencia sus faltas y debilidades, instruyéndolo y restaurándolo con espíritu de mansedumbre. Pues no hay ninguna otra manera de volverlos a traer al buen camino, pues al reprocharlos demasiado son provocados a la ira, o de otro modo a la desesperación, mas no al arrepentimiento. Aquí tomen nota, de paso, que tal es la naturaleza y el fruto de la verdadera y sana doctrina, que cuando se ha enseñado y comprendido bien, une a los corazones de los hombres con un mismo sentimiento. Pero cuando los hombres rechazan la doctrina piadosa y sincera, y abrazan errores, esta unidad y sentimientos de mutuo acuerdo pronto se quebrantan. Por tanto, tan pronto veas a tus hermanos seducidos por los espíritus vanos y fanáticos, y los veas caer del artículo de la justificación, pronto te darás cuenta que perseguirán a los fieles con odio amargo, a los mismos que antes amaban con un tierno afecto.

Esto lo comprobamos hoy mismo, pues nuestros falsos hermanos y otros sectarios al principio de la reforma del Evangelio⁹⁴ nos escuchaban con alegría, leían nuestros libros con gran fervor y afecto, reconocían la gracia del Espíritu Santo en nosotros, y nos

⁹³ *Episcopos.*

⁹⁴ *initie caussae Evangelicae.*

respetaban como verdaderos ministros de Dios. Algunos también vivieron entre nosotros como familia por un tiempo, y se comportaron con mucho pudor y sobriedad; pero tan pronto se separaron de nosotros, y se pervirtieron con la impía doctrina de los sectarios,⁹⁵ se dieron a conocer como los enemigos más acérrimos de nuestra doctrina y de nuestro nombre, más aún que cualquier otro. Yo mismo con frecuencia me asombro de dónde les nació tal odio mortal contra nosotros, pues antes nos habían amado con mucho afecto y ternura. Pues en nada les ofendimos, ni les dimos ocasión para que nos odiaran. Hasta se vieron obligados a confesar que lo que queremos más es que se dé a conocer la gloria de Dios, se conozca verdaderamente el beneficio de Cristo, y se enseñe la verdad del Evangelio con pureza, la cual Dios en estos días ha revelado por nuestro medio a este mundo ingrato, lo cual les debiera provocar a amarnos en vez de odiarnos. Me maravillo entonces, y no sin causa justa, de dónde es que viene este cambio. Ciertamente que no hay ninguna otra razón sino que se han conseguido nuevos maestros, y le han prestado atención a nuevos instructores, que los han infectado con su veneno, que aun siendo nuestros mejores amigos, ahora se han vuelto nuestros enemigos mortales. Y yo veo la situación de los apóstoles y todos los que han sido fieles ministros, que cuando sus discípulos y oyentes quedan infectados con los errores de los falsos apóstoles y los herejes,⁹⁶ se vuelven contra ellos, y llegan a ser sus enemigos. Hubo muy pocos entre los gálatas que siguieron en la sana doctrina de los apóstoles. Todos los demás, habiendo sido seducidos por los falsos apóstoles, ya no reconocieron a Pablo como su pastor y maestro. No, para ellos no había nada más odioso que el nombre y la doctrina de Pablo. Y de mi parte yo temo que fueron pocos los que renunciaron a su error por consecuencia de esta epístola.

Si lo mismo nos llegara a pasar; es decir, si en nuestra ausencia, nuestra Iglesia fuera seducida por las cabezas fanáticas, y escribiéramos aquí, no una ni dos, sino muchas epístolas, prevaleceríamos muy poco o en nada. Nuestros hombres (con la excepción de los más fuertes) se portarían de igual manera hacia nosotros que aquellos que hoy se han dejado seducir por los sectarios; pues más pronto adorarían al Papa que obedecerían nuestras amonestaciones, o apoyarían nuestra doctrina. Nadie les podría convencer que ellos al rechazar a Cristo, nuevamente regresarían a los elementos débiles y pordioseros, y a los que por naturaleza no son divinos. No tolerarían para nada escuchar que sus maestros, quienes les han seducido, se dedican a derrocar el Evangelio de Cristo y a perturbar las conciencias de los hombres. Ellos dicen, "Los luteranos no son los únicos sabios; no son los únicos que predicán a Cristo; no son los únicos que tienen el Espíritu Santo, el don de la profecía, y el verdadero conocimiento de las Escrituras. Nuestros maestros no son menos que ellos, ¡No! Hasta en muchas cosas les superan, pues siguen la dirección del Espíritu, y enseñan temas espirituales." Por el contrario, ellos jamás han degustado de la verdadera teología, sino que están atascados en la letra, y por tanto no tienen nada más que enseñar que el catecismo, la fe, la caridad, etc. Por tanto, (como frecuento decir) caer de la fe es algo fácil pero igualmente sumamente peligroso; pues es caer del más alto cielo hasta el fondo del abismo en el infierno. La caída no es según comúnmente se nota en la naturaleza del hombre, como en asesinatos, adulterio, y cosas

⁹⁵ *per phanaticos spiritus.*

⁹⁶ *phanaticorum.*

semejantes; sino que es diabólica, y el propio oficio del diablo.⁹⁷ Pues los que caen así, no se pueden recuperar fácilmente, sino que por lo general siguen perversa y obstinadamente en su error. Por tanto los tales terminan peor que donde comenzaron, así como testificó Cristo, nuestro Salvador, cuando dijo, “Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí” (Mateo 12:43-45).

Entonces, Pablo, percibiendo por revelación del Espíritu Santo las posibles consecuencias negativas que pudieran producirse en las mentes de los gálatas, aunque con piadoso fervor los había censurado como necios y embrujados, etc., debido a tales ásperos reproches ellos aun más se levantarían contra él en vez de reformarse. Además, ahora Pablo sabía que los falsos apóstoles estaban entre ellos. Los falsos maestros tomarían estos reproches ásperos de Pablo, que procedían de un afecto paternal, sacándolos a la luz y tergiversándolos, alegando así: “Ahora Pablo, al que algunos de ustedes alaban tanto, les ha dejado ver quien de veras es él, y el espíritu que lo dirige. Pues cuando estaba con ustedes, les daba un trato muy paternal, pero sus cartas demuestran en su ausencia, que en realidad él es un tirano, etc.” Por tanto Pablo se siente tan afligido que no sabe qué decirles y qué escribirles. Pues es algo muy peligroso para el hombre defender su causa contra acusadores ausentes, y que ahora han comenzado a odiarlo, y se han dejado convencer por otros que su causa no tiene valor. Por tanto, estando muy desconcertado, dice un poco después, “porque estoy perplejo de vosotros.” Es decir, no sé qué hacer, o cómo tratarlos.

VERSÍCULO 12. *Os ruego, hermanos, que seáis como yo; porque yo soy como vosotros.*

Estas palabras han de entenderse, no de la doctrina, sino de los sentimientos. Por tanto el significado no es “sean como yo”, que piensen de la doctrina como yo, sino que me quieran así como yo les quiero. Como si dijera: “Tal vez les he reprochado muy ásperamente, perdonen mi aspereza, y no juzguen mi corazón por mis palabras, sino estas por el afecto de mi corazón. Mis palabras parecen rudas, y mi castigo fuerte, pero mi corazón es amoroso y paternal. Por tanto, Oh gálatas, tomen estos mis reproches de la misma manera que yo pienso de ustedes; pues el tema me obligaba a que me mostrara tan áspero y severo hacia ustedes”.

También podemos decir lo mismo de nosotros. Corregimos severamente, y nuestra manera de escribir es áspera y vehemente; pero ciertamente que no hay amargura en nuestro corazón, ni envidia, ni deseo de venganza contra nuestros adversarios. Sino que hay en nosotros una piadosa atención y un espíritu afligido. No odiamos al Papa, ni a otros espíritus del error de tal modo que les deseemos el mal, o quisiéramos su destrucción. Sino que deseamos que volvieran otra vez al camino recto, y sean salvos junto con nosotros. El maestro castiga al alumno, no para herirlo, sino para que se reforme. La vara es áspera, pero la corrección es necesaria para el niño, y el corazón del

⁹⁷ *Neque humanus, ut lapsus in homicidium ... sed Satanicus est.*

que corrige es amoroso y amigable. Así es como el padre castiga al hijo, no para destruirlo, sino para que se reforme y cambie. La disciplina es fuertemente dolorosa al niño, pero no lo castiga como para destruirlo, sin importarle su bienestar,⁹⁸ y dejarlo que perezca. Así que la corrección que se da al niño es una señal del afecto paternal, y es provechosa para el niño. Es así, mis gálatas, como yo les trato. Entonces no juzguen que mis reproches sean ásperos y amargos, sino provechosos para ustedes. “A la verdad ningún castigo al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por él son ejercitados” (Hebreos 12:11). Por tanto que el mismo afecto que les tengo, que lo tengan hacia mí. Los llevo amorosamente en mi corazón, lo mismo deseo de ustedes hacia conmigo.

Por tanto habla así con ellos, suavemente, y sigue de la misma manera, para que pueda apaciguar sus mentes pues se estaban agitando contra él por sus ásperos reproches. No obstante, no retrae sus palabras fuertes. Por cierto, que confiesa que han sido ásperas y amargas. Por necesidad (dijo él), me vi obligado a reprocharles algo fuerte y severo; pero lo que hice procedió de un corazón sincero y amoroso hacia ustedes. El médico da el amargo remedio a su paciente, no para herirlo, sino para curarlo. Si entonces, al médico no se le culpa por la amargura del remedio para el cuerpo enfermo, sino al mismo remedio y al malestar, entonces juzguen de la misma manera mi reprensión dura y severa.

VERSÍCULO 12. *Os ruego, hermanos: Ningún agravio me habéis hecho.*

A los que él llama desobedientes a la verdad y que han crucificado a Cristo, ¿ahora les implora? Más bien parece una gran reprensión. Sin embargo, por el contrario, Pablo dice que no es reprensión alguna, sino una súplica fervorosa, y por cierto que así es. Y es igual que les hubiera dicho: “Confieso que les he reprochado con cierta amargura, pero tómenlo a bien, y se darán cuenta que estos mis reproches no son reproches, sino súplicas y ruegos”. Si un padre de igual manera corrige a su hijo, es como si dijera: “Hijo mío, te ruego que seas un buen hijo, etc.” Ciertamente parece que es una disciplina, pero si pudieras ver el corazón del padre, es tan sólo una súplica suave y fervorosa.

VERSÍCULO 12. *Ningún agravio me habéis hecho.*

Como si dijera, “¿Por qué me voy a molestar con ustedes, o hablar mal de ustedes con malas intenciones, siendo que en nada me han ofendido?” “Pero entonces, ¿por qué dices que nos hemos pervertido, que hemos abandonado tu doctrina, que somos necios, embrujados, etc.? Estas cosas testifican que sí te sientes ofendido por nosotros.” Él responde: “Ustedes no me han agraviado a mí, sino a ustedes mismos; por tanto estoy afligido, no por causa mía, sino por el amor que les tengo. Por tanto no piensen que los reproché con malas intenciones, ni por malos sentimientos. Yo tengo a Dios por testigo que ustedes no me han hecho mal alguno, sino que, por el contrario, ustedes me han colmado de grandes beneficios.

⁹⁸ *salute.*

Hablándoles así, suavemente, prepara sus mentes para que toleren su disciplina paternal con el afecto de pequeñuelos. Esto es como suavizar el ajeno o ponerle miel y azúcar a una infusión amarga para endulzarla. Es así como los padres hablan tiernamente a sus hijos después de haberles castigado, y les dan manzana, peras, y otras cosas similares. Así los niños se dan cuenta que sus padres los aman, y que procuran su bien, a pesar de las ásperas correcciones.

VERSÍCULOS 13, 14. *Vosotros sabéis que en flaqueza de la carne os prediqué el Evangelio al principio, y no desechasteis ni menospreciasteis mi prueba que estaba en mi carne, antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.*

Ahora él declara los goces que había recibido de los gálatas. “El primer beneficio (dijo él), que yo valoro como el mejor de todos es el siguiente: cuando comencé a predicar el Evangelio entre ustedes, fue por medio de la flaqueza de la carne y grandes tentaciones, pero esta mi cruz no les causó ofensa alguna. Más bien ustedes se mostraron amorosos, bondadosos, y me brindaron su amistad. De tal modo, que no se ofendieron por esta la flaqueza de mi carne, con mis tentaciones y aflicciones, a pesar de que me sentía casi abrumado por ellas. Pero me amaron tiernamente, y me recibieron como a un ángel de Dios, no, más bien como a Jesucristo mismo”. Por cierto, que este es un gran cumplido a los gálatas, que recibieron el Evangelio de un hombre tan despreciable y afligido por todos lados tal cual lo fue Pablo. Pues dondequiera que predicaba el Evangelio, tanto judíos como gentiles murmuraban y se enfurecían contra él. Pues todos los poderosos, sabios, religiosos, y eruditos, odiaron, persiguieron, y blasfemaron a Pablo. A pesar de todo esto, los gálatas no se molestaron en lo mínimo. No se fijaron en esta flaqueza, estas tentaciones y peligros, no sólo prestaron atención a este Pablo pobre, despreciado, sufrido, y afligido, sino que se declararon sus discípulos y también lo recibieron y escucharon como a un ángel de Dios, sí, hasta como a Jesucristo mismo. Este es un cumplido merecido, y una virtud singular de los gálatas. Por cierto, es tal cumplido que no dio a ninguno de los destinatarios de sus otras cartas, sino sólo a estos gálatas.

Jerónimo y otros de los antiguos padres, explican esta flaqueza en la carne de Pablo, como si fuera cierta enfermedad del cuerpo, o alguna tentación de la lujuria.⁹⁹ Estos hombres vivieron en una época cuando la Iglesia pasaba por una etapa aparentemente pacífica y próspera, sin cruz ni persecución. Fue cuando los obispos comenzaron a juntar riquezas, estima, y gloria en el mundo. Fue cuando muchos también gobernaban con tiranía a los que tenían bajo su mando, tal cual lo testimonia la historia eclesiástica. Pocos cumplían con su deber, y los que parecían cumplirlo, abandonaron la doctrina del Evangelio y promulgaron sus propios decretos al pueblo. Bien, cuando el quehacer de los pastores y los obispos no es la palabra de Dios, sino que desechan su predicación pura y sincera, es inevitable que caigan en una falsa seguridad. Estando en esta condición no están luchando contra las tentaciones, no están sufriendo por la cruz y la persecución, pues éstas siempre e inevitablemente, siguen cuando se predica la palabra en toda su pureza. Por tanto les fue imposible comprender a Pablo. Pero nosotros, por la gracia de Dios sostenemos una doctrina sana y sincera, la cual también predicamos y enseñamos

⁹⁹ *tentatio libidinis.*

libremente, por tanto estamos obligados a sufrir la amargura del odio, las aflicciones, y persecuciones del diablo y del mundo. Y si por fuera no fuéramos acosados por tiranos y sectarios con fuerza y sutileza, y por dentro con los terrores y los dardos ardientes del diablo, también estaríamos a oscuras, desconociendo a Pablo, así como sucedió en tiempos pasados por todo el mundo, y todavía estas cosas son desconocidas por los Papistas, los espíritus fanáticos,¹⁰⁰ y otros de nuestros adversarios. Por tanto, el don del conocimiento, la interpretación de las Escrituras, y nuestro estudio, junto con las tentaciones internas y externas, abren ante nosotros el significado de Pablo, y el sentido de las Sagradas Escrituras.

Por tanto Pablo a esta flaqueza de la carne no la llama enfermedad del cuerpo, ni la tentación de la lujuria, sino el sufrimiento de su aflicción¹⁰¹ que llevaba en el cuerpo, la cual enfrenta por medio de la virtud y el poder del espíritu. Pero no sea que pareciera que torciéramos y pervirtiéramos las palabras de Pablo, escuchemos su propia voz en 2 Corintios 12: “Por lo cual me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy poderoso” (2 Corintios 12:10). Y en el capítulo once: “En trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces padecí naufragio” (2 Corintios 11:23-25). Estas aflicciones que sufrió en su cuerpo, las llama la flaqueza en la carne, y no alguna enfermedad del cuerpo. Como si dijera: “Cuando prediqué el Evangelio entre ustedes estaba oprimido con diversas tentaciones y aflicciones. Siempre corrí riesgo de los judíos y los gentiles, como también de los falsos hermanos. Padecí hambre y penurias en todo. Me tenían por lo más vil y la misma escoria del mundo”. Él menciona esta su debilidad en muchos lugares, como en 1 Corintios 4:12; 2 Corintios 4:9,11,12, y en muchos otros textos.

Entonces, podemos ver que cuando Pablo habla de aflicciones, se refiere a las flaquezas de la carne, que sufría en la carne, al igual que los otros apóstoles, los profetas, y todos los piadosos. Con el poder de Cristo que estaba en él, siempre reinaba y triunfaba. De lo cual él testimonia en 2 Corintios 12 con estas palabras, “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” Además, “de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo” (2 Corintios 12:9). Así mismo en el segundo capítulo, “Mas a Dios gracias, el cual hace que siempre triunfemos en Cristo” (2 Corintios 2:14). Como si dijera “Cierto que el diablo, los judíos y los gentiles rugen cruelmente contra nosotros. No obstante perseveramos invencibles contra todos sus ataques, y tanto si quieren como si no, nuestra doctrina prevalecerá y triunfará.” Esta era la potencia y el poder del espíritu en Pablo, dentro del cual él sufría la flaqueza y el cautiverio de la carne.

Ahora, es esta flaqueza de la carne en los piadosos lo que ofende a la razón asombrosamente. Por eso, Pablo tan altamente encomia a los gálatas, porque ellos no se

¹⁰⁰ *nostris Papistis & fanaticis spiritibus*: Watson traduce “anabaptistas” en el texto.

¹⁰¹ *passionem seu afflictionem* [HC].

habían perturbado por esta escandalosa¹⁰² flaqueza, ni con esta vil y despreciable cruz que vieron en él. Sino que lo recibieron como un ángel, hasta como el mismo Jesucristo. Cristo mismo armó a los fieles contra esta vil y despreciable forma de la cruz en la cual Él se manifestó cuando dijo, “Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí” (Mateo 11:6). Por cierto, que es gran cosa que los que han creído en Él, lo confiesen como el Señor de todo, y Salvador del mundo; a pesar que hayan escuchado que Él fue el más mísero de todo hombre, de todos el más insignificante, sí, hasta escarnecido de los hombres, y una burla para el mundo (Salmo 22:7). Aunque por poco tiempo, fue despreciado y odiado por todos los hombres, y condenado a muerte de cruz, aun por su propio pueblo, y especialmente por los que se consideraban los mejores, más sabios, y más santos que todos los demás. Esto es algo de gran consideración, de no tomar en cuenta estos grandes agravios, y no sólo pasarlos por alto sin condenación alguna, sino estimar a este Cristo pobre, tan impiamente escarnecido, escupido, azotado y crucificado, de mayor valor que todas las riquezas de los más acaudalados, más potente que todos los fuertes, con todas las coronas y cetros de todos los reyes y príncipes de toda la tierra. Por tanto, con toda razón el Cristo los llama “benditos”, pues no se escandalizaron por causa de Él.

De tal modo, fue algo maravilloso que los gálatas no se avergonzaron por ese agravio tan fuerte y esas formas tan despreciables de la cruz que vieron en Pablo, sino que lo recibieron como a un ángel, y como Jesucristo mismo. Además, así como Cristo dijo que sus discípulos velaran con Él en las tentaciones, así también dijo Pablo que los gálatas no despreciaron las tentaciones que él llevaba en la carne. Por tanto, Pablo tiene una buena razón por concederles tantos elogios.

Bien, Pablo no sólo tenía tentaciones por fuera¹⁰³ (las que ya mencioné), sino también tentaciones internas y espirituales, como las de Cristo en el huerto, pues en 2 Corintios 12 se lamenta que sentía “el aguijón (σκολοψ) (*escolops*) en mi carne, y un mensajero de Satanás que me abofetee”. Digo esto de paso, porque los Papistas, que lo tradujeron al latín como *stimulus carnis*, han explicado este *stimulum* como acoso del morbo carnal. Pero en el griego es σκολοψ (*escolops*) que significa un aguijón o estaca puntiaguda. Por tanto fue una tentación espiritual. Aquí no hay contradicción, pues califica a esta palabra carne, diciendo “me es dado el aguijón en mi carne.” Pues los gálatas, y otros que conocían bien a Pablo, a menudo lo habían visto en gran pesadumbre, angustia, y terror. Por lo que los apóstoles no sólo enfrentaban tentaciones corporales, sino también tentaciones espirituales. Lo que también él confiesa en 2 Corintios 7 con estas palabras, “por fuera, conflictos; por dentro, temores”. También Lucas dice al terminar los Hechos, que Pablo después de haber padecido por mucho tiempo las tormentas del mar, hasta la aflicción de su espíritu, se reconfortó y cobró aliento cuando vio a los hermanos que vinieron desde Roma y se vieron con él en el mercado de Appio y Las Tres Tabernas. También en Filipenses 2 él confiesa que Dios había tenido misericordia de él, pues había restablecido a Epafrodito, desde su agotamiento y al borde de la muerte, nuevamente a la

¹⁰² *scandalosissima*.

¹⁰³ Rörer añadió esta nota: *Tentationes spirituales Pauli* [HC].

salud, no sea que tuviera tristeza sobre tristeza. Por tanto, además de tentaciones por fuera, los apóstoles también sufrían grandes angustias, pesadumbre, y terrores.

Sin embargo, ¿por qué dice Pablo que él no fue despreciado por los gálatas? Parece que lo despreciaron, cuando abandonaron su Evangelio. Pablo mismo lo explica: “Cuando prediqué el Evangelio entre ustedes por primera vez (dijo él), no se comportaron como otros que se ofendieron grandemente por esta mi flaqueza y tentación de la carne, y así me despreciaron y rechazaron”. Pues la razón del hombre pronto se ofende con esta vil y despreciable forma de la cruz. Juzga como locos a los que pasando por aflicciones, procuran consolar, socorrer, y auxiliar a otros. Además, se regocijan de sus grandes riquezas, es decir de la justicia, poder, victoria sobre el pecado, la muerte, y todo mal, como también del gozo, salvación, y vida eterna. No obstante, sufren necesidad, flaquezas, tristezas, desprecios, maltratos, y la muerte misma (*no por la multitud sino por mano de las más altas autoridades civiles y religiosas*)¹⁰⁴; pues los consideran como si fueran puro veneno. Los que los matan piensan que rinden alto servicio a Dios (Juan 16:2). Por tanto, cuando ofrecen a otros tesoros eternos, y ellos mismos perecen tan despiadadamente ante el mundo, los tienen como el hazme reír del mundo, se burlan de ellos y les obligan a escuchar “Médico, cúrate a ti mismo” (Lucas 4:23). De aquí también vienen los lamentos que se escuchan por todos los Salmos: “Soy gusano, y no hombre”; también “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude” (Salmo 22:6,11).

Por tanto, es un gran encomio a los gálatas, que no se ofendieron con esta flaqueza y tentación de Pablo, sino que lo recibieron como un ángel de Dios, sí, como a Jesucristo mismo. Por cierto, que esta es una gran virtud que merece gran encomio, cuando se trata de los apóstoles. Pero es aun mayor, y una verdadera virtud cristiana, prestar atención a un tal como Pablo que se presentó entre los gálatas como pobre, débil, y despreciable (tal cual él dice de sí mismo), y recibirlo como un ángel del cielo, y darle tal honor como si hubiera sido el mismo Jesucristo, no dejándose ofender por sus aflicciones, siendo tantas y abundantes. Por lo que con estas palabras, alaba grandemente la virtud de los gálatas, que dice las recordará para siempre, y las estima tanto que desea que se publiquen al mundo entero. No obstante, al realzar tanto sus beneficios y virtudes, él encubiertamente muestra cuán plenamente lo amaban antes que vinieran los falsos apóstoles; por lo que los insta a que sigan como fueron antes, y abrazarlo con no menos que el mismo amor y respeto de antes. Aquí también parece que los falsos apóstoles asumieron mayor autoridad entre los gálatas que el mismo Pablo. Pues los gálatas, obligados por la autoridad de ellos, les concedieron mayor preferencia que a Pablo, a quien antes habían amado tanto, y recibido como un ángel de Dios, etc.

VERSÍCULO 15. *¿Dónde está, pues, aquel sentido de bendición que tuvisteis?*¹⁰⁵

Como si dijera: “¿Recuerdan cuán felices estuvieron? ¿Todos los encomios y elogios que recibieron?” Esta es la misma expresión que encontramos en el cántico de la virgen

¹⁰⁴ *in administracione politica et ecclesiastica.*

¹⁰⁵ *Quid erat beatitudo vestra?*

María, “desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones” (Lucas 1:48). Y estas palabras, “¿Dónde está, pues, aquel sentido de bendición que tuvisteis?” contienen cierto fervor. Es como si dijera: “No sólo fueron bendecidos, sino que en todo fueron bendecidos y altamente elogiados.” Habla de esta manera para moderar y atenuar su amarga infusión, es decir, sus ásperos reproches. Pues temía que los gálatas se ofendieran mucho, ya que él sabía en particular que los falsos apóstoles lo calumniarían, y con escarnio interpretarían sus palabras. Pues así es el calibre y naturaleza de estas víboras, que calumniarán, y pervertirán con malas intenciones todas las palabras que proceden de un corazón sencillo y sincero, arrancándolas de su sentido y significado. Pues en esto son asombrosamente astutos artesanos, y aventajan toda la astucia y elocuencia de los más grandes oradores del mundo entero. Pues los conduce un espíritu maligno, que los hechiza, y siendo enardecidos con una furia diabólica contra los fieles, no pueden hacer menos que interpretar perversamente, y tergiversar malignamente sus palabras y sus escritos. Por tanto son como la araña, que chupa el veneno de la dulzura y delicia de las flores; pero no fluye de las flores, sino de su propia naturaleza venenosa, que convierte en veneno todo lo que de por sí es bueno y justo. Por tanto con estas palabras dulces y suaves, Pablo procura impedir a los falsos apóstoles que no tomaran ocasión para calumniar y pervertir sus palabras después, de esta manera: “Pablo los trató con desconsideración; los llamó necios, hechizados, y desobedientes a la verdad, lo cual es prueba justa que él no procura que sean salvos, sino que los considera dignos de que Cristo los condene y los rechace.”

VERSÍCULO 15. Porque yo os doy testimonio de que si hubiese sido posible, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos.

Su elogio a los gálatas es exagerado. Con toda cortesía dice: “No sólo me atendieron, y con todo respeto, me recibieron como un ángel de Dios, etc., sino que también, si hubiese sido necesario, hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos. Sí, hasta hubieran entregado sus vidas por mí”. Por cierto, que los gálatas dieron sus vidas por él, pues al recibir a Pablo y darle sustento (a quien el mundo tenía como el más vil y maldito), pusieron sus manos en el fuego por él, recibiendo sobre sus propias cabezas el odio y la indignación de judíos como gentiles.

Así también hoy el nombre de Lutero es el más odioso ante el mundo. Todo el que me elogia, peca más que cualquier ídola, blasfemo, perjuro, fornicador, adúltero, asesino, o ladrón. Por tanto esto indica que los gálatas estaban bien establecidos en la doctrina y la fe de Cristo, viendo que a gran riesgo personal recibieron y sustentaron a Pablo, quien era odiado por todo el mundo. De otra manera jamás hubieran soportado aquel odio cruel del mundo entero.

VERSÍCULO 16. ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, porque os digo la verdad?

Aquí él deja ver la razón por la que se dirige a los gálatas con tanta bondad. Pues él sospecha que lo tienen por enemigo, ya que los había reprochado tan ásperamente. Les suplico, dijo él, que no presten atención a estos reproches, y se separen de la doctrina. Así se darán cuenta que mi intención no fue reprocharlos sino enseñarles la verdad. Por cierto

que confieso que mi epístola es áspera y severa. Pero con esta gravedad yo propongo llamarles a que retornen a la verdad del Evangelio, de la cual han caído, y para que permanezcan en él. Por tanto, no relacionen esta aspereza y amargura con sus personas, sino con la enfermedad que padecen. No me juzguen por enemigo al reprenderlos tan severamente, sino que piensen de mí como su padre. Pues si no les amara tan entrañablemente, como mis hijos, sabiendo que también me aman de la misma manera, no los hubiera reprochado tan severamente.

Es el deber de uno amonestar libremente a su amigo, si es que da un mal paso. Y cuando así lo ha hecho, si el otro es sabio, no se molestará por haber sido amonestado con tanta amabilidad, diciéndole la verdad, sino que le dará las gracias. Por lo general, se puede ver en el mundo que la verdad suscita el odio, y al que habla la verdad, se le tiene por enemigo. Pero entre amigos no debe ser así, mucho menos entre cristianos. Viendo por tanto, que los reprendí sólo por amor, a fin de que permanezcan en la verdad, no deben ofenderse conmigo, ni perder la verdad, ni pensar que soy su enemigo debido a mis reproches paternales o de amigo. Pablo dice todas estas cosas para confirmar lo que había dicho antes: “Os ruego, hermanos, que seáis como yo; porque yo soy como vosotros: Ningún agravio me habéis hecho.”

VERSÍCULO 17. *Ellos tienen celo de vosotros, mas no para bien.*

Aquí él reprende las lisonjas de los falsos apóstoles. Pues Satanás intenta por medio de sus ministros, utilizando artimañas sutiles y bien armadas, engañar a los simples. Como dijo Pablo, “con palabras suaves y lisonjas engañan el corazón de los simples” (Romanos 16:18). Pues primeramente, protestan a lo grande que lo que más quieren es el avance de la gloria de Dios. Luego, alegan que los mueve el espíritu (diciendo que la gente se siente descuidada, o que no se les está enseñando la pura verdad) por lo que dictaminan que enseñan la verdad infalible, para que, por este medio, los elegidos sean librados del error, y lleguen a la luz y el conocimiento de toda la verdad. Además, prometen sin duda alguna la salvación a los que reciben su doctrina. A menos que pastores fieles y alertados no rechacen a estos lobos rapaces, harán gran daño a la Iglesia bajo estos fingimientos de piedad, y es que vienen vestidos con pieles de ovejas. Pues los gálatas podrían decir: “¿Por qué arremetes con tanto disgusto contra nuestros maestros, viendo que todo lo que tienen es celo por nosotros? Pues todo lo que hacen es con celo y un amor puro, no te debieras molestar por eso, etc.” “Por cierto (dijo él) que tienen celo por ustedes, pero es un celo que no aprovecha”. *Es así como hoy se nos obliga a escuchar de los Sacramentarios que por nuestra terquedad ofendemos contra el amor y rompemos la paz de las iglesias, pues rechazamos su doctrina de la Cena del Señor. Sería mejor, dicen ellos, que lo pasáramos por alto, ya que no tiene peligro alguno, y que por causa de este único artículo de la doctrina (sin ser el mayor) se fomenten tan grandes discordias y contiendas en la Iglesia; viendo en particular que no disienten de nosotros en ningún otro artículo de la doctrina, sino sólo este de la Cena del Señor. A lo que replico: ¡Maldito tal amor y acuerdo que se pacte y preserve a costas de la palabra de Dios!*

Es así como los falsos apóstoles fingían que fervientemente amaban a los gálatas, y que eran conmovidos hacia ellos con un celo divino muy particular. Aquí hay que observar

que celo o tener celos significa un amor ofendido, o tal vez dirían, una codicia piadosa. Elías dijo: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:14). Es así como el marido tiene celos por su esposa, el padre por el hijo, el hermano hacia su hermano, es decir, porque los aman sin medida. No obstante, odian sus vicios, y se esmeran para que se corrijan. Los falsos apóstoles pretendían tener este tipo de celo por los gálatas. Por cierto que Pablo admite que tenían mucho celo por los gálatas, pero ese celo (dijo él), no era bueno. Bien es así con estas sombras y sutilezas que se seduce a los simples, cuando estos seductores les hacen creer que tienen gran celo por ellos, pues se esmeran mucho por ellos. Pablo aquí por tanto nos advierte que distingamos entre un celo para bien, y otro celo para mal. Por cierto, tener un celo para bien es de elogiar, pero no así con los celos para mal. Tengo celo por ustedes (dijo Pablo), así como ellos. Ahora, ustedes juzguen cuál de nuestros celos es más provechoso, el mío o el de ellos, cuál es bueno y piadoso, cual es vil y carnal. Por tanto no sean seducidos tan fácilmente por el celo de ellos;

*VERSÍCULO 17. Sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos.*¹⁰⁶

Es como si dijera: “Es verdad, que tienen mucho celo por ustedes, pero de esa manera quieren que sientan celos por ellos, y así me rechacen. Si el celo de ellos de veras fuera sincero y piadoso, entonces estarían más que contentos que ustedes me amaran, e igualmente ellos también me amarían. Pero ellos odian nuestra doctrina, y por tanto desean que sea desechada por completo, y que en su lugar se predique la doctrina de ellos. Bien, para que esto suceda, ellos intentan por medio de este celo sacarlos de mi corazón, hacerlos odiosos hacia mí, para que cuando me lleguen a odiar a mí y a mi doctrina vuelquen su afecto y celo solamente hacia ellos, amándolos sólo a ellos, para que no reciban ninguna otra doctrina sino la de ellos.” Por tanto pone a los falsos apóstoles bajo sospecha entre los gálatas, mostrándoles que con estas pretensiones piadosas procuran engañarlos. Así también nos advirtió Cristo nuestro Salvador diciendo, “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:15).

Pablo sufrió las mismas tentaciones que nosotros sufrimos hoy. Se sintió sumamente afligido con una enorme pesadumbre. Pues poco después de la predicación de su doctrina, la cual era divina y santa, llegó a ver tantas sectas, conmociones, derrumbamientos de reinados, cambios en otros, y muchas otras cosas similares que siguieron, las cuales ocasionaron infinitos males y agravios. Por los judíos fue acusado de ser pernicioso, levantador de sedición por toda su nación, y que era cabecilla de la secta de los nazarenos (Hechos 24:5). Como si hubieran dicho: “Este es un fulano sedicioso y blasfemo. Pues predica tales cosas por las que no sólo derrocaría la nación judía, con una excelente organización establecida por las leyes de Dios, sino que también pretende abolir los diez mandamientos, la religión y el servicio de Dios, nuestro sacerdocio, y publica al mundo entero el Evangelio (según lo llama él); del cual han surgido infinitos males, sediciones, agravios, y sectas.” También se vio obligado a escuchar de los

¹⁰⁶ *ut ipsos aemulemini.*

gentiles, que clamaron contra él en Filipo, que era un perturbador de la ciudad, y predicaba ordenanzas que no les era lícito adoptar (Hechos 16).

Los problemas civiles en los gobiernos, y otras calamidades, como hambrunas, guerras, disensiones, y sectas, tanto judíos como gentiles los imputaban a la doctrina de Pablo, como también a la de los otros apóstoles. Por tanto los persiguieron como si fueran la plaga común y enemigos de la paz civil y la religión. No obstante, los apóstoles no cesaron su cometido, sino que con más constancia predicaban y confesaban a Cristo. Sabían que era mejor obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29), y que Cristo fuese predicado aunque el mundo entero se perturbara con alborotos, o que tan sólo un alma se pasara por alto o pereciera por no predicarlo.

Mientras tanto, (sin duda alguna) sentir todas estas ofensas era una pesada cruz para los apóstoles, pues no estaban hechos de hierro. Ellos sentían un inmenso dolor de que el pueblo pereciera con todos sus dotes (Romanos 9), aquellos por quienes Pablo habría estado dispuesto a sacrificarse aun separándose de Cristo si con ello lograra salvarles. Ellos vieron que grandes tumultos y cambios en los gobiernos se producirían como consecuencia de su doctrina. Además, les causó más amargura que la misma muerte, especialmente a Pablo, ver que aun entre ellos se levantarían muchas sectas. Pablo sintió un enorme peso cuando escuchó la noticia de que los corintios negaban la resurrección de los muertos; y que las iglesias que él había sembrado con su ministerio estaban trastornadas; que el Evangelio había sido derrocado por los falsos apóstoles, y que toda el Asia se había sublevado contra su doctrina, a la par que otros grandes personajes.

Sin embargo, él sabía que su doctrina no era la causa de todas estas discordias y sectas, y por tanto no se desanimó. El no abandonó su vocación, sino que siguió adelante, sabiendo que el Evangelio que él predicaba, era el poder de Dios para salvación a todo el que cree, no importaba que a los judíos y gentiles les pareciera una doctrina tonta y ofensiva (Romanos 1:16). Él sabía que son bendecidos los que no se avergüenzan por esta palabra de la cruz, sean maestros u oyentes, como Cristo mismo dijo: “Bienaventurado es el que no se escandaliza de mí” (Mateo 11:6). Por el contrario, él sabía que los que juzgaban esta doctrina como necia y herética, estaban bajo condena. Por tanto él dijo, como Cristo dijo de los judíos y los gentiles que se escandalizaron con su doctrina: “Dejadlos; son ciegos guías de ciegos” (Mateo 15:14).

También nosotros hoy nos vemos obligados a escuchar que lo mismo que se dijo de Pablo y los otros apóstoles, se dice de nosotros. A saber, que la doctrina del Evangelio, la que profesamos, es la causa de muchas y grandes monstruosidades, sediciones, guerras, sectas, y delitos sinnúmero. Sí, nos imputan todos los problemas de hoy. Lo que es patente es que no enseñamos herejías ni doctrina impía, sino predicamos las buenas nuevas respecto a Cristo, que Él es nuestro sumo Pontífice y Redentor.¹⁰⁷ Además, nuestros adversarios se ven obligados a concedernos esto (si confiesan la verdad), que mediante nuestra doctrina no hemos dado causa alguna para que se levanten sediciones, guerras, o tumultos. Sino que siempre hemos enseñado el honor y respeto a los

¹⁰⁷ *Pontifex & Redemptor noster* [HC].

magistrados,¹⁰⁸ porque así lo ha estipulado Dios. Ni tampoco somos los autores de delitos, pero si los impíos cometen delitos al ofenderse contra nosotros, la culpa es de ellos, y no la nuestra. Dios nos ha encomendado predicar la doctrina del Evangelio, sin tomar en cuenta ofensa alguna. Pero ya que esta nuestra doctrina condena la doctrina impía y la idolatría de nuestros adversarios, ellos, siendo así provocados, levantan agravios entre ellos mismos; los mismos eruditos dijeron que estas ofensas habían de ocurrir, y que no se debían evitar, puesto que eran inevitables.

Cristo enseñó el Evangelio, sin temor a las ofensas de los judíos. “Déjenlos,” dijo Él, “son ciegos, guías de ciegos” (Mateo 15:14). Cuanto más los sacerdotes prohibían a los apóstoles que predicaran en el nombre de Cristo, tanto más testimonio daban de ese mismo Jesús, a quien habían crucificado, que Él es Señor y Cristo, y que todo el que invocare su nombre sería salvo, que no hay otro nombre dado a los hombres debajo del cielo, por el que debemos ser salvos, etc. (Hechos 2:21, 36; 4:12). Asimismo nosotros predicamos a Cristo hoy, sin importarnos los clamores de los Papistas impíos y de todos nuestros adversarios, que claman alegando que nuestra doctrina es sediciosa y llena de blasfemia; que perturba gobiernos, derroca religiones, y enseña herejías, y que, en resumen, es la causa de todo mal. Cuando Cristo y sus apóstoles predicaban, se decía lo mismo de ellos. Poco tiempo después vinieron los romanos, que de acuerdo a las propias profecías de Cristo, destruyeron tanto el lugar como la nación. Por tanto que tomen nota hoy los enemigos del Evangelio, que no sean derrocados por estos males que ellos mismos han profetizado.

Ellos se inventan estos agravios tan acerbos y detestables, que los monjes ni los sacerdotes tomen esposa, que no comamos carne los viernes, y cosas así. Pero estas cosas en nada les ofende a ellos, que con estas viles doctrinas seducen y a diario destruyen almas sinnúmero; que con su vil ejemplo ofenden a los débiles; que blasfeman y condenan el glorioso Evangelio del Todopoderoso Dios; y que persiguen y matan a los que aman la verdadera doctrina y la palabra de vida. Digo que esto no es ofensa alguna para ellos, sino que lo toman por obediencia, servicio, y sacrificio acepto ante Dios. Por tanto, vamos a dejarlos así, “Pues son ciegos, guías maestros de ciegos” (Mateo 15:14). “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es sucio, ensúciase todavía” (Apocalipsis 22). Pero nosotros, debido a nuestra fe, hablaremos y expondremos las maravillosas obras del Señor, siempre y cuando tengamos aliento, y llevaremos las persecuciones de nuestros adversarios hasta cuando Cristo, nuestro sumo Pontífice y Rey,¹⁰⁹ venga de los cielos, a quien según esperamos, vendrá en breve, como juez justo, para vengar a todos los que no obedecen su Evangelio. Así sea.

A pesar de todos estos agravios que alegan los impíos, los piadosos no se perturban en absoluto. Pues ellos saben que lo que el diablo odia más es la pura doctrina del Evangelio, y por tanto se dispone a desfigurarla con ofensas sinnúmero, y así desarraigarla de los corazones de los hombres para siempre. Antes, cuando en la Iglesia no se enseñaba nada más sino las tradiciones de los hombres, el diablo no arreciaba con

¹⁰⁸ *Potestatem.*

¹⁰⁹ *Pontifex & Rex* [HC].

tanta furia. Pues mientras el hombre fuerte guardaba la casa, todas sus posesiones estaban en paz. Pero ahora, cuando ha venido el hombre más fuerte, que ha vencido y atado al hombre fuerte y saqueado su casa, entonces comienza a arremeter sin tregua (Lucas 11:21,22). Y esta es una señal infalible, que la doctrina que profesamos es de Dios. De otro modo (como dice en Job, capítulo cuarenta) el “Behemot [el hipopótamo] se echa debajo de las sombras, en lo oculto de las cañas, y de los lugares húmedos.” Pero ahora que anda rugiendo como león, y suscita tales ventiscas y aspavientos, es una señal patente que siente el poder de nuestra predicación (1 Pedro 5:8).

Cuando Pablo dice, “tienen celo de vosotros, mas no para bien,” él muestra de paso, quienes son los autores de las sectas. A saber, esos espíritus celosos que siempre derrocan la verdadera doctrina y perturban la paz del pueblo. Pues éstos se levantan con un celo perverso, se imaginan que tienen cierta particularidad de santidad, pudor, paciencia, y doctrina superior a todas las demás, y que por tanto piensan que son capaces de proveer salvación para todo hombre. Se creen que enseñan cosas más profundas y provechosas, que ordenan mejores servicios y ceremonias que cualquier otro, desprecian a todos como si nada fueran a su lado, rebajan toda otra autoridad, y corrompen las cosas que se han enseñado con toda pureza. Los falsos apóstoles tenían ese tipo de celo impío y perverso, levantando sectas, no sólo en Galacia, sino en todos los lugares donde Pablo y los otros apóstoles habían predicado. Después, tras todas estas sectas se suscitaron delitos sinnúmero y líos asombrosos. “Pues el diablo”, (como dijo Cristo), “es un mentiroso y asesino” (Juan 8:44), y por tanto tiene la intención no sólo de perturbar las conciencias de los hombres con la falsa doctrina, sino también la de suscitar tumultos, sediciones, guerras, y todo tipo de fechorías.

Hoy día hay muchos que están poseídos con este tipo de celo. Pretenden gran religiosidad, pudor, doctrina, y paciencia. Mas no obstante, en los hechos son lobos rapaces, que con su hipocresía buscan nada más que desacreditarnos, y que no se reciba ninguna otra doctrina sino sólo la de ellos. Ahora, ya que estos hombres tienen tan gran opinión de ellos mismos y desprecian a los demás, lo único que puede pasar es que surgen horribles disensiones, sectas, divisiones, y sediciones. Pero, ¿qué debemos hacer? Este asunto no tiene remedio, pues Pablo tampoco lo pudo remediar en su tiempo. No obstante, ganó a algunos que obedecieron sus advertencias. Así también espero que hayamos podido haber rescatado a algunos de los errores de los sectarios.

VERSÍCULO 17. Bueno es ser celoso en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros.

Como si dijera: “Los elogio por esto, pues me amaron sin medida cuando prediqué el Evangelio en la flaqueza de la carne. Debieran tener el mismo afecto hacia mí, ahora que estoy ausente, como si nunca me hubiera ido. Pues aunque en el cuerpo esté ausente, aún así tienen mi doctrina, la cual deben retener y resguardar, viendo que por ella tienen el Espíritu Santo. Piensen entre ustedes que siempre y cuando tengan mi doctrina, Pablo estará presente con ustedes. Por tanto, no les reprendo por el fervor que tienen, sino que lo elogio, y mucho más porque es el celo de Dios o del Espíritu, y no el de la carne”. Bien, el celo del Espíritu siempre es bueno; pues es un intenso afecto y fervor del corazón

por hacer algo bueno,¹¹⁰ y por tanto no es el celo de la carne. Es por eso que elogia la devoción de los gálatas, para que pueda aplacar sus ánimos, y así acepten con paciencia su disciplina. Es como si dijera, “Acepten mi disciplina por el lado bueno, pues viene no de mi molestia, sino de un corazón entristecido y atento para que sean salvos. Este es un ejemplo en vivo de cómo enseñar a todos los ministros a apacentar su rebaño, y de velar por cada palabra, para que ya sea con reproches, o con ternura, o por súplicas, retenerlos en la sana doctrina, y hacerlos volver de seductores mañosos y falsos maestros.

VERSÍCULO 19. Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.

Todas sus palabras son de peso, y bien empleadas, a fin de que los corazones de los gálatas puedan ser conmovidos, y él pueda reconquistar su favor. Estas son palabras dulces y tiernas, cuando les dice “Hijitos míos.” Cuando él dice “Por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto”, es una alegoría. Pues los apóstoles toman el lugar de padres, así como de los maestros en cuanto a su posición y llamamiento. Pues así como los padres dan forma al cuerpo, así también engendran la forma de la mente. Bien, la forma de la mente cristiana es la fe, o la confianza del corazón que se aferra a Cristo, y se prende de Él, y a nada más. El corazón que se ha ajustado a esta tan excelente confianza o seguridad,¹¹¹ a saber, que por causa de Cristo somos justos, tiene la verdadera forma de Cristo. Bien esta forma es concedida por medio del ministerio de la palabra, tal cual dice en 1 Corintios 4: “yo os engendré por medio del Evangelio”, es decir, en espíritu para que puedan conocer a Cristo y creer en Él. También en 2 Corintios 3: “Sois carta de Cristo ministrada por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo”. Pues la palabra proviene de la boca del apóstol o del ministro, y entra al corazón del que la escucha. El Espíritu Santo se hace presente allí, e imprime la palabra al corazón, y éste le da su consentimiento. Por tanto cada maestro piadoso es un padre, que engendra y va moldeando la verdadera figura¹¹² en la mente del cristiano, por medio del ministerio de la palabra.

Además, estas palabras, “por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto,” él las relaciona a los falsos apóstoles. Como si dijera: “Yo los engendré debidamente, por medio del Evangelio. Pero estos corruptos han formado una nueva semblanza¹¹³ en vuestros corazones, pero no es la de Cristo, sino la de Moisés;¹¹⁴ de tal modo que ahora vuestra confianza¹¹⁵ ya no reposa sobre Cristo, sino sobre las obras de la ley”. Esta no es la verdadera forma de Cristo, sino que es una forma intrusa¹¹⁶, y totalmente diabólica. Él no dice, “por quienes yo sufro dolores de parto hasta que mi semejanza sea formada en ustedes, sino hasta que Cristo sea formado en ustedes.” Es decir, yo sufro dolores de parto para que puedan nuevamente recibir la forma y la semejanza de Cristo, y no la de

¹¹⁰ *qui zelat propter rem bonam.*

¹¹¹ *tali fiducia.*

¹¹² *figuram.*

¹¹³ *faciem.*

¹¹⁴ *finxerunt novam faciem in corde vestro, non Christi, sed Mosi [HC].*

¹¹⁵ *fiducia.*

¹¹⁶ *aliena.*

Pablo. Con estas palabras nuevamente reprende a los falsos apóstoles, pues ellos habían abolido la forma de Cristo en los corazones de los creyentes, y se habían diseñado otra forma, es decir, la de ellos mismos, como él dice en el capítulo seis, “ellos desean haceros circuncidar para gloriarse en vuestra carne (6:13).”

De esta figura de Cristo, él también habla en Colosenses 3: “Os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó.” Por tanto Pablo procura reparar la forma de Cristo¹¹⁷ en los gálatas, la cual había sido desfigurada y pervertida¹¹⁸ por los falsos apóstoles; [esa forma de Cristo] es tal que ellos deben pensar, hablar, y ejercer su voluntad conforme a la de Dios, cuyo pensamiento y voluntad es que debemos obtener remisión de nuestros pecados y vida eterna por Jesucristo el Hijo, a quien Él ha enviado al mundo para que sea la propiciación por nuestros pecados, y para que sepamos que por medio de este Hijo, Dios es satisfecho y llega a ser nuestro amoroso Padre.¹¹⁹ Todos los que creen así se han conformado a Dios. Es decir, todos sus pensamientos son de Dios, al igual que el afecto de su corazón; tienen la misma forma en su mente que hay en Dios, o en Cristo. Ésta ha de renovarse en el espíritu de nuestra mente, y revestirse del hombre nuevo, el cual según Dios, es creado en justicia y verdadera santidad, tal cual dice Pablo (Efesios 4:23).

Por tanto dice que sufre nuevamente por los gálatas con dolores de parto. No obstante, su lucha no es para que la figura de los niños sea según el parecer del apóstol, para que se parezcan a Pablo, o a Cefas, etc., sino a otro Padre, es decir, a Cristo (1 Corintios 1:12f.) Lo formaré a él (dice) en ustedes, para que ustedes tengan el mismo pensar que estuvo en Cristo (Filipenses 2:5). En resumen, “Sufro por ustedes,” es decir, trabajo con esmero para llamarlos a que regresen a la fe que tenían antes, la cual han perdido (habiendo sido engañados por las artimañas y sutilezas de los falsos apóstoles) y han vuelto a la ley y a las obras. Por tanto, ahora debo nuevamente esforzarme para hacerlos volver de la ley a la fe de Cristo. Esto es lo que él llama sufrir dolores de parto, etc.

VERSÍCULO 20. *Quisiera estar presente con vosotros ahora y cambiar mi tono.*

Estas son las verdaderas inquietudes de un apóstol. Hay un dicho común, que una carta es como un mensajero muerto,¹²⁰ pues no puede dar más de lo que lleva. Y no hay epístola o carta que se haya escrito con tanto esmero que no le falte nada. Pues las circunstancias varían. Hay diversidad de tiempos, lugares, personas, maneras, y afectos de los que una epístola no puede expresar plenamente. Por tanto el lector reacciona de diferentes maneras, uno con tristeza, otro con alegría, tal cual sea su disposición. Pues si alguna cosa se dice ásperamente, o a destiempo, el orador a viva voz puede explicar, atenuar, o corregir lo dicho. Por tanto el apóstol quisiera estar con ellos para que pudiera atenuar y

¹¹⁷ *reparare formam Christi*; 1a edición: *imaginem Dei seu Christi*.

¹¹⁸ *deformatam et depravatam*.

¹¹⁹ El MS sobre el cual se fundamenta esta oración reza así: *Imago Christi, Dei: ita sentire, affici, velle, intelligere, cogitare, sicut Christus vel ipsum Christum. Est autem ista voluntas, Spiritus Christi, quod mortuus pro peccatis nostris ad obedientiam Patris. Luego sigue: hod creyere est habere imaginem quam Christus. Das ist 'novus homo qui generatur' etc.*

¹²⁰ *Epistolam mortuum nuncio* [HC].

cambiar su tono según lo viera necesario de acuerdo a los sentimientos de sus oyentes. Pues si pudiera ver que algunos están muy afligidos, pudiera atenuar sus palabras para no oprimirlos con más pesadumbre. Por el contrario, si llegara a ver algunos muy altivos, podría reprenderlos ásperamente, no sea que llegaran a sentirse demasiados confiados y descuidados, y al final llegaran a condenar a Dios.

Por eso no podía precisar cómo lidiar con ellos por medio de las cartas, ya que estaba ausente. Es como si dijera, “Si mi epístola es muy áspera, temo que ofenderé más que enmendar a algunos de ustedes.” Nuevamente, si soy demasiado tierno, de nada aprovechará a los perversos y obstinados, pues cartas muertas con sus palabras no pueden dar más de lo que ya tienen. Al contrario, la voz del hombre en vivo, comparada a una epístola, es toda una reina; pues puede añadir o reducir, puede adaptarse a todo tipo de sentimientos, tiempos, lugares, y personas. En resumen, bueno sería que mis cartas los convirtieran a que vuelvan de la ley a la fe de Jesucristo. Pero temo que no lo podré lograr con mis cartas muertas. Sin embargo, si estuviera con ustedes, podría cambiar mi tono, sería capaz de reprender ásperamente a los obstinados, y consolar a los débiles con palabras dulces y amorosas, según lo pidiera la ocasión.

VERSÍCULO 20. Pues perplejo estoy en cuanto a vosotros.

Es decir, estoy tan afligido en mi espíritu, que no sé cómo presentarme en mis cartas hacia ustedes. Aquí hay una descripción vívida del verdadero afecto de un apóstol. No deja nada fuera: reprende a los gálatas, les suplica, les habla suavemente, elogia su fe, esforzándose por todos los medios para hacerlos volver nuevamente a la verdad del Evangelio, y librarlos de las trampas de los falsos apóstoles. Estas son palabras fervorosas, que proceden de un corazón conmovido y encendido por un celo candente y ardiente, y por tanto deben tomarse en cuenta atentamente.

VERSÍCULO 21. Decidme, los que deseáis estar bajo la ley, ¿no oís a la ley?

Aquí Pablo hubiera concluido su epístola, pues ya no quería seguir escribiendo, sino más bien estar presente entre los gálatas, y hablarles en persona. Pero él, sintiéndose demasiado perplejo, y tomando mucho cuidado en este asunto, acude de paso a esta alegoría, que se le ha venido a la mente. Pues la gente se deleita mucho con alegorías y parábolas,¹²¹ de modo que Cristo mismo a veces las usaba. Pues son, como si fueran cuadros pintados, que presentan las cosas como si fueran dibujadas ante los ojos de la gente sencilla. Por tanto conmueven y persuaden en gran manera, especialmente a los sencillos e inocentes. Por tanto, primero, él mueve a los gálatas con palabras y argumentos. Segundo, él dibuja el asunto ante sus ojos con esta buena alegoría.

Pablo era un asombroso artesano con respecto a las alegorías. Él tiende a relacionarlas con la doctrina de la fe, la gracia, y Cristo, pero no con la ley y las obras como lo hicieron Orígenes y Jerónimo. Ellos merecen reprensión pues las sencillas frases de la Escritura, las convirtieron en alegorías que no proceden, que no concuerdan y no tienen sentido

¹²¹ *Parabolis.*

alguno. Por tanto el uso de alegorías suele ser algo peligroso. Pues a menos que se tenga un perfecto conocimiento de la doctrina cristiana, no se pueden usar las alegorías adecuadamente.

Sin embargo, ¿por qué cita Pablo al libro de Génesis, del cual él extrae una alegoría de la historia de Ismael e Isaac, referida a “la ley”, siendo que ese libro no contiene nada con respecto a la ley,¹²² y especialmente ese pasaje que él alega, no habla de ley alguna, sino que sólo contiene una historia evidentemente de los dos hijos de Abraham? Pablo tiende a llamar al primer libro de Moisés, “la ley”, según la costumbre de los judíos. Éste no contiene ley alguna sino la ley de la circuncisión, pero principalmente enseña la fe, y testifica que los patriarcas agradaron a Dios con su fe. No obstante, los judíos, debido a la ley de la circuncisión que contiene, llamaron al libro de Génesis, junto con los demás libros de Moisés, “la ley.” Asimismo lo hizo Pablo, ya que era judío. Y Cristo mismo bajo el nombre de la ley abarca no sólo los libros de Moisés, sino también los Salmos: “Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron” (Juan 15:25; Salmo 35:19).

VERSÍCULOS 22, 23. Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la sierva, y otro de la libre. Pero el de la sierva nació según la carne; mas el de la libre lo fue por la promesa.

Es como si dijera: “Abandonaron la gracia, la fe, y a Cristo, y volvieron nuevamente a la ley. Entonces ya que han decidido estar bajo la ley, y se harán sabios por medio de ella, entonces les hablaré de la ley. Ruego que tomen en cuenta la ley atentamente. Verán que Abraham tuvo dos hijos, Ismael de Agar, e Isaac de Sara. Ambos fueron verdaderos hijos de Abraham. Ismael fue tan verdadero hijo de Abraham como lo fue Isaac, pues ambos vinieron de un sólo padre, de una carne, y de una simiente. Entonces, ¿cuál fue la diferencia? La diferencia no está (dijo Pablo) que la madre de uno era libre y la otra sierva (aunque corresponde a la alegoría). Más bien, que Ismael nacido de la sierva, nació según la carne, es decir, sin la promesa y la palabra de Dios. Sin embargo, Isaac no sólo nació de la libre, sino también según la promesa, de la simiente de Abraham al igual que Ismael. Concedo que ambos eran hijos de un sólo padre. No obstante, hay una diferencia, pues aunque Isaac nació según la carne, desde antes ya Dios había dado la promesa y lo había designado así.¹²³ Nadie se había dado cuenta de esta diferencia sino sólo Pablo, la cual él recogió de este pasaje de Génesis, así de esta manera.

En lo que Agar concibió y dio a luz a Ismael, no había palabra alguna de Dios que debía ser así. Al contrario, fue por permiso de Sara, que Abraham se allegó a su sierva Agar. Pues Sara, siendo infértil, la había dado por esposa a Abraham, tal como dice en el libro de Génesis. Sara había escuchado que Abraham, por la promesa de Dios, tendría simiente en su cuerpo, y ella esperaba ser la madre de esta simiente. Pero habiendo esperado por la promesa por tantos años con gran angustia de espíritu, y viendo que el asunto se había aplazado, se le agotó la esperanza. Por tanto, esta santa mujer, renuncia a su lugar de

¹²² *non sit legalis.*

¹²³ *O: el nombre que Dios le había dado [Watson]. promissio & nominatio Dei [HC].*

honor ante su esposo, y lo cede a su sierva. Sin embargo, ella no permite que su esposo se case con otra esposa de su familia, sino que lo entrega en matrimonio a su criada, para que por ella pudiera tener descendencia. Pues así lo dice la historia: “Y Sarai, esposa de Abram no le daba hijos; y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo, pues, Sarai a Abram: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego que entres a mi sierva; quizá tendré hijos de ella” (Génesis 16:1,2). Esto fue muy humillante para Sara, que se tuvo que rebajar de esta manera, y asumió en buena parte esta tentación y prueba de su fe. Pues ella pensó así: Dios no puede mentir; lo que prometió a mi esposo, por cierto que lo cumplirá. Pero tal vez será que Dios no quiere que yo sea la madre de esa simiente. No me será agravio que Agar tenga este honor, por lo que daré permiso a mi esposo para que la conozca, pues quizá por ella seré bendecida.

Por tanto Ismael nace sin la palabra sino sólo al pedido de Sara. Pues no hay palabra alguna de Dios que le dé el mandato para hacerlo, o la promesa de un hijo, sino que todo se hace por un quizá, la palabra dicha por Sara. “Quizá,” dice ella, “yo tendré hijos de ella.” Viendo entonces, que no había palabra de Dios dicha previamente a Abraham, en cuanto al tiempo en que Sarah tendría al hijo prometido, sino sólo la palabra de Sara, es evidente que Ismael fue hijo de Abraham sólo según la carne, sin la palabra de Dios. Por tanto él fue nacido de un “quizá”, un niño que por fortuna se espera y nace, así como todo niño. Pablo se fijó en eso, y lo toma muy en cuenta.

En Romanos nueve él promueve el mismo argumento que repite aquí y presenta en una alegoría, concluyendo poderosamente que todos los hijos de Abraham no son hijos de Dios. Abraham (dice él) tuvo dos tipos de hijos. Algunos son nacidos según su carne y sangre, pero la palabra y la promesa de Dios vino antes, como en Isaac. Otros nacen sin la promesa, como Ismael. Por tanto, los hijos de la carne (dice él) no son los hijos de Dios, sino solo los hijos de la promesa. Con este argumento, él poderosamente tapa las bocas de los judíos vanagloriosos, que se gloriaban que ellos eran de la simiente e hijos de Abraham, como también lo dijo Cristo, en Mateo tres, y en Juan ocho. Como si él dijera, “No son correctas vuestras afirmaciones o deducciones: ‘soy de la simiente carnal de Abraham por consiguiente soy hijo de Dios’, ‘Esau es el primogénito, por lo tanto el heredero’.” “No es así, sino al contrario. Los que quieran ser hijos de Abraham, no lo serán sólo por su nacimiento carnal, sino que serán hijos por medio de la promesa y la fe. Ellos son los verdaderos hijos de Abraham y, por consiguiente, hijos de Dios.

Por tanto, Ismael, ya que no fue prometido por Dios a Abraham, es un hijo solamente según la carne, y no según la promesa. Porque nació según un “quizá”, como todo otro niño. Pues no hay madre que sepa si tendrá niño o no, o al enterarse que está esperando, no puede decir si será hijo o hija. Sin embargo, Isaac fue mencionado expresamente por su nombre: “Sara, tu esposa”, dijo el ángel a Abraham, “te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac.” Aquí se nombra expresamente al hijo y a la madre. Por tanto, debido a esta humildad de Sara, ella renunció a su derecho, sufrió el desprecio de Agar (Génesis 16), y Dios la recompensó con este honor, que ella sería la madre del hijo prometido.

VERSÍCULO 24. *Lo cual es una alegoría.*¹²⁴

En la teología, las alegorías no acarrearán mucha fuerza de persuasión. Sin embargo, si se usan como dibujos, embellecen y presentan el tema. Pues si Pablo todavía no hubiera confirmado la justicia de la fe contra la justicia de las obras utilizando fuertes y concluyentes argumentos, de poco hubiera aprovechado esta alegoría. Pero, ya que había fortalecido su causa anteriormente con argumentos invencibles, tomados de la experiencia, del ejemplo de Abraham, de los testimonios de las Escrituras y cosas semejantes, ahora al fin de su contienda, él añade una alegoría, para embellecer todo lo demás. Pues es algo muy oportuno añadir una alegoría, ya cuando se ha puesto un buen fundamento, y el asunto comprobado a fondo. Pues así como un dibujo es un ornamento para decorar y embellecer una casa ya construida, así también una alegoría es la luz que alumbrará un tema que de otra manera ya ha sido comprobado y confirmado.

VERSÍCULOS 24, 25. *Pues estas mujeres son dos pactos; uno procede del monte Sinaí que engendra hijos para ser esclavos; éste es Agar. Ahora bien, Agar es el monte Sinaí en Arabia.*

Abraham es una figura de Dios, que tiene dos hijos. Es decir, dos tipos de gente se representan por Ismael e Isaac. Estos dos nacieron mediante Agar y Sara, las que representan los dos Pactos, el Antiguo y el Nuevo. El Antiguo es del monte Sinaí, que engendra esclavitud, el cual es Agar. Pues los árabes en su idioma le dan el nombre de Agar al mismo monte que los judíos llaman Sinaí (que pareciera tener ese nombre por cardos y espinas), de lo cual Tolomeo y los eruditos griegos comentan dando testimonio. De la misma manera hay una diversidad de nombres que se dan a las muchas montañas, de acuerdo a la diversidad de naciones. De tal modo que se encuentra el monte que Moisés llamó Hermón, los sidonios lo llaman Sirión; y los amorreos, Senir.

Bien, esto viene muy bien al punto, que el monte Sinaí, en el idioma árabe significa sierva, y yo creo que la semejanza de este nombre le dio a Pablo luz y ocasión para presentar esta alegoría. Así como Agar la sierva, dio a Abraham un hijo, mas no un heredero, sino un esclavo, así también el monte Sinaí, es una alegoría de Agar, que le dio un hijo a Dios, es decir, un pueblo carnal. Además, así como Abraham era padre verdadero de Ismael, así también el pueblo de Israel tenía al verdadero Dios por Padre, quien les dio su ley, sus decretos, su religión, el verdadero servicio, y el templo, tal como dice en el Salmo 147: “Él manifiesta sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel” (Salmo 147:19). No obstante, esta fue la única diferencia: Ismael nació de la criada según la carne, es decir, sin la promesa, y por tanto no podía ser el heredero. Así fue que la mística Agar, es decir, el monte Sinaí, en donde fue dada la ley, y se ordenó el Antiguo Pacto, engendró un pueblo a Dios (en la alegoría Abraham representa a Dios), pero sin la promesa. Es decir, un pueblo carnal y servil, pero no el heredero de Dios. Pues las promesas tocante a Cristo, el dador de toda bendición, y con respecto a la libertad de la maldición de la ley, del pecado y de la muerte, como también con respecto a la gratuita remisión de pecados, de justicia y vida eterna, no son añadidas a la ley, porque la ley

¹²⁴ *per Allegoriam.*

dice, “El hombre que hiciere aquellas cosas, vivirá por ellas.” (Levítico 18:5; Romanos 10:5).

Por cuanto las promesas de la ley son condicionales, prometen vida, pero no gratuitamente; son solamente para los que cumplen la ley. Por tanto dejan las conciencias de los hombres en la incertidumbre, pues no hay ser humano alguno que cumpla la ley. Pero las promesas del Nuevo Pacto no vienen con tal condición adjunta, ni requieren cosa alguna de nosotros, ni dependen de nuestra virtud como condición, sino que nos traen y dan libremente perdón de los pecados, gracia, justicia y vida eterna por causa de Cristo, como he dicho más ampliamente en otro lugar.

Por tanto la ley, o el Antiguo Pacto, contiene sólo promesas condicionales, pues siempre trae anexas condiciones tales como estas: “Si obedecen mi voz, si guardan mis estatutos, si andan por mis caminos, serán mi pueblo”, etc. Los judíos sin tomar esto en cuenta, se aferraron de esas promesas condicionales, como si hubieran sido absolutas y sin condición alguna; pensaron que Dios jamás las revocaría, sino que se vería obligado a cumplirlas. Por tanto, cuando escucharon que los profetas predecían la destrucción de la ciudad de Jerusalén, del templo, del reino y el sacerdocio (quienes bien podían haber discernido entre las promesas corporales de la ley, y las promesas espirituales tocante a Cristo y su reino), los persiguieron y los mataron como herejes y blasfemos de Dios, porque no podían ver que esta conexión venía adjunta: “Si guardan mis mandamientos, les irá bien.”

Por tanto, Agar, la sierva, da a luz un esclavo. Por lo que Ismael no es el heredero, y aunque él es hijo por naturaleza de Abraham, sigue siendo esclavo. ¿Qué es lo que falta? La promesa, y la bendición de la palabra. Así que la ley dada en el monte Sinaí, que los árabes llaman Agar, sólo da a luz a esclavos. Pues la promesa dada, con respecto a Cristo, no venía condicionada a la ley. Por tanto, ¡Oh gálatas! Si abandonan la promesa y la fe, caen de nuevo en la ley y las obras, siempre seguirán siendo esclavos. Es decir, jamás quedarán libres del pecado y de la muerte, sino que siempre vivirán bajo la maldición de la ley. Pues Agar no engendra la Simiente de la promesa con sus herederos. Es decir, la ley no justifica, no trae la adopción y la herencia, sino que más bien impide la herencia, y engendra ira.

VERSÍCULO 25. Que corresponde a la que ahora es Jerusalén, y está en servidumbre con sus hijos.

Esta es una maravillosa alegoría. Así como poco antes Pablo relacionó a Agar con el Sinaí, ahora con gran deseo hubiera querido relacionar a Sara con Jerusalén, pero no se atreve, ni tampoco puede. Más bien, se ve obligado a ligar a Jerusalén con el monte Sinaí, pues dice “Que pertenece a Agar, viendo que el monte Agar alcanza hasta Jerusalén.” Y es verdad, que hay una cordillera de montañas que se extiende desde Arabia Pétreá hasta Cades-barnea de los judíos. Entonces, él dice que la que ahora es Jerusalén, es decir, esta Jerusalén terrenal y pasajera, no es Sara; sino que pertenece a Agar, ya que allí reina Agar. Pues allí dentro está la ley engendrando esclavitud, allí está la adoración y las ceremonias, el templo, el reino, el sacerdocio, y todo lo demás que fue ordenado en Sinaí

por la madre, que es la ley, eso es todo lo que se hace en Jerusalén. Por tanto la relacionó con el Sinaí, y la resumió en una sola palabra, Sinaí o Agar.

Se me hace demasiada osadía tratar esta alegoría así. Hubiera preferido llamar a Jerusalén, Sara, o el Nuevo Pacto, viendo en particular que allí comenzó la predicación del Evangelio, allí fue dado el Espíritu Santo, y nació el pueblo del Nuevo Pacto; de ser así hubiera pensado que sería una alegoría muy acertada. Pero no está en manos de hombre alguno usar alegorías a su gusto; pues aún un espectáculo piadoso pronto engaña al hombre, y ocasiona su error. ¿Quién no hubiera pensado adecuado que llamara al Sinaí, Agar, y a Jerusalén, Sara? Ciertamente que Pablo relaciona Jerusalén con Sara, pero no esta Jerusalén terrenal que sencillamente la conecta con Agar; sino a esa Jerusalén espiritual y celestial, en la cual no reina la ley, ni el pueblo según la carne, como en esa Jerusalén que está en esclavitud junto con sus hijos; [en la espiritual] allí es donde reina la promesa, en donde se encuentra un pueblo libre y espiritual.

Y para que la ley quedara plenamente abolida junto con todo el reino establecido en Agar, la Jerusalén terrenal fue horriblemente destruida, con todos sus ornamentos, el templo, las ceremonias, etc. Bien, aunque el Nuevo Pacto comenzó allí, y de allí se ha difundido por todo el mundo, no obstante, [la ciudad] pertenece a Agar; es decir, es la ciudad de la ley, de las ceremonias y del sacerdocio, instituido por Moisés. En resumen, fue engendrada por Agar la esclava, y por tanto, está en esclavitud con sus hijos. Es decir, camina en las obras de la ley, y jamás alcanza la libertad de espíritu, sino que continuamente permanece bajo la ley, el pecado, una conciencia pecaminosa, la ira y el juicio de Dios, y bajo la culpa de la muerte y el infierno. Por cierto, que goza de la libertad según la carne, pues tiene un reino terrenal, tiene sus magistrados, riquezas, bienes, y tales cosas. Pero nosotros hablamos de la libertad del espíritu, en donde estamos muertos a la ley, al pecado y a la muerte, y vivimos y reinamos en la gracia, el perdón de los pecados, la justicia y la vida eterna. La Jerusalén terrenal no puede alcanzar nada de eso, por tanto permanece con Agar.

VERSÍCULO 26. Mas la Jerusalén de arriba es libre; la cual es la madre de todos nosotros.

Esta Jerusalén terrenal (dice él) la de abajo, que tiene el reglamento y las ordenanzas de la ley, es Agar, y está en esclavitud con sus hijos. Es decir, no ha sido liberada de la ley, del pecado, y de la muerte. Pero Jerusalén, la de arriba, es decir, la Jerusalén espiritual, es Sara (aunque Pablo no añade el nombre propio de Sara, sino que le da otro nombre, la libre), es decir, esa verdadera dama en libertad la cual es la madre de todos nosotros, nos engendra en la libertad, y no en la esclavitud, como Agar. Bien, esta Jerusalén celestial, la de arriba, es la Iglesia, es decir, los fieles dispersos por todo el mundo, que tienen el mismo y único Evangelio, una misma fe en Cristo, el mismo Espíritu Santo, y los mismos sacramentos.

Por tanto yo no relaciono esta palabra “arriba”, ἀναγωγικός (anagogicós), a la Iglesia triunfante (como la llaman los escolásticos) en el cielo: sino a la Iglesia militante aquí en la tierra. Pues se dice de los piadosos que su vivir está en el cielo, “Nuestra ciudadanía

está en el cielo” (Filipenses 3), pero no como ubicación, sino en que el cristiano cree, y se aferra a estos dones inestimables, celestiales, y eternos, que están en el cielo. “El cual nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1). Por tanto debemos distinguir entre las bendiciones celestiales o espirituales, de las terrenales. Pues la bendición terrenal es la de tener un buen gobierno civil y económico:¹²⁵ tener hijos, paz, riquezas, frutos de la tierra, y otras comodidades corporales. Pero la bendición celestial es la de ser librado de la ley, del pecado, y de la muerte; ser justificado y renacer a vida; tener paz con Dios; tener un corazón fiel, una conciencia gozosa, y un consuelo espiritual; tener el conocimiento de Jesucristo; tener el don de la profecía, y la revelación de las Escrituras, tener el don del Espíritu Santo, y regocijarse en Dios. Estas son las bendiciones celestiales que Cristo ha dado a la Iglesia.

Por tanto la Jerusalén de arriba, es decir, la Jerusalén celestial, es la Iglesia que ahora está en el mundo, y no en la patria venidera,¹²⁶ tampoco es la Iglesia triunfante, como se la imaginan los monjes iletrados y los doctos eruditos, que enseñaban que la Escritura tiene cuatro sentidos: el literal, el figurativo, el alegórico, y el místico [moral].¹²⁷ Ellos neciamente han interpretado casi todas las palabras de las Escrituras de acuerdo a estos sentidos. De este modo, la palabra Jerusalén, literalmente indicaría la ciudad de dicho nombre; figurativamente, una conciencia pura; alegóricamente, la Iglesia militante; místicamente, la ciudad celestial, o la Iglesia triunfante. Con estas fábulas necias y frívolas hacen pedazos a las Escrituras en tantos diversos sentidos, que las conciencias empobrecidas con tales tonterías no podían recibir doctrina alguna con certitud. Pero aquí Pablo dice que la Jerusalén antigua y terrenal pertenece a Agar, y que está en esclavitud con sus hijos, y ha quedado totalmente abolida. Sin embargo, la Jerusalén nueva y celestial es una reina que goza de libertad, ha sido designada por Dios para que, en la tierra y no en el cielo, sea madre de todos nosotros, de quien hemos sido engendrados, y aun así somos engendrados diariamente. Por tanto es necesario que esta nuestra madre esté en la tierra entre los hombres, así también como su generación. No obstante, es engendrada por el Espíritu Santo, por el ministerio de la palabra y los sacramentos, y no según la carne.

Digo esto para que en este tema no nos despistemos con meditaciones del más allá, sino para que sepamos que Pablo coloca a la Jerusalén de arriba en contraste con la Jerusalén terrenal, no físicamente, sino espiritualmente. Pues hay una distinción entre las cosas que son espirituales, y aquellas que son corporales o terrenales. Las cosas espirituales son de arriba, las terrenales son de abajo. Así que Jerusalén la de arriba se distingue de la Jerusalén carnal y pasajera la cual es de abajo, no en localidad (como he dicho) sino espiritualmente. Pues esta Jerusalén espiritual, que se inició en la Jerusalén terrenal, no tiene ningún lugar propio como tiene la otra en Judea; sino que está dispersa por todo el mundo, y puede estar ya en Babilonia, Turquía, Tartaria, Escitia, Judea, Italia, Alemania, en las islas del mar, en las montañas y los valles, y en todo lugar del mundo en donde moren los hombres y mujeres que tienen el Evangelio y han creído en Jesucristo.

¹²⁵ *bonam politiam et oeconomiam.*

¹²⁶ *patria.*

¹²⁷ *Literalem, Tropologium, Allegoricum et Anagogicum.*

Por tanto Sara, o Jerusalén, nuestra madre en libertad, es la misma Iglesia, la esposa de Cristo, de quien todos hemos nacido. Esta madre engendra hijos libres sin cesar, hasta el fin del mundo, siempre y cuando ella predique y proclame el Evangelio, pues esto es lo que significa engendrar. Bien, ella enseña el Evangelio de esta manera: Que somos librados de la maldición de la ley, del pecado, de la muerte, y todo otro mal, por medio de Jesucristo, y no por la ley, ni por las obras. Por tanto, la Jerusalén de arriba, es decir, la Iglesia, no está sujeta a la ley y a las obras, sino que goza de libertad y es una madre sin la ley, sin el pecado, y sin la muerte. Bien, tal cual es la madre, así son los hijos que engendra.

Esta alegoría enseña muy acertadamente que la Iglesia no debe hacer nada más sino predicar y enseñar el Evangelio en verdad y en sinceridad, y por estos medios debe engendrar hijos. Es así como todos somos padres e hijos los unos de los otros, pues somos engendrados entre nosotros. Yo, siendo engendrado por otro mediante el Evangelio, engendro a otro, que también engendrará a otro, y así este engendrar seguirá hasta el fin del mundo. Bien, yo hablo del engendrar, no de Agar, la esclava que engendra sus esclavos mediante la ley; sino de Sara, la libre que engendra herederos sin la ley, y sin las obras o esfuerzos humanos. Pues ya que Isaac es el heredero y no Ismael (aunque ambos son hijos concebidos por Abraham), Isaac tenía la herencia por la palabra de la promesa, a saber, “Sara tu esposa te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac” (Génesis 17:19). Sara comprendió esto muy bien, por lo que dijo, “Echa a esta sierva y a su hijo”, palabras que también Pablo alega después. Por tanto, así como Isaac tiene la herencia de su padre sólo por la promesa y su nacimiento, sin la ley y sin las obras, asimismo somos nacidos por medio del Evangelio de esa mujer Sara la libre, es decir, la Iglesia, los verdaderos herederos de la promesa. Ella nos instruye, nos alimenta, nos lleva en su vientre, en su falda, y en sus brazos. Nos conforma y moldea a la imagen de Cristo, a fin de presentar a todo hombre perfecto en Él. Así que todas las cosas se cumplen por medio del ministerio de la palabra. Por cuanto el oficio de la mujer en libertad es engendrar hijos a Dios por medio de su esposo, sin cesar y sin fin; es decir, tales hijos que sepan que son justificados por la fe, y no por la ley.

VERSÍCULO 27. Porque está escrito: Alégrate estéril, tú que no das a luz: Prorrumpes en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto, porque más son los hijos de la dejada, que de la que tiene marido [Isaías 54:1].

Pablo aquí se deriva a Isaías el profeta, siendo todo alegórico. Escrito está (dice él) que la madre que tiene muchos hijos, y que tiene marido, tendrá que enfermar y morir. Al contrario, la estéril, la que no tiene hijos, tendrá abundancia de hijos. De la misma manera Ana canta en su cántico, del cual Isaías tomó su profecía “Los arcos de los fuertes fueron quebrados, y los débiles se ciñeron de fortaleza. Los saciados se alquilaron por pan; y los hambrientos dejaron de estarlo; aun la estéril dio a luz a siete, y la que tenía muchos hijos languidece” (1 Samuel 2:4ff). Es algo maravilloso (dice él): La fértil se volverá estéril, y la estéril, fértil. Además, los que antes eran fuertes, llenos, ricos, gloriosos, justos, y bendecidos, se volverán débiles, hambrientos, pobres, despreciados

pecadores, sujetos a la muerte y condenación. Por el contrario, los débiles y hambrientos, etc., serán fuertes y satisfechos, etc.

Por medio de esta alegoría del profeta Isaías, el apóstol muestra la diferencia que hay entre Agar y Sara. Es decir, entre la sinagoga y la Iglesia, o entre la ley y el Evangelio. La ley es el esposo de la mujer fértil, o sea, de la sinagoga, que engendra muchos hijos. Pues hombres de todas las edades, no sólo los mentecatos, sino también los más sabios y superiores (es decir, la humanidad entera, con excepción de los hijos de la libre), no pueden ver ni conocen ninguna otra justicia que la justicia de la ley, mucho menos conocen que hay otra más excelente; por tanto se consideran justos si guardan la ley, y en las apariencias cumplen sus obras. *(Y en esta palabra 'ley' incluyo toda ley, humana y divina.)*

Bien, aunque éstos rindan frutos, tengan muchos discípulos, y brillen con la justicia y las gloriosas obras de la ley, no obstante no son libres, sino esclavos, pues son los hijos de Agar, que engendra para la esclavitud. Bien, si son siervos, no pueden ser partícipes de la herencia, sino serán echados fuera de la casa, pues los siervos no se quedan en la casa para siempre (Juan 8:35). Sí, ya han sido echados fuera del reino de la gracia y la libertad: “pero el que no cree, ya es condenado” (Juan 3:18). Por tanto permanecen bajo la maldición de la ley, bajo el pecado y la muerte, bajo el poder del diablo, y bajo la ira y el juicio de Dios.

Bien, si la ley moral en sí misma, o los diez mandamientos de Dios, no pueden hacer nada más que engendrar esclavos, es decir, no puede justificar, sino sólo aterrar, acusar, condenar, y arrojar a las conciencias de los hombres hasta la desesperación, ¿cómo pues, les suplico, podrán todas las leyes de los hombres, o las leyes del Papa justificar, las cuales son doctrinas de diablos? Por tanto todos los que enseñan y presentan las tradiciones de los hombres, o la ley de Dios, como necesarias para obtener la justicia ante Dios, no hacen nada más que engendrar esclavos. Con todo esto, a tales maestros se les cuenta entre los mejores hombres; obtienen el favor del mundo, y son las madres más fértiles, pues obtienen un sinnúmero de discípulos. Pues la razón humana no comprende lo que es la fe ni la verdadera piedad, y por tanto la descarta y desprecia, y es naturalmente adicta a la superstición y a la hipocresía, es decir, a la justicia de las obras. Bien, ya que esta justicia brilla y florece por todos lados, es una poderosa emperatriz del mundo entero. Por tanto los que enseñan la justicia de las obras de la ley engendran muchos hijos, que en las apariencias son libres, y despliegan un glorioso teatro de excelentes virtudes, pero en la conciencia son criados y esclavos del pecado. Por tanto tienen que ser echados fuera de la casa, para condenación.

Por el contrario, Sara la libre, es decir, la verdadera Iglesia, parece infértil. Pues el Evangelio, que es la palabra de la cruz y la aflicción, que predica la Iglesia, no brilla tan refulgente como la doctrina de la ley y las obras, y por tanto no tiene tantos discípulos que lo siguen. Además a ella le han puesto la etiqueta de que prohíbe las buenas obras, que vuelve a los hombres confiados, holgazanes, descuidados, que suscita herejías y sediciones, y que es la causa de toda fechoría. Por tanto, no aparenta que traiga éxito o prosperidad, sino que todo parece ser infecundo, desolado, y desahuciado. Por tanto los

impíos están muy convencidos que la Iglesia con su doctrina no perdurará por mucho más. Los judíos se confiaban que la Iglesia sembrada por los apóstoles sería derrocada, a la cual la llamaron con el nombre odioso de secta. Por tanto hablaron con Pablo de esta manera en el capítulo veintiocho de los Hechos: “Porque de esta secta nos es notorio que en todas partes es contradicha.” De igual manera, ¿cuán a menudo (ruego que me digan) nuestros adversarios han quedado chasqueados, cuando algunos señalaron la ocasión, y otros el momento, en que ciertamente quedaríamos destruidos? Cristo y sus discípulos fueron oprimidos, pero después de su muerte la doctrina del Evangelio se esparció más lejos que durante sus días. De igual manera nuestros adversarios pueden oprimirnos hoy, pero la palabra de Dios permanece para siempre. Entonces, cuanto más la Iglesia parezca ser infértil y abandonada, débil y despreciada, sufrir persecución, y además verse obligada a escuchar el reproche de que su doctrina es herética y sediciosa, tanto más ante Dios, sólo ella es fértil. Ella engendra por el ministerio de la palabra, un infinito número de hijos, herederos de justicia y vida eterna; y aunque por fuera ellos sufren persecución, no obstante en espíritu gozan de la mayor libertad; pues no sólo juzgan sobre toda doctrina y obra, sino también son los más gloriosos vencedores contra las puertas del infierno.

Por tanto, el profeta confiesa que la Iglesia está afligida, pues de otro modo no la hubiera exhortado al regocijo. Él concede que ante el mundo ella es infértil, de otro modo no la hubiera llamado infértil y abandonada, sin hijos; pero ante Dios, dijo él, ella es fértil, y por tanto le urge a regocijarse. Como si dijera: “Cierto que eres despreciada e infértil, y debido a que no tienes a la ley por tu esposo, no tienes hijos. Pero regocíjate, pues aunque no tienes a la ley por tu esposo, serás la madre de innumerables hijos. Esta promesa es fiel a pesar de que siendo virgen fuiste abandonada en la víspera de tu matrimonio (pues no la llama viuda). Tú debieras tener esposo si es que él no te hubiera abandonado o no lo hubieran matado. Pero tu marido la ley no te cumplió y te dejó sola y olvidada, por eso ya no tienes obligación de casarte con la ley.” Por tanto, aunque el pueblo, o la Iglesia del Nuevo Pacto está totalmente libre de la ley respecto a la conciencia, pareciera haber sido abandonada según lo juzga el mundo. Sin embargo, aunque jamás haya sido tan infértil, sin la ley y sin las obras, no obstante ante Dios es la más fértil, y engendra un infinito número de hijos, no para esclavitud, sino para libertad. Pero, ¿por qué medio? No por la ley, sino por la palabra y el espíritu de Cristo, el cual es dado por medio del Evangelio, por el cual ella concibe, da a luz, y nutre a sus hijos.

Por tanto, mediante esta alegoría Pablo muestra la diferencia entre la ley y el Evangelio. Primero, cuando él llama a Agar el Pacto Antiguo, y a Sara, el Nuevo. Además, cuando él llama a una la esclava y a la otra la libre; también cuando él dice que la casada y fértil ha quedado estéril y echada de la casa con sus hijos. Por el contrario, cuando la que era estéril y despreciada llega a ser fértil, y da a luz un infinito número de hijos, que también son los herederos. En estas diferencias se representan dos tipos de personas: las de la fe, y las de la ley, es lo que quiero decir.¹²⁸ El pueblo de la fe no tiene a la ley por su marido, no sirve en esclavitud, pues no ha nacido de aquella madre en donde ahora está Jerusalén; en cambio tiene la promesa, es libre, y ha nacido de Sara la libre.

¹²⁸ *Hae differentiae essentiales sunt populi fidei et legis.*

Por tanto él separa al pueblo espiritual del Nuevo Pacto, del otro pueblo de la ley, cuando dice que el pueblo espiritual no son los hijos de Agar la esclava, sino de Sara la libre, que desconoce la ley. De esta manera coloca al pueblo de la fe muy por encima de la ley y sin la misma. Bien entonces, si están por encima y sin la ley, entonces son justificados solamente debido a su nacimiento espiritual, lo cual no es nada más sino la fe; y no por la ley, o por sus obras. Bien, como el pueblo de la gracia no tiene ni puede tener la ley, así también es imposible que la ley y la gracia puedan estar juntas. Por tanto, debemos ser justificados por la fe, y perder la justicia de la ley; o de otro modo, ser justificados por la ley, y perder la justicia de la fe. Pero esta es una pérdida grave y lamentable, la de perder la gracia por volver a la ley. Al contrario, es una pérdida grata y de gran bendición perder la ley por aferrarse a la gracia.

Por tanto nosotros (siguiendo el ejemplo y el esmero de Pablo) procuramos, todo lo que nos sea posible, presentar claramente la diferencia entre la ley y el Evangelio, lo cual es muy fácil hacerlo en palabras. Pues, ¿quién no se puede dar cuenta que Agar no es Sara, y que Sara no es Agar? También, ¿que Ismael no es Isaac, y que él no tiene lo que tiene Isaac? Para el hombre puede ser fácil discernir estas cosas. Pero en los grandes terrores, y en la agonía de la muerte, cuando la conciencia lucha con el juicio de Dios, lo más difícil ante todo es decir con confianza segura y esperanza inquebrantable: “Yo no soy hijo de Agar, sino de Sara; es decir, la ley no me pertenece para nada, pues Sara es mi madre, ella engendra hijos libres y herederos, y no esclavos.

Entonces, Pablo mediante este testimonio de Isaías ha comprobado que Sara, es decir, la Iglesia, es la verdadera madre, que da a luz hijos y herederos libres. Al contrario, que Agar, es decir, la sinagoga, engendra por cierto muchos hijos, pero son esclavos, y deben ser echados fuera. Además, ya que este texto habla también de abolir la ley y la libertad cristiana, debe tomarse en cuenta con mucha atención. Ya que es el artículo principal y especial de la doctrina cristiana, saber que somos justificados y salvos por Cristo, también es muy necesario saber y comprender bien la doctrina tocante a la ley abolida. Esto es de mucha ayuda para confirmar nuestra doctrina tocante la fe, y de alcanzar consuelo sano y seguro para la conciencia, el estar plenamente seguros que la ley ha sido abolida, y particularmente cuando sobrevienen grandes angustias y graves conflictos.

Como he dicho con frecuencia antes, vuelvo a decir (pues no se puede repetir demasiado), que el cristiano, al aferrarse del beneficio de Cristo por la fe, no tiene ley alguna, sino que para él toda la ley ha sido abolida, con todos sus tormentos y angustias. Este texto de Isaías enseña lo mismo, y por tanto es muy sobresaliente y lleno de consuelo, urgiendo a la estéril y abandonada a regocijarse, la que de acuerdo a la ley tan sólo merecía menosprecio o lástima. Pues la mujer estéril, de acuerdo a la ley, estaba bajo maldición. Pero el Espíritu Santo invierte esta condena, y a la estéril la declara merecedora de alabanza y bendición. Por otro lado, a la fértil y las que procrean hijos, las declara bajo maldición, pues dice, “Alégrate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción, y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la dejada que los de la casada” (Isaías 54:1). Sin embargo, Sara, es decir, la Iglesia, ante el mundo parece estar abandonada e infértil sin la justicia y las obras de la ley. No

obstante, es la madre más prolífica, fecundando un sinnúmero de hijos ante Dios, tal como testifica el profeta. Por el contrario, aunque pareciera que Agar es más prolífica que nunca, fecundando más hijos, no obstante se le agotó su fecundidad, pues los hijos de la esclava han sido echados fuera de la casa junto con su madre, y no reciben la herencia con los hijos de la libre, tal cual Pablo dice después.

Por tanto, ya que somos hijos de la libre, la ley, nuestro viejo marido, ha sido abolida (Romanos 7). Siempre y cuando éste tuviera dominio sobre nosotros, nos era imposible engendrar hijos libres en espíritu, o que conocieran la gracia, sino que permanecíamos con el otro en esclavitud. Es cierto que siempre y cuando reine la ley, los hombres no son holgazanes, sino que trabajan arduamente, llevando la carga y el calor del día (Mateo 20:12); engendran y fecundan muchos hijos, pero tanto los padres como los hijos son ilegítimos, y no pertenecen a la madre que goza libertad, por tanto al fin son echados fuera de la casa y sin herencia con Ismael. Mueren, y están bajo condenación. Por tanto es imposible que los hombres alcancen a la herencia, es decir, que sean justificados y salvos mediante la ley, por mucho que trabajen, o cuan grande sea su prole. Por tanto, maldita sea esa doctrina, vida, religión, que procura alcanzar la justicia ante Dios por medio de la ley o sus obras. Pero sigamos con nuestra tarea, tocante a la abolición de la ley.

Tomás¹²⁹ y otros doctos escolásticos, hablando de la abolición de la ley dicen que las leyes judiciales y ceremoniales son dañinas y funestas desde la venida de Cristo, y por tanto que éstas son las abolidas, y no la ley moral. Estos doctos ciegos no sabían de lo que hablaban. Pues si vas a hablar de la abolición de la ley, habla de la ley en sí, de su propio uso y función, en su sentido espiritual, entendiendo todo el alcance de la ley, sin hacer distinción alguna entre la judicial, ceremonial, y moral. Pues cuando Pablo dice que somos liberados de la maldición de la ley mediante Cristo, él habla de toda la ley, y principalmente de la ley moral, pues ésta es la única que acusa, maldice, y condena la conciencia, cosas que no hacen las otras dos. Por tanto nosotros decimos que la ley moral, o la ley de los diez mandamientos no tiene poder de acusar y angustiar la conciencia, en la que Cristo reina por su gracia, pues Él ha abolido su poder.

No es que la conciencia no sienta todas las angustias de la ley (por cierto que las siente), pero ya no puede condenarla, ni arrojarla a la desesperación. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8). También “si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8). No importa entonces todas las angustias que sienta el cristiano cuando la ley le muestra su pecado, él no desesperará; pues ha creído en Jesucristo, y ha sido bautizado en Él y ha sido limpio por su sangre, y tiene la remisión de todos sus pecados. Bien, cuando nuestro pecado es perdonado por medio de Cristo, quien es el Señor de la ley (tan perdonado pues Él dio su vida para obtener tal perdón), la ley, siendo tan sólo un criado, ya no tiene más poder de acusar y condenarnos por el pecado, viendo que ya se nos ha perdonado, y ahora somos libres, por cuanto el Hijo nos ha librado de nuestra esclavitud. Por tanto la ley queda enteramente abolida para aquellos que han puesto su fe en Cristo.

¹²⁹ *Santo Tomás Aquino.*

Sin embargo, dirás: “No hago nada.” Ciertamente que no puedes hacer nada para librarte de la tiranía de la ley. Pero escucha estas gozosas nuevas que el Espíritu Santo te trae por medio de las palabras del profeta: “Alégrate, oh estéril”, etc. Es como si dijera, “¿Por qué tienes tanta pesadumbre, por qué te lamentas tanto, puesto que no tienes motivo?” “Pero soy estéril y desechado.” “Bien, no importa todo lo estéril y desahuciado que te sientas sin la justicia de la ley, no obstante, Cristo es tu justicia. Por ti, Él fue hecho maldición, para librarte de la maldición de la ley. Si crees en Él, la ley ha muerto para ti. Y por cuanto Cristo es muy superior a la ley, tu justicia es mucho más excelente que la justicia de la ley. Además, tú eres fértil y no estéril, pues tienes muchos más hijos que la que tiene esposo.”

También hay otra abolición de la ley, que es externa: a saber, las leyes civiles de Moisés no nos pertenecen. Por tanto no debemos reestablecerlas, ni atarnos supersticiosamente a ellas, como algunos lo han hecho en el pasado, desconociendo esta libertad. Bien, aunque el Evangelio no nos sujeta a las leyes judiciales de Moisés, no nos exige de obedecer las leyes civiles, sino que nos sujeta en esta vida corporal a las leyes de los gobiernos en donde vivimos. Es decir, a todos manda que obedezcan a su gobernador y sus leyes, “no solamente por la ira, sino también por causa de la conciencia” (1 Pedro 2, Romanos 13). Y el emperador, o cualquier otro príncipe, no debiera causar agravio si implementa algunas de las leyes civiles de Moisés, sí, que las use libremente, y sin que eso nos ofenda. Por tanto los eruditos Papales están engañados, pues se imaginan que las leyes civiles de Moisés son dañinas y funestas desde que Cristo vino.

Así como no estamos obligados a guardar las ceremonias de Moisés, mucho menos estamos obligados a las ceremonias del Papa. Pero, ya que en esta vida corporal no podemos dispensar totalmente las ceremonias (pues cierta instrucción¹³⁰ es necesaria), por tanto el Evangelio permite que la Iglesia tenga ciertas ordenanzas respecto a días, tiempos, lugares, etc., para que la gente pueda saber el día y la hora, y el lugar de reunirse para escuchar la palabra de Dios. También permite que se establezcan lecciones y lecturas, como en las escuelas, especialmente para la instrucción¹³¹ de los niños y los iletrados. Estas cosas se permiten a fin que todo se pueda hacer decentemente y con orden en la Iglesia (1 Corintios 14). Sin embargo, no es que el guardar tales ordenanzas sea meritorio de la remisión de pecados. Además, se pueden cambiar u omitir sin pecado alguno, para no agraviar a los débiles. *Ni tampoco es cierto que las ceremonias de Moisés después de la revelación de Cristo sean para muerte; de otro modo los cristianos hubieran pecado al observar las fiestas de la Pascua y el Pentecostés, instituidas por la Iglesia antigua siguiendo el ejemplo de la ley de Moisés (aunque de otra manera y con fines muy diferentes).*

Bien, aquí Pablo habla particularmente de la abolición de la ley moral, lo cual debe considerarse atentamente. Pues él habla en contra de la justicia de la ley, a fin de que pueda establecer la justicia de la fe. Esta es su conclusión: Si sólo la gracia o la fe en

¹³⁰ *paedagogian.*

¹³¹ *ut commodius doceri possint.*

Cristo justifica, entonces toda la ley queda abolida, sin excepción alguna. Esto lo confirma mediante el testimonio de Isaías, por el cual exhorta a la estéril y despreciada a regocijarse. Pues pareciera que no tiene hijo alguno, ni la esperanza de tenerlo jamás. Es decir, no tiene discípulos, ni el favor, ni las miradas del mundo, debido a que predica la palabra de la cruz de Cristo crucificado, contra toda la sabiduría de la carne. Pero tú que eres estéril (dice el profeta), no te perturbes por esto en absoluto. Más bien, levanta tu voz y regocíjate, pues la despreciada tiene más hijos que la que tiene esposo. Es decir, la casada tiene un gran número de hijos pero será debilitada, y la despreciada tendrá muchos hijos.

Él llama a la Iglesia, estéril porque sus hijos no son engendrados por la ley, no por las obras, ni por la industria ni el esfuerzo humano, sino por la palabra de fe en el Espíritu de Dios. Aquí todo lo que hay es nacer, no hay obra alguna. Al contrario, los que rinden fruto, trabajan y se ejercitan con grandes esfuerzos para engendrar y dar a luz. Aquí todo lo que hay es esfuerzo, pero nadie nace. Pero debido a que se esfuerzan por obtener el derecho de hijos y la herencia por medio de la justicia de la ley, o por su propia justicia, son esclavos, y jamás reciben la herencia. ¡No! Por mucho que se agoten hasta la muerte por tanto esfuerzo. Pues procuran obtener por sus propias obras en contra de la voluntad de Dios, lo que Dios de su pura gracia dará a todos los creyentes por causa de Cristo. Los fieles también obran; pero no por eso son hechos hijos y herederos (pues esto lo recibieron de nacimiento). Pero lo hacen para que ellos, ahora que son hijos y herederos, puedan glorificar a Dios con sus buenas obras, y prestar ayuda a sus prójimos.

VERSÍCULO 28. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.

Es decir, no somos hijos de la carne, como Ismael, o como todo el Israel carnal que se gloriaba que era de la simiente de Abraham y del pueblo de Dios. Pero Cristo respondió “Si fueran hijos de Abraham no procurarían matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad” (Juan 8). También, “Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amarías y recibirías mi palabra.” Es como si dijera, “los hermanos que nacen y se crían en el mismo hogar, se conocen entre ellos por la voz, pero ‘ustedes son de su padre el diablo’.” Nosotros no somos tales hijos (dijo él) como ellos, que siguen siendo esclavos, y al final serán echados fuera de la casa. Pero nosotros somos hijos de la promesa, como lo fue Isaac. Es decir, de la gracia y de la fe, nacidos sólo de la promesa. Con respecto a esto ya he hablado lo suficiente antes en el capítulo tres, al tratar este texto: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” Por tanto somos declarados justos, no por la ley, por las obras, o nuestra propia justicia, sino por la pura misericordia y gracia de Dios. Pablo repite esto con mucha frecuencia, y se esmera por presentar la promesa que se recibe sólo por la fe, pues él sabía la mucha necesidad que había de hacerlo.

Hasta aquí con respecto a la alegoría de Génesis, a la cual Pablo agrega el texto de Isaías como interpretación. Ahora él relaciona la historia de Ismael e Isaac para nuestro ejemplo y consuelo.

VERSÍCULO 29. Pero como entonces el que nació según la carne, perseguía al que nació según el Espíritu; así también es ahora.

Este texto contiene un consuelo muy particular. Todo el que nace y vive en Cristo, y se regocija en su nacimiento y herencia de Dios, tiene a Ismael por su enemigo y perseguidor. Esto lo aprendemos hoy por la experiencia, pues vemos que todo el mundo está repleto de tumultos, persecuciones, sectas, y agravios. Por tanto, si no nos armáramos con este consuelo de Pablo y otros similares, y no comprendiéramos bien este artículo de la justificación, jamás podríamos resistir la violencia y las sutiles artimañas de Satanás. Pues ¿quién no se perturbaría con estas crueles persecuciones de nuestros adversarios, y con estas sectas e infinitos agravios, que fomentan hoy estos espíritus agitados y fanáticos? Ciertamente, para nosotros no es ninguna pequeñez cuando se nos obliga a escuchar que todo estaba en paz y tranquilidad antes de la publicación del Evangelio, pero desde que se predica y promulga, todo se ha vuelto un torbellino, y todo el mundo está en trifulcas, de tal modo que cada cual se arma contra el otro. Cuando el hombre que no ha recibido el espíritu de Dios escucha cosas así, pronto se ofende, y juzga que la desobediencia de los sujetos contra sus gobernadores, que las sediciones, guerras, plagas, y hambrunas, que los gobiernos derrocados, reinos, y países, que sectas, agravios, y un sinnúmero de otros males proceden de la predicación del Evangelio.

Contra tan inmenso agravio debemos consolarnos y armarnos con este dulce consuelo, que los fieles deben llevar este nombre y rótulo en el mundo, que son sediciosos y facciosos, y autores de males sin fin. Y por eso es que nuestros adversarios piensan que tienen causa justa contra nosotros, sí, y hasta piensan que rinden gran servicio a Dios cuando nos odian, persiguen, y matan (Juan 16:2). No puede haber otra posibilidad entonces, sino que Ismael persiga a Isaac, y no que Isaac persiga a Ismael. Pues todo el que no sufra persecución por parte de Ismael, que no confiese ser cristiano.

Sin embargo, que nos digan nuestros adversarios (que tanto magnifican estos males de hoy) las muchas cosas buenas que siguieron a la predicación del Evangelio de Cristo y sus apóstoles. ¿Acaso no siguió la destrucción del reino de los judíos? ¿Acaso no fue destruido el imperio romano? ¿Acaso todo el mundo no se envolvió en un gran tumulto? No obstante, el Evangelio no fue el motivo, pues Cristo y sus apóstoles predicaban por el provecho y la salvación de los hombres, y no por su destrucción. Pero estas cosas vinieron por causa de la iniquidad de la gente, las naciones, los reyes y príncipes, quienes poseídos del diablo, no daban oído a la palabra de la gracia, la vida, y la eterna salvación, sino que la detestaban y condenaban como la doctrina más malévolamente y dañina a la religión y a los gobiernos. Y está bien que esto suceda, pues el Espíritu Santo lo dejó predicho por David cuando dijo en el Salmo 2: “¿Por qué se amotinan las naciones?”

Tales tumultos y trifulcas los vemos y escuchamos hoy. Los adversarios culpan a nuestra doctrina. Pero la doctrina de la gracia y paz no es la que fomenta estos males. Mas bien es la gente, naciones, reyes, y príncipes de la tierra (como dice el salmista) rugen y murmuran, conspiran y se consultan, no contra nosotros (como piensan ellos), ni contra nuestra doctrina, la que blasfeman como falsa y sediciosa, sino contra el Señor y su Ungido. Por tanto, sus consultas y sus maniobras son y serán chasqueadas y anuladas. “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.” Por tanto que clamen todo lo que quieran, de que nosotros somos los causantes de provocar estos tumultos y

levantamientos. No obstante este Salmo nos consuela porque dice que ellos mismos son los autores de estas maldades. Ellos no lo pueden creer, y mucho menos aceptar que ellos son los que murmuran, se levantan, y consultan contra el Señor y su Ungido. ¡No! Pues son ellos los que más bien piensan que son los que sostienen la causa de Dios, que defienden su gloria, y que al perseguirnos rinden servicio agradable ante Él. Pero el Salmo no miente, y así se confirmará cuando llegue el fin. Aquí no hacemos nada, sino que sólo sufrimos, tal cual testimonia nuestra conciencia en el Espíritu Santo. Además, la doctrina por la que levantan tales tumultos y agravios no es nuestra, sino que la doctrina es de Cristo. Esta doctrina no la podemos negar, ni podemos abandonar su defensa, viendo que Cristo dijo, “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando viniere en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles” (Lucas 9:26).

Por tanto todo el que predique a Cristo en verdad, confiese que Él es nuestra justicia, debe contentarse cuando escuche que lo tienen por perverso, y que perturba en todo. “¡Estos que han trastornado al mundo (dijeron los judíos de Pablo y Silas) también han venido acá y hacen contrario a los decretos de César!” (Hechos 17). Y en Hechos 24, “Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y levantador de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos.” De igual manera también los gentiles se quejan en Hechos 16, “Estos alborotan nuestra ciudad.” Pues así también hoy acusan a Lutero que perturba el Papado y el imperio romano. Si yo guardo silencio, entonces todo lo que el hombre fuerte tiene, quedaría en paz (Lucas 11:21,22), y el Papa dejaría de perseguirme. Pero desistir sería tachar el Evangelio de Jesucristo y desfigurarlo. Si yo hablo, el Papa se perturba, y ruge con crueldad. O debemos perder al Papa, un hombre terrenal y mortal, o al Dios inmortal, Cristo Jesús, la vida, y la salvación eterna. Entonces que perezca el Papa, y que Dios sea exaltado; que Cristo reine y triunfe para siempre.

Cristo mismo cuando en el espíritu vio los grandes males que seguirían a su predicación, se consolaba de esta manera, “Fuego vine a meter en la tierra; ¿y qué quiero, si ya está encendido?” (Lucas 12:49). De igual manera hoy vemos que grandes males siguen a la predicación del Evangelio por medio de la persecución y blasfemia de nuestros adversarios, y la ingratitud del mundo. Este asunto tanto nos agravia, que a veces, según la carne y el juicio de la razón, pensamos que hubiera sido mejor si el Evangelio no se hubiera proclamado, que después de predicarlo, se hubiera perturbado tanto la paz civil. Pero de acuerdo al espíritu, podemos decir con Cristo osadamente, “Fuego vine a prender sobre la tierra, y qué quiero, si ya está encendido?” Bien, una vez que se prende el fuego, siguen grandes conmociones. Pues no es un rey o emperador que queda provocado, sino el dios de este mundo, quien es un espíritu poderoso en gran manera, y señor de toda la tierra. Esta frase tan frágil, “predicando a Cristo crucificado,” cae encima de ese poderoso y temible adversario. Leviatán, al sentir el poder divino de esta palabra, agita todos sus miembros, sacude su cola, y hace hervir como una olla el profundo mar (Job 41). De aquí vienen todos estos tumultos, todo ese cruel y furioso ensañamiento a lo largo del mundo entero.

Por tanto, no nos molestemos porque nuestros adversarios ofenden y vociferan que la predicación del Evangelio no termina en nada bueno. Son incrédulos, ciegos y obstinados, y por tanto es imposible que vean fruto alguno del Evangelio. Por el contrario, nosotros que sí hemos creído, sí vemos sus inestimables frutos y beneficios, pese a que desde fuera, por algún tiempo nos condenen como parias y estiércol del mundo entero, y nos maten, y por dentro seamos afligidos por la conciencia de pecado¹³² y atormentados por diablos. Pero vivimos en Cristo, en quien y por quien somos hechos reyes y señores sobre el pecado, la muerte, la carne, el mundo, el infierno, y toda impiedad; en quien y por quien también pisamos a aquel dragón y basilisco, el rey del pecado y de la muerte. ¿Cómo lo logramos? En la fe. Pues esa bienaventurada dicha, la que esperamos, todavía no se ha manifestado, pero hasta entonces la esperamos con paciencia, y aun así, no obstante, ciertamente que ya es nuestra por la fe.

Por tanto, debemos con diligencia aprender el artículo de la justificación, pues es lo único que nos puede dar apoyo contra toda esta infinidad de calumnias y ofensas, y de consolarnos en todas nuestras tentaciones y persecuciones. Pues nos damos cuenta que no hay otra doctrina más importante, y el mundo se ofenderá con esta pura doctrina del Evangelio, de continuo clamando a gritos que no resulta en nada bueno. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura” (1 Corintios 2:14). Él sólo se fija en los males de fuera, calamidades, rebeliones, asesinatos, sectas, y otras cosas así; con estas apariencias se ofende y se ciega, y finalmente cae despreciando y blasfemando a Dios y a su palabra.

Por el contrario, nosotros debemos sosegar y consolarnos con esto: que nuestros adversarios no nos acusen y condenen por cualquier impiedad manifiesta que hayamos cometido, como adulterio, asesinato, robo, y cosas semejantes, sino por nuestra doctrina. Y, ¿qué es lo que enseñamos? Que Cristo, el Hijo de Dios, por la muerte en la cruz nos ha redimido de nuestros pecados, y de la muerte eterna. Por tanto ellos no tienen nada que objetar¹³³ de nuestra vida, sino de nuestra doctrina, la cual es de Cristo, y no nuestra. Por tanto si hay algún agravio, es el agravio de Cristo, y no el nuestro. Así que la falta por la que nos persiguen la ha cometido Cristo, y no nosotros. Bien, si ellos van a condenar a Cristo, y arrojarlo del cielo por hereje y sedicioso, que miren bien lo que están haciendo. En cuanto a nosotros, encomendándole esta su propia causa a sí mismo, nos quedaremos quietos mirando quien tendrá la victoria, si Cristo o ellos. Ciertamente que según la carne, nos duele que estos ismaelitas nos odien y persigan con tanta furia. No obstante, de acuerdo al espíritu, nos gloriamos en estas aflicciones. Por un lado, porque sabemos que las sufrimos no por causa de nuestros pecados, sino por causa de Cristo, cuyo beneficio y gloria predicamos. Y por el otro lado, también se confirma la advertencia previa de Pablo, que Ismael se burlaría de Isaac y lo perseguiría.

Los judíos explican este texto que Pablo cita de Génesis 21 en donde Ismael se burla y persigue a Isaac de la siguiente manera: que Ismael obligaba a Isaac a cometer idolatría. Si lo hizo, no creo que fuera tal crasa idolatría como se imaginan los judíos, a saber, que

¹³² *conscientia peccati.*

¹³³ *impugnan.*

Ismael hizo imágenes de barro, a la manera de los gentiles, y luego obligaba a Isaac a que las adorara. Pero Abraham no hubiera tolerado tal cosa. Sin embargo, yo pienso que Ismael en las apariencias era un hombre de parecer piadoso, así como Caín, quien también persiguió a su hermano, y al final, lo mató; no por cosa alguna material, sino porque vio que Dios lo estimaba más que a él. De igual manera, Ismael, amaba a la religión, sacrificaba y se ejercitaba en hacer el bien. Pero se burlaba de su hermano Isaac, y quería hacerse pasar por mejor hombre que él, por dos razones. Primero por su religión y servicio a Dios. Segundo, porque según la ley tenía preeminencia,¹³⁴ y por ende, la herencia. Y él se veía con el derecho a reclamar estas dos cosas. Pues pensó que el reino y el sacerdocio le pertenecían por derecho según la ley de Dios,¹³⁵ como primogénito. Por tanto perseguía a Isaac, en el orden espiritual a causa de la religión, y en el material por la herencia.

Esta persecución siempre permanece en la Iglesia, especialmente cuando florece la doctrina del Evangelio. A saber, que los hijos de la carne se burlan de los hijos de la promesa, y los persiguen. Los Papistas hoy nos persiguen por ningún otro motivo sino porque enseñamos que la justicia viene por la promesa. Pues los Papistas se amargan viendo que no adoramos a sus ídolos, es decir, que no valoramos su justicia, sus obras, y sus adoraciones, diseñadas y ordenadas por los hombres, como medio para obtener gracia y perdón de los pecados. Y por esta causa se disponen a echarnos fuera de la casa. Es decir, se jactan que ellos son la Iglesia, los hijos y el pueblo de Dios, y que la herencia les pertenece a ellos. Por el contrario, a nosotros nos excomulgan y destierran como herejes y personas sediciosas, y cuando pueden, también nos matan, y al hacerlo piensan que rinden buen servicio ante Dios. Así que en todo lo que está de su parte, nos echan de esta vida, y de la vida venidera. Los espíritus fanáticos¹³⁶ nos odian a muerte, porque detectamos y detestamos sus errores y herejías, las que difunden por todos lados y las renuevan diariamente en la Iglesia. Por este motivo ellos¹³⁷ nos juzgan como peores que los Papistas, y por tanto se han infundido de un odio más cruel contra nosotros que contra los Papistas.

Por tanto, tan pronto la palabra de Dios sale a la luz, el diablo se enoja, y utiliza todas sus fuerzas y mañosas sutilezas para perseguirla, y borrarla por completo. Por tanto no le queda otra opción sino levantar sectas sinnúmero, horribles delitos, crueles persecuciones, y abominables asesinatos. Pues él es el padre de mentiras y un asesino. Riega sus mentiras por todo el mundo por medio de falsos maestros, y mata a los hombres por mano de tiranos. Por estos medios, él es el dueño que habita¹³⁸ tanto el reino espiritual como el reino material. En el reino espiritual por medio de los mentirosos falsos maestros (suscitando también sin cesar, a cada hombre, particularmente mediante sus dardos ardientes, herejías e impías opiniones). En el reino material por medio de la espada de los tiranos. Así es que este padre de mentiras y asesino, fomenta persecución por todos lados, tanto el espiritual como el material, contra los hijos de la libre. La

¹³⁴ *civilem dominationem.*

¹³⁵ *iure divino.*

¹³⁶ *fanatici spiritus* [HC].

¹³⁷ La edición: *hi, praesertim Anabaptistae.*

¹³⁸ *occupat.*

persecución espiritual que nos vemos obligados a sufrir hoy en día a manos de herejes,¹³⁹ nos es sumamente dolorosa e intolerable. Esto se debe a los infinitos agravios y las calumnias con las que el diablo se dedica a desfigurar nuestra doctrina. Pues nos vemos obligados a oír que todas las herejías y errores de los anabaptistas y otros herejes, y todas las otras enormidades proceden de nuestra doctrina. La persecución corporal en la que los tiranos nos acechan para tomar nuestros bienes y nuestras vidas es más tolerable. Pues nos persiguen no por nuestros pecados, sino por el testimonio de la palabra de Dios. Por tanto aprendamos hasta del título que Cristo le dio al diablo, a saber, que él es el padre de mentiras y homicidios (Juan 8). Pues cuando el Evangelio florece, y Cristo reina, entonces las sectas de la perdición también surgirán, y también los asesinatos, persiguiendo al Evangelio, bramarán por doquier. Y Pablo dice “Porque también es preciso que entre vosotros haya herejías” (1 Corintios 11:19). Todo el que no esté al tanto de esto, pronto se ofende; y desviándose del verdadero Dios y de la verdadera fe, vuelve a su dios antiguo y a su vieja y falsa fe.

Por tanto Pablo en este texto entrega armas al piadoso con anticipación, para que no se ofendan con esas persecuciones, sectas, y agravios diciendo, “Pero como entonces el que nació según la carne”. Como si dijera, “Si somos hijos de la promesa, nacidos según el Espíritu, ciertamente que debemos esperar que nuestro hermano nos persiga, porque nació según la carne. Es decir, no sólo nuestros enemigos que son patentemente impíos nos perseguirán, sino los mismos que al principio fueron nuestros queridos amigos, con quienes participábamos como familia juntos en la misma casa, que recibieron de nosotros la verdadera doctrina del Evangelio, se volverán en nuestros mortales enemigos, y nos perseguirán sin tregua. Pues son hermanos según la carne, y perseguirán a los hermanos nacidos según el Espíritu. Fue así que Cristo (Salmo 41) se lamentaba de Judas, “Aun mi íntimo amigo, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, levantó contra mí su calcañar.” Pero este es nuestro consuelo, que no hemos dado ocasión alguna para que los ismaelitas nos persigan. Los Papistas nos persiguen porque enseñamos la pura y debida doctrina de la piedad¹⁴⁰, la cual, si dejáramos de predicarla, también dejarían de perseguirnos. Además, si diéramos nuestro visto bueno a las perversas herejías de los sectarios, nos alabarían. Pero, ya que detestamos y aborrecemos la impiedad tanto de los unos como de los otros, por eso es que tan indignamente nos odian y persiguen tan cruelmente.

Sin embargo, no sólo Pablo (como mencioné) nos prepara con armas contra tales persecuciones y ofensas, sino que Cristo mismo también nos consuela con mucha dulzura; pues dice en el capítulo quince de Juan diciendo “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí de entre el mundo, por eso el mundo os odia.” Como si dijera: “Yo soy la causa de todas estas persecuciones que sufren; y si los matan, yo soy la causa de que los maten. Pues si no predicaran mis palabras y me confesaran, el mundo no los perseguiría. Pero esto indica que andan en el bien, pues “El siervo no es más que su señor” (Juan 15:20).

¹³⁹ *a phanaticis.*

¹⁴⁰ *propter doctrinam pietatis.*

Con estas palabras el Señor asume toda la culpa sobre sí mismo, y nos libra de todo temor. Es como si dijera “Ustedes no son la razón por la que el mundo los odia y persigue, sino mi nombre, el que ustedes predicán y confiesan, ese es el motivo. “Pero confiad, yo he vencido al mundo.” Este consuelo nos sostiene, así que no dudamos en nada que la potencia de Cristo basta, no sólo para llevar la carga, sino también para someter toda la crueldad de los tiranos, y las sutiles mañas de los herejes. Y así lo declaró al mostrar su poder contra los judíos y los romanos, cuya tiranía y persecuciones Él toleró por un tiempo. También sobrellevó las sutilezas y las prácticas tramposas de los herejes, pero en su tiempo y lugar a todas las derrocó, perdurando como rey y vencedor. Entonces que todos los Papistas se enfurezcan todo lo que quieran, que los sectarios calumnien y corrompan el Evangelio de Cristo todo lo que puedan. No obstante, Cristo reinará eternamente, y su palabra permanecerá para siempre, cuando todos sus enemigos sean destruidos. Además, este es un consuelo muy particular, que la persecución de Ismael contra Isaac no seguirá para siempre, sino sólo por un corto plazo, y cuando termine, la siguiente sentencia se pronunciará:

VERSÍCULO 30. *Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la sierva y a su hijo; porque el hijo de la sierva no será heredero con el hijo de la libre* (Génesis 21:10).

Estas palabras de Sara le dolieron mucho a Abraham. Sin duda, cuando él escuchó esta declaración, su cariño de padre se conmovió por compasión hacia su hijo Ismael, pues había nacido de su carne. Y de esto la Escritura testifica claramente cuando dice, “Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo.” Pero Dios confirmó la sentencia que Sara pronunció, diciendo a Abraham, “No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia.”

En este lugar los ismaelitas escuchan la sentencia pronunciada contra ellos, que derrota a todos los judíos, griegos, romanos, y todos los demás que persiguen a la Iglesia de Cristo. Esta misma sentencia derrocará a los Papistas, y a todos cuantos justifican sus propias obras,¹⁴¹ esos que hoy en día se jactan de ser el pueblo de Dios, y la Iglesia. Esos que también confían con toda seguridad que recibirán la herencia, y nos juzgan, a nosotros que reposamos en la promesa de Dios, no sólo que somos infértiles y desamparados, sino también como herejes y expulsados de la Iglesia, y que es imposible que seamos hijos y herederos. Pero Dios destituye tales juicios, y pronuncia esta sentencia contra ellos: Debido a que son hijos de la esclava, y persiguen a los hijos de la libre, por tanto ellos serán echados fuera de la casa, y no tendrán herencia alguna con los hijos de la promesa, pues la herencia pertenece sólo a ellos, pues son los hijos de la libre. Esta sentencia ha sido ratificada, y jamás podrá ser revocada. Por lo que con toda seguridad así será, que nuestros ismaelitas no sólo perderán el gobierno eclesiástico y político¹⁴² que ahora tienen, sino también la vida eterna. Pues la Escritura ha predicho que los hijos de la esclava serán echados fuera de la casa, es decir, fuera del reino de la gracia, pues no pueden ser herederos junto con los hijos de la libre.

¹⁴¹ *omnes, quicunque tandem sunt, iustitiarior.*

¹⁴² *administrationem ecclesiasticam et politicam.*

Bien, aquí hemos de ver que el Espíritu Santo llama al pueblo de la ley y de las obras, de una forma despectiva aparente como si fuera despectivamente, con por el nombre de "hijo de la esclava".¹⁴³ Es como si dijera: "¿Por qué se jactan de la justicia de la ley y de las obras, y por qué se glorían que son el pueblo y los hijos de Dios dando la misma razón? Si no saben de quien son hijos, yo les diré: son esclavos nacidos de una esclava. Y, ¿qué clase de esclavos? Esclavos de la ley, y, por consiguiente, del pecado, de la muerte, y de la eterna condenación. Y ya que el esclavo no es ningún heredero, lo echan de la casa." Por tanto el Papa con todo su reino, y todos los otros legalistas (que por las apariencias podrían hacer creer que son de lo más santo), que tienen la esperanza de alcanzar la gracia y la salvación guardando las leyes humanas o divinas, son hijos de aquella esclava, y no tienen herencia alguna con la libre. Y ahora hablo, no de los Papas, los cardenales, los obispos, y los monjes, pues son patentemente malvados, y han hecho de su vientre un dios, y cometido pecados tan horrorosos que por buena voluntad no nombraré, [sino que] hablo de los mejores que ellos tienen, así como fuimos muchos otros y yo mismo, que vivíamos piadosamente, y con gran esfuerzo y sufrimiento procurábamos guardar las órdenes monásticas, apaciguar la ira de Dios, y merecer la remisión de pecados y la vida eterna. Aquí todos los citados escuchan su sentencia, que los hijos de la esclava deben ser echados fuera de la casa con su madre la esclava.

Al tomar en cuenta seriamente estas declaraciones, quedamos confiados de nuestra doctrina, y nos confirmamos en la justicia de la fe, en contra de la doctrina y la justicia de las obras,¹⁴³ la cual el mundo abraza y engrandece, condenando y despreciando a la otra. Y esto perturba y ofende a las mentes débiles, pues aunque se pueden dar cuenta claramente de la impiedad y la abominable maldad de los Papistas, no obstante no se convencen fácilmente que toda la multitud que lleva el nombre de Iglesia esté equivocada, y que son muy pocos los que hay en ellos que tengan una sana y correcta opinión de la doctrina de la fe. Y si el Papado viviera la misma santidad y austeridad con que vivieron los padres de la antigüedad, Jerónimo, Ambrosio, Agustín, y otros, cuando el clero todavía no se había ganado la mala fama por su simonía, suntuosidad, lujuria, poder, fornicación, sodomía, y otra infinidad de pecados, sino que vivía de acuerdo a los reglamentos y decretos de los padres religiosamente y en las apariencias, y en celibato, ¿qué podríamos decir hoy contra el Papado?

El celibato, al cual el clero se sometió tan rigurosamente en el tiempo de los padres, ante la mirada de todos, convertía a meros hombres en la apariencia de los mismos ángeles. Por lo cual el apóstol Pablo en el segundo capítulo a los Colosenses (2:18), lo llama la religión de ángeles. Y los Papistas cantan así de sus vírgenes: Vivió una vida angelical en la carne, viendo que vivió contrario a la carne. Además, la vida que llaman contemplativa (a la que los clérigos se entregaban muy de lleno, descuidando toda responsabilidad civil y familiar), tenía cierto buen teatro de santidad. De tal modo que si ese espectáculo de santidad y apariencias del Papado antiguo permaneciera hasta hoy, tal vez poco podríamos impactarlo por medio de nuestra doctrina de la fe, viendo cuan poco prevalecemos hoy (habiendo desaparecido ese teatro de santidad y severa disciplina),

¹⁴³ *doctrina et iusticia fidei, contra doctrinam et iusticiam operum* [HC].

cuando todo lo que se puede ver del Papado no es sino un mismo foso y charco de vicios y abominaciones.

Sin embargo, supongamos que aquella religión y disciplina antigua del Papado todavía existiera. Aun así, sería nuestro deber (dado el ejemplo de Pablo que persiguió sin tregua a los falsos apóstoles que aparentaban ser grandes hombres y muy santos) luchar contra los apiladores de méritos del reino del Papado, y decir: aunque vivan en celibato, agotando y consumiendo sus cuerpos con tribulaciones sin fin, y caminando humildemente en la religión de los ángeles, de todos modos son esclavos de la ley, del pecado, y del diablo, y deben ser echados fuera de la casa; pues buscan la justicia y la salvación mediante sus obras, y no por medio de Cristo.

Por lo tanto, no debiéramos perturbarlos por la vida pecaminosa de los Papistas, sino más bien contra su doctrina abominable e hipocresía, contra la cual luchamos muy en particular. Entonces supongamos que aquella religión y disciplina del Papado antiguo todavía floreciera, y que ahora se observara con tanta severidad y rigor como nunca antes (*así como lo hicieron los eremitas, Jerónimo, Agustín, Gregorio, Bernardo, Francisco, Dominico, y muchos otros*); no obstante debemos decir así: Si todo lo que presentan ante la ira y el juicio de Dios es esa santidad y castidad de vida, por estos hechos no son nada más que los hijos de la esclava que deben ser echados fuera del reino de los cielos y sufrir la condenación.

Y ahora ellos mismos no defienden su vida de pecado. ¡No! Más bien los mejores y más sanos la detestan. Ellos luchan por retener y defender la doctrina de diablos, por la hipocresía, y por la justicia de las obras. Hoy ellos reclaman la autoridad de los Concilios y los ejemplos de los santos Padres, alegando que ellos fueron los autores de las santas órdenes y sus reglamentos, etc. Por tanto no debemos luchar contra la patente maldad y abominación del Papado, sino contra la más grande santidad y piedad de sus santos,¹⁴⁴ pues piensan que se conducen en una vida angelical, y sueñan que guardan no sólo los mandamientos de Dios, sino también las enseñanzas de Cristo, y hacen obras de supererogación, y otras tales que no tienen porque guardar. Decimos que esto es obrar en vano, a menos que echen mano de “una sola cosa”, que Cristo dijo es “necesaria” y junto con María escojan la mejor parte, la cual no les será quitada (Lucas 10:42).

Esto fue lo que hizo Bernardo, un hombre tan piadoso, tan santo, y tan casto, que se ha de encomiar y preferir sobre todos los demás. En cierta ocasión estaba tan enfermo, que habiendo perdido las esperanzas de vivir, no puso su confianza en su vida de celibato en la cual había vivido con toda castidad, ni en sus buenas obras y obras de caridad,¹⁴⁵ de las cuales había muchas; sino que las despojó fuera de su vista, y echando mano del beneficio de Cristo por medio de la fe, dijo: “He vivido perdidamente,¹⁴⁶ pero tú Señor Jesucristo, por doble derecho eres dueño del reino de los cielos. Primero, porque eres el Hijo de Dios; segundo, porque lo has comprado por tu sangre y tu pasión. El primero

¹⁴⁴ *contra speciosissimos eius sanctos.*

¹⁴⁵ *benefata et official pietatis.*

¹⁴⁶ *perdite.*

retienes por derecho de tu primogenitura. El segundo me lo otorgas, no por el derecho de mis obras, sino por el derecho de tu gracia.” Él no interpuso su vida de monje y su vida angelical ante la ira y el juicio de Dios, sino que echó mano de esa “una cosa” que le era necesaria, y por tanto fue salvo. Pienso que Jerónimo, Gregorio, y muchos de los otros padres y eremitas fueron salvos de igual manera. Y no hay duda alguna que también en el Antiguo Testamento muchos de los reyes de Israel y otros ídólatras fueron salvos de igual manera; pues en la hora de la muerte se despojaron de su vana confianza que habían puesto en sus ídolos, echaron mano de la promesa de Dios respecto a la Simiente de Abraham que había de venir, es decir, en Cristo en quien todas las naciones serían bendecidas. Y si hoy hubiera algún Papista que fuera salvo, sencillamente debería apoyarse no en sus propias buenas obras y merecidos, sino solamente en la misericordia de Dios que se nos ofrece en Cristo, y con Pablo decir: “no tengo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:9).

VERSÍCULO 31. *Así que, hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre.*

Aquí Pablo concluye su alegoría de la Iglesia infértil, y del pueblo fructífero de la ley. Dijo él, nosotros no somos hijos de la esclava; es decir, nosotros no estamos bajo la ley que engendra esclavitud, a saber, la que aterra, acusa, y lleva a la desesperación; sino que Cristo nos libra de ella. Por tanto no puede aterrar o condenarnos, etc. Esto ya lo hemos tratado antes. Además, aunque los hijos de la esclava nos persigan sin tregua por un tiempo, no obstante, este es nuestro consuelo, que a final de cuentas ellos serán echados fuera a la densa oscuridad, y se verán obligados a dejarnos la herencia, la cual nos pertenece por ser hijos de la libre.

Por tanto Pablo empleó estas palabras, “la esclava” y “la libre,” (como ya lo escuchamos) a fin de rechazar la justicia de la ley, y confirmar la doctrina de la justificación. Y a propósito él emplea esta palabra “la libre”, y fervorosamente la proclama y la engrandece, especialmente a principios del siguiente capítulo. De allí que emplea la ocasión para explicar la libertad cristiana, cuyo conocimiento es sumamente necesario, pues el Papa la ha derrocado por completo y ha sujetado a la Iglesia bajo las tradiciones y ceremonias de los hombres, llevándola cautiva a una más mísera e inmundada esclavitud. Esa libertad con que Cristo nos ha comprado, es para nosotros hoy un castillo fuerte, en el cual nos defendemos contra la tiranía del Papa. Por tanto debemos considerar con diligencia esta doctrina de la libertad cristiana, como también confirmar la doctrina de la justificación, como también levantar y consolar las conciencias [débiles] contra muchas pruebas y agravios que nuestros adversarios imputan al Evangelio. Bien, la libertad cristiana es algo muy espiritual, la cual el hombre carnal no la puede entender. Hasta los que tienen los primeros frutos del Espíritu, y la pueden explicar muy bien, a duras penas la pueden retener en sus corazones. Pues a la razón le parece que es un tema de muy poca importancia. Por tanto, si el Espíritu Santo no la magnifica para que sea valorada tal como merece, sería condenada.